

RAZAS Y EMPLEOS DE LOS CABALLOS DE HISPANIA SEGÚN LOS TEXTOS GRIEGOS Y LATINOS DE LA ANTIGÜEDAD

JOAQUÍN PASCUAL BAREA
Universidad de Cádiz

Martius hinc campos sonipes hinnitibus implet
SIL. *Pun.*1,222

PREFACIO

Desde los primeros testimonios históricos, Hispania aparece en el Mundo Antiguo como una nación abundante en buenos caballos, lo que llegó a convertirse en un tópico literario. A mediados del siglo I d. C., el gaditano Pomponio Mela (2,86) dice de Hispania que es

[...] viris equis ferro plumbo aere argento auroque etiam abundans.

“[...] también abundante en varones, caballos, hierro, plomo, cobre, plata y oro”.

Poco después precisa Plinio (*nat.* 37,203) que Hispania, donde produce, es

[...] feracem frugum, olei, vini, equorum metallorumque omnium generum.

“[...] fértil en cereales, aceite, vino, caballos y metales de todas las clases.”

* Este estudio se enmarca en el Proyecto de Investigación HUM 2006-05381/FILO de la DGICYT.

Hacia la mitad del siglo IV d. C., la *Expositio totius mundi et gentium* (59) seguía citando la caballería –que además de caballos para diversos fines también podía incluir mulos y asnos– entre los principales productos que Hispania exportaba:

Oleum enim et liquamen et vestem variam et lardum et iumenta mittens,
omni mundo sufficiens.

“Pues enviando aceite, salsa de pescado, ropa variada, manteca y caballería,
basta a todo el universo”.

En los últimos años de ese siglo, en su alabanza de la hispana Serena, el poeta Claudiano resume así en el hexámetro 54 (*carm. min.* 30) los tres recursos más célebres de Hispania del reino animal, vegetal y mineral: *dives equis, frugum facilis, pretiosa metallis* (“rica en caballos, productora de cereales, valiosa por los metales”). Y se dirige al caballo del emperador Honorio (393-423 d. C.) suponiendo que no podía menos que ser de Hispania, de Capadocia o de Tesalia (*ibid.* 47,3-6):

Seu tua per campos vento iuba lusit Hiberos,
seu te Cappadocum gelida sub valle natantem
Argaeae lavere nives, seu laeta solebas
Thessaliae rapido perstringere pascua cursu.

“Ya sea que tu crin jugó al viento por campos iberos,
o que bajo el helado valle de los capadocios nadando
te lavaron las nieves del monte Argeo, o que pastos
fértiles de Tesalia solías coger en rauda carrera”.

Sin embargo, carecemos de descripciones precisas sobre las características morfológicas y las distintas variedades de los caballos criados en Hispania, y sobre los cambios que pudieron experimentar desde época prerromana hasta la Edad Media. En ocasiones, los textos resultan contradictorios, y emplean términos con acepciones diversas, lo que ha dado lugar a interpretaciones dispares. Por otra parte, frente al concepto de raza propio de nuestra época, en la Antigüedad los géneros o razas de caballos se refieren más frecuentemente a las funciones a las que eran destinados, aunque puedan ir asociadas a determinadas regiones. A lo largo de los siglos, los caballos han sufrido una constante evolución y frecuentes cruces, al tiempo que se han desplazado a otras regiones siguiendo su instinto

en estado salvaje o llevados por el hombre, por lo que en rigor es difícil hablar de razas puras y autóctonas o definir sus tipologías. El estudio del caballo en la Antigüedad resulta por ello sumamente complejo, y pocas afirmaciones generales tienen validez universal o no requieren alguna matización.

Por todo ello, solo examinados de forma crítica y rigurosa, los textos antiguos pueden aportar noticias de interés sobre el caballo de Hispania en la Antigüedad. Así pues, he llevado a cabo un análisis lingüístico y filológico de muchos de los testimonios griegos y latinos más relevantes al respecto, tratando de precisar su significado, fiabilidad, cronología, fuentes, propósito, sentido, y otras circunstancias que permitan obtener conclusiones válidas.

Para facilitar al lector que establezca su propio juicio a partir de otros argumentos, presento estos textos¹ seguidos de su traducción, que he llevado a cabo con un mismo criterio de literalidad extrema y respeto por el significado propio de cada término. Así, mediante los cultismos “sonípede” y “cornípede” traduzco los términos poéticos *sonipes* (“de pie sonoro”) y *cornipes* (“de pie córneo”) referidos al caballo. Y de la misma manera que *hippopotamus* no se traduce como “caballo de río” sino como “hipopótamo”, para traducir *equiferus* he optado por el arcaísmo “cebro” en lugar del sintagma “caballo salvaje”. Tan solo al final de algunas de las líneas que traducen hexámetros me he permitido alterar el orden de palabras más natural para que de las cinco últimas sílabas fueran tónicas la primera y cuarta, a fin de reproducir siquiera la acentuación original de la cláusula.

La mayor parte de estos textos ya habían sido citados por Schulten² y por otros autores, y también han sido editados y traducidos recientemente con mayor fidelidad y con oportunas referencias a las ediciones vigentes aquí omitidas³. Hoy día contamos además con buenas traducciones y estudios de casi todas las obras en que se insertan estos pasajes, que el lector interesado podrá leer en su contexto, y de las que generalmente me he servido aunque no aparezcan citadas por ser fácilmente localizables gracias a los catálogos informatizados. No menos amplia es la bibliografía⁴ sobre cuestiones apenas aludidas en estas páginas: los arreos, la

¹ En los textos latinos regularizo la mayúscula tras punto, y la ‘v’ en lugar de ‘u’ con valor consonántico.

² Entre otras obras, en su *Geografía y etnografía antiguas de la Península Ibérica*, Madrid, t. II, 1963, pp. 479-499.

³ Cf. Julio MANGAS y M^a del Mar MYRO (eds.), *Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la Antigüedad*, THA III, Madrid, 2003, con índices y referencias cruzadas.

⁴ Además de la aquí citada, cualquier lector dispone de un buen elenco, además de algunos artículos y otros datos interesantes, en la siguiente dirección electrónica de un proyecto multidisciplinar sobre “El caballo en la cultura ibérica”: <http://www.ffil.uam.es/equus/biblio.htm>.

equitación, otros usos del caballo en labores domésticas, en la guerra, en la caza, en los juegos, como símbolo social, religioso y funerario, etc.

Aun consciente de los riesgos y limitaciones que conlleva, también utilizaré alguno de los textos que no tratan directamente sobre caballos sino sobre el empleo que el hombre hace de ellos en la medida en que permitan deducir sus aptitudes. Y no renunciaré a establecer comparaciones y equivalencias aproximadas entre los tipos y nombres de caballos antiguos y los actuales. Pero será mayor el empeño por distinguir entre la etimología de un término, su significado en la lengua, y las distintas acepciones que puede tener en el habla o en un texto literario determinado.

Indicaré la cronología aproximada de cada obra, pues no se pueden aducir de forma indiscriminada y descontextualizada textos escritos a lo largo de más de mil años, sin tener en cuenta sus fuentes, su propósito, las circunstancias en que fueron compuestos, y los cambios experimentados en la cría del caballo durante todos esos siglos. Tendré en cuenta también el autor y el lugar en que estos textos fueron escritos, así como el tema y género literario al que pertenecen.

Entre las fuentes contamos con obras de ciencias naturales, de agricultura, de veterinaria, de caza, de historia y de distintos géneros poéticos, con novelas, cartas, inscripciones, enciclopedias, etc. Pero no tienen igual valor los testimonios de quienes conocieron los caballos en Hispania que los de quienes solo leyeron alguna noticia, ni los tratados científicos que las ficciones poéticas. Los textos poéticos, como las representaciones pictóricas, suelen responder más bien a un modelo de caballo ideal que a las características de una raza o caballo determinado. Sin embargo, también es preciso discernir en ellos la información pertinente, no solo cuando tratan sobre los caballos apropiados para cazar, sino incluso cuando recrean sucesos legendarios de siglos pretéritos entre numerosos elementos fabulosos.

De este modo quiero ofrecer algunas reflexiones sobre los textos que puedan contribuir a resolver o aclarar algunos de los múltiples interrogantes que plantea la historia del caballo en la Hispania Antigua. Naturalmente, estas conclusiones a partir de tales testimonios deberán ser precisadas, completadas o corregidas teniendo en cuenta los resultados obtenidos del estudio histórico de las representaciones y otros restos arqueológicos conservados, de estudios biológicos y análisis genéticos de las razas actuales y de los restos antiguos, etc.

I. *EQUIFERUS (VENATUS)*

I.A. El cebro o caballo salvaje

Sobre la existencia de caballos salvajes en Hispania contamos con cuatro testimonios fiables e incuestionables. Hacia el año 37 a. C., Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.), quien había estado en Hispania en más de una ocasión⁵, recuerda los caballos salvajes de algunas comarcas de la provincia *Citerior*⁶. Varrón (*rust.* 2,1,5) incluye expresamente estos caballos entre los animales salvajes que habían quedado de la época en que el hombre aún no los había domesticado:

[...] sic ex animalibus cum propter eandem utilitatem, quae possent, silvestria deprenderent ac concluderent et mansuescerent. [...] Etiam nunc in locis multis genera pecudum ferarum sunt aliquot, ab ovibus, ut in Phrygia, ubi greges videntur complures, in Samothrace caprarum, quas Latine rotas appellant. Sunt enim in Italia circum Fiscellum et Tetricam montes multae. De subus nemini ignotum, nisi qui apros non putat sues vocari. Boves perferi etiam nunc sunt multi in Dardanica et Macedonia et Thracia, asini feri in Phrygia et Lycaonia, equi feri in Hispaniae citerioris regionibus aliquot.

“[...] del mismo modo a partir de los animales silvestres, apresando, encerrando y amansando por la misma utilidad los que pudieron. [...] Todavía ahora hay en muchos lugares algunos géneros de ganados salvajes, como de ovejas en Frigia, donde se ven numerosos rebaños, o de cabras en Samotracia, que en latín llaman *rotas*. Hay desde luego muchas en Italia alrededor de los montes Fiscelo y Tétrica. De los cerdos a nadie le es desconocido, a no ser quienes no consideran que los jabalies se llamen cerdos. Toros muy salvajes todavía ahora hay muchos en Dardania, Media y Tracia, asnos salvajes en Frigia y Licaonia, caballos salvajes en algunas comarcas de la Hispania Citerior”.

Hacia el cambio de Era, también Estrabón (63 a. C. - 19 d. C.) cita los Alpes (*geogr.* 4,6,10) y la Península Ibérica (*geogr.* 3,4,15) como regiones que pro-

⁵ Varrón había estado en Hispania hacia el 76-72 a. C. durante la guerra contra Sertorio, y volvió como procurador de Marco Petreyo, lugarteniente de Pompeyo, en la guerra de este contra César, ante quien se rindió en Córdoba en 49 a. C.

⁶ Esta división romana se había ido extendiendo desde la zona costera del sudeste entre los Pirineos y Cartagena hacia el noroeste de la península, excluyendo lo que luego serían *Baetica* y *Lusitania*.

ducen caballos salvajes, pasaje en el que solo se ha cuestionado si el corzo no sería otro venado similar:

Φέρει δ' ἡ Ἰβηρία δορκάδας πολλὰς καὶ ἵππους ἀγρίους.

“Hispania también produce muchos corzos y caballos salvajes”.

Sin embargo, en una sátira de Horacio (*serm.* 1,5,56-57) encontramos el sintagma *equus ferus* referido a un ‘caballo salvaje’ con un cuerno en la frente. Figura en el pasaje que narra la disputa verbal entre dos bufones o charlatanes groseros y pendencieros que se lanzan invectivas personales a gritos, deleitando cerca de *Caudium* al propio poeta, a Mecenas, a Virgilio y a los restantes compañeros de viaje que formaban el auditorio de esa representación burlesca y popular:

[...] ad pugnam venire. Prior Sarmentus «equi te esse feri similem dico». Ridemus et ipse Messius «accipio», caput et movet. «O tua cornu ni foret exsecto frons –inquit–, quid faceres, cum sic mutilus minitaris?» At illi foeda cicatrix saetosam levi frontem turpaverat orbe.

“[...] vinieron a la riña. Primero Sarmento «a un caballo salvaje digo que tú te pareces». Nos reímos y el propio Mesio «lo admito», y mueve la cabeza. «Si el cuerno no tuviera cortado tu frente, ¿qué harías, –le dice– cuando mocho así amenazas?» Pues le infamaba una fea cicatriz con un círculo sin pelos la frente peluda”.

Así pues, la comparación de Mesio con un caballo salvaje se basa en que tenía en la frente una cicatriz, que parecía la base de un cuerno arrancado. Por tanto *equus ferus* parece una denominación popular para el “unicornio”, no conforme a la representación del animal mítico, sino según la descripción que, antes del 77 d. C., llevará a cabo Plinio del *monoceros* (‘unicornio’), rinoceronte de la India que tiene un solo cuerno en la frente⁷ (*nat.* 8,31,76):

⁷ También era conocido el *rhinoceros* africano de dos cuernos (PLIN. *nat.* 8,29,71; MART. *spect.* 22). Aunque según el término griego el cuerno esté situado en la nariz, en latín se considera que ese lugar es la frente o parte frontal de la cabeza.

Reliquo corpore equo similem, capite cervo, pedibus elephanto, cauda apro, mugitu gravi, uno cornu nigro media fronte cubitorum duum eminente. Hanc feram vivam negant capi.

“Parecido a un caballo en el cuerpo, excepto en la cabeza a un ciervo, en los pies a un elefante, en la cola a un jabalí, de mugido grave, con un cuerno negro de dos codos que sobresale en medio de la frente. Dicen que esta fiera no se puede coger viva”.

La cita ilustra cómo el sintagma *equus ferus*, empleado por Varrón para referirse a los caballos salvajes de Hispania, al menos hasta tiempos de Augusto también podía designar en general un animal salvaje parecido al caballo, como de hecho es el rinoceronte. Pues junto a los tapires, hoy día son los parientes más cercanos a la familia de los équidos, todos ellos pertenecientes al orden de los perisodáctilos⁸.

Un siglo después que Varrón, Plinio (*nat.* 8,16,39) sigue empleando este sintagma para referirse a los caballos salvajes, no de Hispania sino del norte⁹, ya aluda a los Alpes (donde los situaba Estrabón), o a otra región más septentrional:

Septentrio fert et equorum greges ferorum, sicut asinorum Asia et Africa.

“El Norte también produce manadas de caballos salvajes, como Asia y África de asnos”.

El adjetivo *ferus* es propio de una fiera o animal salvaje por naturaleza. Pues para referirse a una persona o a un animal doméstico que pareciera o se comportara como una bestia salvaje (*fera*), el latín empleaba el adjetivo *ferinus* antepuesto al nombre, como en el caso de las legendarias “yeguas feroces” (*ferinis equis*) de Diomedes, el rey de Tracia, que comían la carne de sus huéspedes, mencionadas por Apuleyo (*met.* 7,16), quien también refiere el adjetivo *ferinus* a una persona en el caso de Acteón transformado en un ciervo (*met.* 2,4).

Además, el adjetivo *ferus* siempre aparece pospuesto al sustantivo *equus*, lo que indica que el sintagma *equus ferus* constituye un solo concepto, una especie

⁸ La denominación de *equus* está por tanto más justificada que en el sintagma técnico *equus fluviatilis* (“caballo de río”) que da Plinio (*nat.* 8,73) al hipopótamo a partir del griego ἵπποπόταμος, aunque en esta lengua al ser un término compuesto resulta más evidente que se trata de un concepto distinto al de la suma de los dos sustantivos.

⁹ Echamos de menos en algún lugar de la obra de Plinio alguna alusión a los cebros de Hispania.

animal en este caso, frente a un *ferus equus* ('caballo fiero') que sí sería un caballo pero asilvestrado o bien de carácter o costumbres feroces. Y en uno de los libros dedicados a la medicina en esa misma obra enciclopédica, el mismo Plinio ya no designa el "caballo salvaje" con el sintagma *equus ferus* sino con el término compuesto *equiferus* (*nat.* 28,197), que resulta aún más unívoco y apropiado para referirse a una especie distinta a la del caballo doméstico. Aquí lo traduciré como 'cebro', como ya he anunciado y justifico más adelante.

A principios del siglo VI d. C., también Boecio (*herm. pr.* 1,2) emplea el compuesto *equiferus* como ejemplo de sustantivo cuyo significado no podía descomponerse en *equus* ('caballo') y *ferus* ('salvaje'), de la misma manera que (según el texto original de Aristóteles que traduce) el significado del nombre propio de persona Κάλλιππος (Calipo) no es el de su étimo καλὸς ἵππος ('caballo hermoso'). Pues como bien comprendió el naturalista Plinio, el *equus ferus* o *equiferus* no era un *ferus equus* (un *equus* con la cualidad de *ferus*), sino una especie distinta.

En el siglo VII, Isidoro de Sevilla (560-636 d. C.) consideraba que los *equiferi* provenían de una raza salvaje, por lo que no servían para la ciudad aunque tal vez sí para labores rústicas; quizás supiera que eran de color gris, pues los asocia a un nombre de caballo cuya etimología trata de explicar a partir de ese color¹⁰ (*orig.* 12,1,54):

Dosinus autem dictus, quod sit color eius de asino: idem et cinereus. Sunt autem hi de agresti genere orti, quos equiferos dicimus, et proinde ad urbanam dignitatem transire non possunt.

"Es llamado dósino porque su color es de asno, y el mismo ceniciento. Estos son oriundos de una raza silvestre, a los cuales llamamos cebros, y por tanto no pueden pasar a la clase urbana".

El término *equiferus* se conservó en la lengua latina y romance de Hispania, aunque no en el resto de la Romania donde los cebros no eran conocidos. En zonas menos latinizadas que sí los tuvieron fue sustituido por otros sintagmas en la literatura latina medieval. Así, en sendas cartas escritas a San Bonifacio de Mainz en el siglo VIII, los papas Gregorio III y Zacarías escriben *agrestis caballus* y *equus silvaticus* para referirse a un tipo de *equiferus*¹¹.

¹⁰ Cf. Isabel VELÁZQUEZ SORIANO, *Latine dicitur, vulgo vocant. Aspectos de la lengua escrita y hablada en las obras gramaticales de Isidoro de Sevilla*, Logroño, 2003, pp. 425-426, y pp. 421-422 sobre el término *brunicus* referido al *mannus*.

¹¹ Cf. DU CANGE (Charles DU FRESNE), *Glossarium mediae et infimae Latinitatis*, Graz, 1954, t. II, p. 283.

El *equiferus* debe de corresponder al cebro, antiguo nombre castellano del caballo salvaje documentado hasta el siglo XVI entre los animales de caza. Pues no plantean dificultad alguna los sucesivos resultados de /ek^wíferum/: *ecíferu > *ecifru > *ecefriu > *ecebru > ecebro > cebro. Este nombre puede aparecer también con su forma más antigua “ecebro”, o con una ‘n’ ultracorrecta como “encebro”, y con las grafías ‘z’ y ‘ç’ en lugar de ‘c’. Debido a que las manadas están compuestas por hembras y un solo macho adulto, suele ser más frecuente la forma femenina, que los portugueses aplicaron desde finales del siglo XV a la cebra de Sudáfrica debido a su parecido con la que conocían en Portugal¹², que también solía presentar algunas rayas transversales menos vistosas en las espaldas y en las patas.

Un documento leonés de 1091 menciona una laguna Ezebrera, y la fiera es citada como prototipo de animal arisco y veloz en distintas obras literarias¹³. Sabemos que las cebras hispanas relinchaban como yeguas, por lo que solo podían parecer asnos por su menor tamaño y su color ceniciento, además de por influencia de las referencias a los onagros o asnos salvajes de otras regiones del Mediterráneo en la Biblia (*ps.* 103,11; *Os.* 8,9). A pesar de ello, en 1260, Alfonso X recibió del rey de Egipto como regalo una cebra africana, que fue vista como una asna, y hacia 1275 el enzebro también es comparado con el asno montés¹⁴:

Onager dezimos nós que es en la nuestra lengua por asno montés o por enzebro. E sobr’esto dize Metodio que es dicho esto: los asnos monteses o enzebros e las corças que vernán del desierto sobrarán con la su crueleza a la crueleza de las otras bestias todas, e esto es que la crueleza d’éstos será mayor que la de las otras yentes, e serán quebrantados d’ellos las animalias mansas.

Por la misma época, *Mons Onagrorum* es la traducción latina culta del monte que la *Historia Silense*, la *Crónica de Sampiro*, el *Chronicon Mundi* y la *Primera Crónica General de España* llaman *Ezebrarii*, referido a la localidad de Cebrero en la provincia de Lugo¹⁵, y que más bien derivaría de **equiferarius* (‘cebrero’)

¹² George JENISSON, *Animals for show and pleasure in Ancient Rome*, Manchester, 1937, pp. 88-90, refiere cómo la cebra africana ya fue conocida en Roma en el siglo III d. C. Hay seis tipos de cebra.

¹³ Cf. Joan COROMINAS y José A. PASCUAL, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, 6 vols., Madrid, 1987-1991, t. II, pp. 9-10.

¹⁴ *General Estoria. Primera parte*, SÁNCHEZ PRIETO-BORJA (ed.), Alcalá de Henares, 2002, cap. 26.

¹⁵ Cf. Ricardo MARTÍNEZ ORTEGA, “Sobre la toponimia de la *Historia de Rebus Hispaniae* del primado Rodrigo Jiménez de Rada”, *Habis* 31 (2000), 427-446, pp. 443-444.

y habría podido latinizarse como *Mons equiferorum* ('Monte de los cebros'). A excepción de una amplia zona al nordeste y sudoeste de la Península, este zoónimo ha dejado otras muchas huellas en la toponimia menor hispana en una amplia franja de noroeste al sudeste que incluye el páramo leonés, desde las provincias de La Coruña y Lugo hasta las de Alicante y Murcia pasando por las de Ávila, Guadalajara, Teruel y Albacete¹⁶.

En la Península Ibérica, los cebros se siguieron cazando entre los venados durante toda la Edad Media hasta su práctica extinción en Época Moderna. En el Siglo de Oro se alude con más frecuencia a las cebras en citas literarias y expresiones fosilizadas que a propósito de los ejemplares que aún sobrevivían en España. En la primera parte de *El Quijote*, impresa en 1605, Miguel de Cervantes menciona un caballero "que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra" (cap. XVIII), y "la cebra o alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aún hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto" (cap. XXIX). Y diez años después hace exclamar a Sancho sobre Dulcinea en la segunda parte de su novela (cap. X):

- ¡Vive Roque que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán y que puede enseñar a subir a la jineta al más diestro cordobés o mexicano! El arzón trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra. Y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento.

Según Gonzalo Correas en 1627¹⁷, la comparación "como una cebra" se aplicaba a la mujer "que se embravece mucho", y se decía sobre todo de mujeres serranas. Pero además del carácter arisco, también se había hecho proverbial la velocidad de la cebra, hasta el punto de que se decía que "es una cebra" de quien era muy rápido, aunque ahora se confundiera la cebra con una cierva fiera (*cerva fera*) o feroz: "Cebra: *Cerva ferox*. Es una cebra de ligero: *Cervà perniciosior fera*"¹⁸.

Pero en 1729, los académicos responsables del primer *Diccionario de la lengua castellana* no ignoraban el significado originario de "cebra":

¹⁶ Cf. Emilio NIETO BALLESTER, *Breve diccionario de topónimos españoles*, Madrid, 1997, p. 124.

¹⁷ *Vocabulario de refranes y frases proverbiales (1627)*, LOUIS COMBET (ed.), Robert JAMMES y Maïte MIR-ANDREU (rev.), Madrid, 2000, p. 713.

¹⁸ *Thesaurus hispanolatinus utriusque linguae dives opus olim a P. Bartholomaeo Bravo e Societate Iesu inventus nunc quam plurimis mendis expurgatus... per patrem Petrum de Salas*, Valladolid, Bartolomé Pórtoles, 1654, p. 102. Además de una primera edición de la que no se conservan ejemplares, existe otra de 1599.

Animal especie de caballo, pero más enjuto y cenceño. Se domestica con mucha dificultad, y sirve para los usos de cargar y montar. Es veloz en la carrera, y por mucho que le trabajen se fatiga muy poco.

Algunos indicios permiten sospechar que de los antiguos *equiferi* podían proceder unos caballos de pobre aspecto que hacia 1920 permanecían en estado salvaje entre Lisboa y la frontera española, en tierras pantanosas entre los arroyos Sor y Raia. A partir de siete yeguas y de cinco caballos ya domesticados y probablemente cruzados con otros caballos en el valle medio del Sorraia, río que recoge las aguas de aquellos arroyos y que desagua cerca del estuario del Tajo, Roy D' Andrade emprendió la recuperación de esta primitiva raza de caballo hispano¹⁹.

Este pequeño caballo Sorraia guarda claros vínculos genéticos con el caballo lusitano²⁰ más que con el español de pura raza. Su perfil convexo y grupa caída también se dan en el berberisco, y debían de ser propias del antiguo caballo hispano de malas ancas. Más que el color pardo, su capa característica es de color gris ratón, como el *dosinus* asociado al *equiferus* por Isidoro y el tarpán de las estepas europeas extinguido hace un siglo. Pero son sobre todo la raya dorsal y las extremidades cebradas que presentan con frecuencia las señales más claras de primitivismo, pues también son propias de otros caballos salvajes de Asia y de Europa, aunque hoy sean más populares en las cebras africanas así como en las mulas y otros híbridos²¹. El hecho de que Isidoro asocie los *equiferi* a unos caballos de color gris y las descripciones medievales de los cebros permiten suponer que se refieren a un caballo parecido al Sorraia, ancestro del caballo hispano.

Naturalmente, serán estudios de otro tipo los que permitan precisar el origen y el grado de relación de los *equiferi* hispanos con otras especies de caballos salvajes de Asia y Europa, con los caballos domésticos de Hispania, e incluso tal vez con los caballos de la última glaciación representados en las pinturas rupestres²². Pero

¹⁹ Cf. Martin HALLER, *Guía de las razas de caballos*, Barcelona, 1999, pp. 95 y 223; C. LUIS, R. JURAS, M. M. OOM, E. G. COTHAN, "Genetic diversity and relationships of Portuguese and other horse breeds based on protein and microsatellite loci variation", *Animal Genetics* 38.1 (2007), 20-27.

²⁰ C. LUIS y otros, "A lost Sorraia maternal lineage found in the Lusitano horse", *Journal of Animal Breeding and Genetics* 123 (2006), 399-402, p. 400, señalan la presencia de una misma yegua fundadora de ambas razas.

²¹ Cf. A. M. STACHURSKA, "Inheritance of primitive markings in horses", *Journal of Animal Breeding and Genetics* 116 (1999), 29-38; Jordi JORDANA VIDAL, "Los équidos en España", *Investigación y Ciencia* (mayo, 2005), pp. 4-5 (<http://www.rac.uab.es/bibliografia/articulos/AHP/ICE1.pdf>). Sobre el Sorraia y el cebro puede verse abundante información y bibliografía en <http://www.sorraia.org>.

²² Cf. Juan Carlos ALTAMIRANO, *Las rutas del caballo en Andalucía*, Sevilla, 2006, p. 19; M. S. LOPES y otros, "The Lusitano horse maternal lineage based on mitochondrial D-loop sequence variation", *Animal Genetics* 36 (2005), 196-202, pp. 196 y 201.

estos caballos salvajes (*equiferi*) coinciden con los corceles (*equi*) en ser más ligeros, en una capa más clara y probablemente en un perfil de cabeza convexo, frente a los ponis hispanos de perfil recto o incluso cóncavo, extremidades más cortas en relación al cuerpo, capa oscura, y crines y cola más densamente pobladas.

Los textos tampoco ofrecen indicios claros sobre la existencia de especies diversas de caballo salvaje. El caballo de las Retuertas de las marismas de Doñana, del que aún no se conoce una filiación cercana con otros caballos a partir de los análisis genéticos llevados a cabo en los últimos años, podría proceder de una raza distinta de *equiferus* de capa castaña o torda extendida en un origen por otras regiones de Hispania, y tal vez durante el Imperio Romano compartiera ya esas tierras con los antepasados del caballo Marismeño, que junto al Sorraia está considerado como otro tipo primitivo de caballo hispano²³.

En cualquier caso, los caballos salvajes de Hispania mencionados por Varrón, Estrabón, Tulio e Isidoro eran considerados y tratados como auténticos caballos salvajes, no como caballos asilvestrados. Y el propio nombre de *equiferus* o de *equus ferus* indica que no era un *ferus equus* o ‘caballo fiero’, sino una especie distinta del *equus* o caballo doméstico, de la misma manera que el jabalí y la cabra montés respecto al cerdo y la cabra doméstica. En la medida en que el *equiferus* de la Antigüedad tuvo su continuidad en el cebro de la Edad Media, podemos suponer que su capa era en ambos casos de color gris ratón, con algunas rayas de cebra en las patas y en el tronco. Este rasgo permite relacionarlo con el caballo Sorraia actual, que suele presentar cebraduras así como una línea oscura a lo largo del dorso (raya de mula). Por tanto, es posible que además del antiguo caballo hispano del que proceden el lusitano y el andaluz o español modernos, también el primitivo caballo salvaje de Hispania guarde un vínculo genético con el Sorraia. Si es así, el *equiferus* compartiría estos rasgos con otros caballos salvajes de Europa, corroborando que no se trataba de caballos domésticos asilvestrados, sino de auténticos caballos salvajes.

²³ Cf. J. L. VEGA-PLA, J. CALDERÓN, P. P. RODRÍGUEZ-GALLARDO, A. M. MARTÍNEZ, C. RICO, “Saving feral horse populations: does it really matter? A case study of wild horses from Doñana National Park in southern Spain”, *Animal Genetics* 37.6 (2006), 571-578, p. 576; Cristina LUIS y otros, “Iberian Origins of New World Horse Breeds”, *Journal of Heredity* 97.2 (2006), 107-113, pp. 107 y 111-112.

I.B. Empleo del cebro: Venado

Estrabón incluía el caballo salvaje de Hispania entre los venados como el corzo, aunque una vez cazado podía dedicarse a diversos fines, tanto si era capturado vivo como si era matado. Plinio prescribía a los enfermos de asma que bebieran la sangre de estos cebros (*nat.* 28,197):

Suspiriosis ante omnia efficax est potus equiferorum sanguinis.

“Para los asmáticos antes que todas las cosas es eficaz la bebida de sangre de cebros”.

Esta receta debe de proceder de una de las obras sobre medicina escritas en latín, o al menos por un autor no griego que manejó Plinio, quien escribe de sus propiedades (*nat.* 28,45,159):

De equiferis non scripserunt Graeci, quoniam terrae illae non gignebant, verum tamen fortiora omnia eadem quam in equis intellegi debent.

“Sobre los cebros no escribieron los griegos, puesto que aquellas tierras no los producían, pero no obstante debe entenderse que todas las cosas son las mismas que en los caballos pero más fuertes”.

Entre los años 162 y 166 d. C., los *equiferi* o cebros constituyeron en las llanuras de León un ansiado trofeo de caza para Tulio, un militar de origen africano que había acotado un campo para esta práctica. Testimonio de ello es el siguiente epígrafe de su altar votivo a la diosa Diana, que hacia el siglo IV d. C. fue reutilizado en la muralla de León, y que se conserva en el Museo Arqueológico de esa ciudad (*CIL* II, 2660b):

Aequora conclusit campi divisque dicavit
et templum statuit tibi, Delia virgo triformis,
Tullius, e Libya, rector Legionis Hiberiae,
ut quiret volucris capreas, ut figere cervos,
saetigeros ut apros, ut equorum silvicolentum
progeniem, ut cursu certari, ut disice ferri,
et pedes arma gerens et equo iaculator Hibero.

“Cercó los llanos del campo y los dedicó a los dioses
y levantó un templo para ti, virgen triforme de Delos,
Tulio, de África, de la Legión Ibera legado,
para que pudiera atravesar las corzas veloces, los ciervos,
los jabalíes hirsutos, la estirpe de caballos que habitan
los bosques, competir a la carrera o con el machete de hierro,
sea llevando las armas a pie o desde un caballo ibero lanzando”.

Debido al carácter poético de las inscripciones de este altar, el autor del poema emplea el neologismo de tono épico *silvicolens* (‘habitante del bosque’). Pero el que lo cite junto a otros venados, deja claro que se refiere al mismo caballo salvaje llamado en prosa *equus ferus* (ἵππος ἀγρίος) o *equiferus* por Varrón, Estrabón y Plinio. También podría haber escrito *silvicularum*, con el mismo significado y estructura métrica. Pero optó por esta forma que presenta la desinencia *-entum* en lugar de *-entium* por razones métricas, al igual que en el caso de *altifrontum* en otra inscripción del ara. El adjetivo compuesto *silvicolens* constituye además un hápax, al igual que el término *disex -icis* del verso sexto, que no se refiere al caballo salvaje como también se ha creído, sino a un arma para ‘diseccionar’, término latino derivado de *disicio* como ya sostuvieron desde el siglo XIX Fita, Bücheler, Mariner, y Del Hoyo en un estudio exhaustivo de las inscripciones de este ara²⁴.

El hecho de que los *equi silvicolentes* no sean citados en las restantes inscripciones entre las ofrendas de los animales finalmente cazados admite varias explicaciones. Lo más probable es que Tulio no lograra cazar ninguno, mientras que sí pudo ofrecer la piel de un oso que inicialmente no había previsto cazar. Por tanto, no creo que Tulio solo deseara clavar sus flechas o jabalinas en las corzas, ciervos y jabalíes, y con los caballos solo quisiera competir deportivamente a la carrera sin herirlos. Pues tampoco alude a lazos, redes u otros medios para capturarlos vivos, y aun en el caso de que su intención hubiera sido destinarlos a la doma, bien pudo haber cumplido su voto ofreciendo al menos un objeto alusivo o parte de las crines. Además, desde muchos siglos antes y hasta la Edad Media, los caballos

²⁴ Cf. J. DEL HOYO, “*Cursu certari*: Acerca de la afición cinegética de *Q. Tullius Maximus* (CIL II, 2660)”, *Faventia* 24/1 (2002), 69-98; *id.*, http://clasical0.us.es/c/cilxviii_a/idi2005/Astorum/LE1-LE2-LE3-LE4.pdf; A.B. RODRÍGUEZ, *Dianae Sacrum: Caza y poesía en los epígrafes de Quintus Tullius Maximus*, León, 2002. CIL II, 2660 a, b, c, d, e, p. 370 y suppl. pp. 708, 912 y 1040; S. MARINER, *Inscripciones hispanas en verso*, Madrid, 1952, pp. 28, 52-53, 63-64, 71-74, 150-152, 201-202; *Hispania Epigraphica* 12 (2002, =2006), 97-102.

fueron cazados en Hispania como cualquier venado, aprovechando su carne, su sangre, su piel, los pelos de sus crines y cola, sus huesos y sus médulas.

Ningún indicio permite tampoco creer que Tulio quisiera capturarlos para algún espectáculo de fieras en el anfiteatro, donde los ‘caballos salvajes’ están documentados ochenta años después en Roma. El emperador Gordiano (238-244 d. C.) mantenía en un bosque (*silva*) un parque zoológico (*vivarium*) con las fieras destinadas al Coliseo para celebrar su victoria sobre los persas (SCRIPT. HIST. AUGUST. *Iuli Capitolini XX, Gordiani tres*, 33,1):

Fuerunt sub Gordiano Rom<a>e elefanti triginta et duo, [...] hippopotami sex, rinocer<os> unus, arcoleontes decem, camelopardali decem, onagri viginti, equi feri quadraginta et cetera huius modi animalia innumera et diversa, quae omnia Philippus ludis saecularibus vel dedit vel occidit.

“Bajo el imperio de Gordiano hubo en Roma treinta y dos elefantes, [...] seis hipopótamos, un rinoceronte, diez leones, diez jirafas, veinte asnos salvajes, cuarenta caballos salvajes, y otros innumerables y variados animales de esta clase, todos los cuales entregó o mató Filippo en los juegos seculares”.

En efecto, finalmente fue el sucesor de Gordiano, Filippo el Árabe, quien empleó estos caballos salvajes (*equi feri*), cuya procedencia ignoramos, en abril de 248 para conmemorar el primer milenario de la fundación de Roma. Aquel zoológico también fue descrito a partir de una pintura que todavía podía contemplarse a finales del siglo IV d. C. (SCRIPT. HIST. AUGUST. *Iuli Capitolini XX, Gordiani tres*, 3,7):

In qua pictura etiam nunc continentur cervi palmati ducenti[s] mixtis Britanni<s>, equi feri triginta, oves ferae centum, alces decem, [...]

“Esta pintura todavía ahora contiene doscientos ciervos mezclados los de cuernas palmeadas [gamos] y los británicos, treinta caballos salvajes, cien ovejas salvajes, diez alces, [...]”

En la Edad Media, el cebro es mencionado en los *Fueros y Ordenamientos* de muchas villas relativos a la caza de este y de otros animales salvajes como ciervos, jabalíes y corzas²⁵. El siguiente texto aragonés del siglo XIII se refiere a

²⁵ Entre ellas Alarcón, Alcaraz, Baeza, Plasencia, Salamanca, Sepúlveda y Úbeda.

la utilidad de la carne y la piel del cebro, al que considera un mulo salvaje, tal vez debido a su característica raya de mula en el dorso:

Quoando el puerco montés matan muitos, el qui primerament lo ferió deve aver la cabeça con el pescueço, et si alguno feriere ante con dardo o lança o sayeta mulo salvage, es assaber cebro masclo, o ciervo ho cabirol, ercum, es assaber cabrón salvage, o otras bestias semeillables, deve aver el cuero con la mjtad de la carne, et la otra mittad deven aver aqueillos qui fueron en la muert d'aqueilla bestia²⁶.

Entre otros textos castellanos sobre sus propiedades curativas en hombres y animales, Enrique de Villena cuenta en 1423 que se comía “la carne de la enzebra para quitar pereza”²⁷. Y según Lope García de Salazar medio siglo después, “la carne de las çebbras es mucho sana para la vista del omne, la más que en las carnes se falla”²⁸.

II. TIELDO (*GRADARIUS*)

II.A. El caballo del norte peninsular

El escritor científico Plinio, quien había sido oficial de la caballería romana y procurador de la Hispania Tarraconense, únicamente menciona en Hispania una raza especial de caballos, los *tieltones* que se criaban en tierras de los *Gallaeci* y de los *Astures*, llamados *asturcones* cuando eran más pequeños (*nat.* 8,67,166):

In eadem Hispania Gallaica gens et Asturica equini generis quos tieltones vocamus (minore forma appellatos asturcones) gignunt, quibus non vulgaris in cursu gradus, sed mollis alterno crurum explicatu glomeratio, unde equis tolitim carpere incursum traditur arte.

“En la misma Hispania el pueblo galaico y el ástur producen la raza de caballos que denominamos tieltones (llamados asturcones con una forma más pequeña), los cuales no tienen en la carrera un paso común, sino una suave reunión con separación alterna de las patas, de donde mediante una técnica se enseña a los caballos a coger la carrera al trote”.

²⁶ Vidal Mayor, Gunnar TILANDER (ed.), Lund, LHMA, 1956, p. 490. Este es solo uno de los muchos documentos de este tipo del *Corpus Diacrónico del Español* (www.rae.es) que recogen el término.

²⁷ *Arte cisoria*, Pedro M. CÁTEDRA (ed.), Madrid, 1994, p. 165.

²⁸ *Istoria de las bienandanzas e fortunas*, Ana María MARÍN SÁNCHEZ (ed.), Madrid, 2000, fol. 89.

En este texto es preciso entender *gens* con el sentido figurado de ‘región’ y no referido propiamente a las personas, y *gigno* con el de ‘criar’ o ‘producir’ y no con el propio de ‘engendrar’. Tal vez por mantener el sentido propio de *gens*, e incluso de *gigno* al suponer que los *tieliones* engendraban *asturcones*, el comienzo del párrafo también se ha leído del siguiente modo a partir de otros manuscritos, conjeturas y puntuación:

In eadem Hispania Gallaica gens est et Asturica; equini generis his sunt quos tieliones vocamus; minore forma appellatos asturcones gignunt.

“En la misma Hispania está el pueblo galaico y el ástur; estos tienen la raza de caballos que denominamos tieliones; con una forma más pequeña engendran los llamados asturcones”.

En cualquier caso, el sustantivo *asturco* no es una supuesta palabra indígena, sino un neologismo propio del latín hablado, formado a partir de la forma sinco-pada del adjetivo *astur(i)cus* con el sufijo *-o -onis*, que se añade habitualmente a seres animados. Esta etimología —unida al orden de las palabras— podría hacer creer que Plinio situaba los *tieliones* entre los galaicos del noroeste peninsular, y los *asturcones* entre los ástures situados al oriente de estos, en ambos casos al norte del Duero²⁹. Pero del pasaje más bien se desprende que tanto los galaicos como los ástures criaban una raza de caballo que corría de forma suave y paso a paso que los romanos llamaban *tieliones*, aunque se conocían como *asturcones* cuando eran más pequeños. Otros autores antiguos nos confirman que este era el andar propio de los pequeños *asturcones*, mientras que el término *tielido* no vuelve a aparecer en otros textos en latín. Pero los asturcones y otros ponis de esas regiones montañosas habrían sido solo una variedad de esta raza, más pequeños y cómodos por tener las patas más cortas, que los romanos habrían diferenciado con un nuevo sustantivo derivado del étnico *Astur*³⁰.

En lugar de *tieliones*, otros manuscritos traen *thieliones* y *celdones*, tal vez reflejando una pronunciación asibilada originaria. De hecho, el ‘caballo’ recibe

²⁹ Los *Gallaeci* venían a poblar la actual Galicia y el norte de Portugal hasta el Duero. Por su parte, los ástures ocupaban el curso del Esla del que probablemente tomaron el nombre, extendiéndose a la mayor parte de la actual Asturias o Asturias, de las provincias de León y Zamora y a otras tierras vecinas, con capital conventual en la actual ciudad leonesa de Astorga (*Asturica*) y con el ejército en León. Sobre todo desde finales del siglo III d. C., los *conventus Asturum*, *Lucensis* y *Bracarenensis* constituyeron la provincia de *Gallaecia*.

³⁰ Cf. Adolfo SCHULTEN, *Geografía y etnografía*, cit. en n. 2, pp. 483-484 y 487, donde también propone una etimología indígena para el término *asturco* que no comparto.

en eusquera el nombre de *zaldi*, que parece tener el mismo origen del latín *tieldo* o *celdo*, y del antiguo alto alemán *zeltôri* y *zelten*, “caballo amblador” e “ir al paso de ambladura”. La forma indígena procedería tal vez de una raíz indoeuropea *del- con el sentido de ‘balancearse’, que se pudo latinizar con el sufijo -o -onis. El término *tieldo* se habría empleado en latín en tiempos de Plinio para referirse a la forma particular de correr de las jacas y los ponis, neologismos del inglés que aplicamos a los ejemplares de una talla media y pequeña respectivamente de esta raza de caballo que también es conocida como celta.

En los Pirineos sitúa Gracio el caballo galaico, y Silio al general de las tropas ástures, lo que permite suponer que también en la Cordillera Cantábrica que une los Pirineos con Galicia y Asturias debían de criarse estos mismos caballos. Y aunque los textos antiguos apenas nos digan nada cierto sobre las características de los caballos de otras regiones del norte peninsular, en el País Vasco, Navarra, norte de Burgos y Baleares han llegado hasta nuestros tiempos caballos similares a los ponis de *Gallaecia* y *Asturia*, con mínimas diferenciaciones genéticas que pueden deberse al aislamiento y la adaptación a las condiciones del territorio, así como a determinados cruces³¹.

Tieldo sería por tanto el término genérico de una raza de caballo que englobaba todas las jacas y ponis del tercio norte peninsular, no solo del antiguo territorio de *Gallaecia* y *Asturia* donde Plinio pudo conocerlos, sino también de la Cordillera Cantábrica y ambas vertientes de los Pirineos. Esta raza se diferenciaba claramente de los caballos propiamente dichos, entre otros rasgos, por su cuerpo más grueso y extremidades más cortas, por sus largas crines, por su carácter más apacible pero menos dócil, y por su forma de andar al paso. Los pasajes de Gracio y Silio permiten suponer que las jacas del norte de Hispania que por su mayor tamaño o brusquedad no podían considerarse asturcones también recibieron el nombre de *Callaicus*.

Los *tieldones*, cruzados en mayor o menor grado con otros tipos de caballo como las jacas británicas, habrían perdurado hasta nuestros días en las jacas gallega y navarra, el garrano portugués, el asturcón del Suevo, el poni vasco, el losino de Burgos y en menor medida los caballos mallorquín y menorquín a través del antiguo caballo catalán³². La extinta haca o jaca castellana también debió de tener el

³¹ Cf. M. L. CHECA y otros, “Distribución de la variabilidad genética en poblaciones de ponis españoles: resultados preliminares”, *Archivos de Zootecnia* 47 (1998), 169-174, pp. 169-170.

³² Cf. José Antonio GABRIEL Y GALÁN y otros, *Caballos en España*, Barcelona, 1985, p. 26; J. CAÑÓN y otros, “The genetic structure of Spanish Celtic horse breeds inferred from microsatellite data”, *Animal Genetics* 31 (2000), 39-48, pp. 39 y 45-46.

mismo origen que las de Galicia y Asturias, que ya en la Antigüedad debía de estar extendida fuera de la actual provincia de León, y cruzada con otras razas de caballo. Pues las distintas funciones a las que eran destinados las jacas y ponis del norte por un lado, y los corceles del resto de la Península por otro, provocaron sin duda un constante comercio, intercambio y cruce de ambas razas.

II.A.1. *ASTURCO*: EL PONI HISPANO

Los asturcones no eran conocidos en Roma a mediados del siglo II a. C. De hecho, el cordobés Séneca (h. 3 a. C. – 65 d. C.), en una carta en que aboga por recuperar la antigua austeridad romana (*epist. Lucil.* 87,10), escribe al final de su vida que el propio Catón (234-149 a. C.) no tenía más caballo que un vulgar rocín de laboreo, frente a la variedad de asturcones, ponis y trotones que había en Roma en época imperial:

O quantum erat saeculi decus! Imperatorem, triumphalem, censorium, quod super omnia haec est, Catonem uno caballo esse contentum et ne toto quidem! Partem enim sarcinae ab utroque latere dependentes occupabant. Ita non omnibus obesis mannis et asturconibus et tolutariis praeferres unicum illum equum ab ipso Catone defricum?

“¡Qué grande era el decoro del siglo! ¡Un general, un triunfador, un antiguo censor, un Catón que supera todas estas cosas, se contentaba con solo un rocín y ni siquiera entero! Pues el equipaje que colgaba de ambos lados ocupaba una parte. ¿No preferirías así aquel único caballo frotado por el propio Catón en vez de todos los rechonchos ponis, asturcones y trotones?”

Granio Liciniano (28,6) cuenta en el siglo II d. C. que Antíoco IV Epífanés, rey de Siria cuatro siglos antes (175-164 a. C.), iba en triunfo hacia el 167 a. C. montando un caballo asturcón (*asturcone pom[pam ag]ebat*). Pero ya señaló Schulten que no se trata realmente de un poni asturiano, sino de un caballito procedente de otra región. Pues según Diodoro (31, 16, 2), Polibio (31,4) llama a esa misma montura “caballito barato” (ἱππάριον εὐτελές).

Después de la conquista de Numancia el 133 a. C. y de las sucesivas guerras hasta la primera década del siglo siguiente, los romanos ya pudieron conocer los *asturcones* a principios del siglo I a. C., cuando apenas controlaban las actuales tierras leonesas del sur de la antigua *Asturia*. Enseguida se convirtieron en un signo

de ostentación debido a su comodidad y confort, como se desprende del siguiente texto del final de la *Rhetorica ad Herennium* (4,50,63), datable entre los años 86 y 82 a. C. aunque la mención de los *asturcones* fuera añadida pocos años después, y que describe cómo se dirige a su único esclavo alguien que intenta aparentar ser muy rico sin realmente serlo:

Et dicit in aurem, aut ut domi lectuli sternantur, aut ab avunculo rogetur Aethiops qui ad balineas veniat, aut asturconi locus ante ostium suum detur, aut aliquod fragile falsae choragium gloriae comparetur.

“Le dice al oído, o que pongan en casa los lechos para comer, o que le pida a su tío un etíope para que venga a los baños, o que se haga sitio al asturcón delante de su puerta, o que procure algún efímero decorado de vanagloria”.

El éxito de los *asturcones* estuvo acompañado por el de los *manni*, otros ponis mencionados por Lucrecio (3,1063) hacia el 57 a. C. como vehículo para trasladarse rápidamente a una finca rústica. Entre otros pasajes (*carm.* 3,27,7; *epist.* 1,7,77), Horacio se refiere a un antiguo esclavo enriquecido que presume paseándose ostentosamente en su *mannus* (*epod.* 4,14), al igual que el personaje de la *Rhetorica ad Herennium* con el *asturco*. El término *mannus*, que también figura en los versos de Ovidio (*am.* 2,16,49) y de Propercio (4,8,15), debía de ser un término genérico para poni, mientras que *asturco* se refería a un tipo específico³³, alusivo primero a su procedencia –siempre difícilmente comprobable– y luego a una forma de andar rítmica y suave y a otros rasgos físicos. Es posible por tanto que los *manni* de algunos de esos versos aludieran en realidad a *asturcones*, ya que los derivados en *-onis* resultaban demasiado vulgares en la lengua literaria de la poesía.

A pesar de su origen rústico y de su aspecto humilde, el asturcón cayó en gracia a los romanos, y se convirtió en un caballo de transporte (*vector*) cómodo y seguro, y muy valorado por las personas pudientes. Era muy apreciado para desplazarse dentro de Roma, o hasta las fincas próximas, como ilustra Plinio al relatar un suceso que pudo tener lugar a mediados del siglo I a. C. (*nat.* 8,61,144):

Apud nos Vulcatium nobilem, qui Cascellium ius civile docuit, asturcone e suburbano redeuntem, cum advesperavisset, canis a grassatore defendit.

³³ Con la forma del diminutivo *mannulus* los mencionan Plinio el Joven (*epist.* 4,2,3) y Marcial (12,24,8). Tal vez se refería a ellos Apuleyo al tratar de los valiosos y linajudos *iumentis Gallicanis* (*met.* 11,18).

“Entre nosotros al noble Volcacio, que enseñó derecho civil a Cascelio, cuando volvía tras anochecer de su finca en las afueras de Roma en un asturcón, un perro lo defendió de un salteador”.

Según el texto de Plinio ya referido, a imitación de la carrera habitual de los asturcones, se enseñaba a los caballos mediante una técnica a correr con un paso similar. Estos caballos, cuando eran de un tamaño pequeño, pudieron conocerse también como *asturcones*, que pasó a ser el nombre genérico de un tipo de caballo que corría con un ritmo propio de paseo. Esto aparece confirmado en el mismo siglo I d. C., cuando Petronio (*sat.* 86,4) se refiere a un asturcón oriundo del norte de Grecia, que Eumolpo promete regalar a un muchacho de Pérgamo para conseguir hacerle el amor:

Ut tertia nox licentiam dedit, consurrexi, ad aurem male dormientis «dii –inquam– immortales, si ego huic dormienti abstulero coitum plenum et optabilem, pro hac felicitate cras puero asturconem Macedonicum optimum donabo, cum hac tamen exceptione, si ille non senserit».

“En cuanto una tercera noche dio ocasión, me incorporé, digo al oído del falso durmiente: «Dioses inmortales, si yo arrebatara a este durmiente una penetración completa y apetecible, por esta dicha le daré mañana al muchacho un excelente asturcón de Macedonia, aunque con la condición de que él no se dé cuenta»”.

Por tanto, el nombre de *asturco* se aplicó por extensión a los caballitos de diverso origen que habían aprendido a trotar como los *asturcones*. Esta instrucción y el hecho de que hubiera sido llevado hasta Asia Menor desde el norte de Grecia justifican las siguientes palabras de Eumolpo (*sat.* 86,6) sobre la dificultad de comprar el asturcón, que constituía un regalo muy caro y extraordinario:

Seis quanto facilius sit columbas gallosque gallinaceos emere quam asturconem, et praeter hoc etiam timebam, ne tam grande munus suspectam faceret humanitatem meam.

“Sabes cuánto más fácil es comprar palomas y gallos que un asturcón, y aparte de eso temía también que un regalo tan grande hiciera sospechosa mi gentileza”.

Sobre todo fuera de su patria, los asturcones constituyeron en época romana un símbolo de prestigio social, y estuvieron de moda incluso entre emperadores como Nerón (54-88 d. C.), a quien después del asesinato de su madre el año 59 d. C., su asturcón favorito se le apareció en sueños cantando, según el relato de su vida escrito por Suetonio (46,1) en la primera mitad del siglo II d. C.:

Numquam antea somniare solitus occisa demum matre vidit per quietem [...] asturconem, quo maxime laetabatur, posteriore corporis parte in simiae speciem transfiguratum ac tantum capite integro hinnitus edere canoros.

“Aunque nunca antes solía soñar, después de que su madre fuera finalmente asesinada, vio durante un sueño [...] al asturcón con el que más disfrutaba, transformado en una especie de mono en la parte trasera del cuerpo y solo con la cabeza intacta, que relinchaba cantando”.

Antes del año 85 d. C., Marcial compuso un epigrama (14,199) para acompañar el regalo de un asturcón, que forma parte del libro de los obsequios o *Apophoreta*. Señala su pequeño tamaño y forma rítmica de andar, e identifica el lugar de origen de este caballo ástur con la zona de Hispania productora de oro, al noroeste de la actual provincia de León junto a la de Orense:

ASTURCO

Hic brevis ad numeros rapidum qui colligit unguem,
venit ab auriferis gentibus Astur equus.

“Reuniendo al compás su casco raudo, el pequeño
caballo ástur viene de pueblos que dan oro”.

A finales del siglo I d. C., narrando la II Guerra Púnica que había tenido lugar tres siglos antes a partir del relato de Tito Livio y de otras fuentes, Silio Itálico se refiere poéticamente a los caballos de los ástures entre los contingentes hispanos que supuestamente apoyaban al ejército cartaginés contra los romanos³⁴. El poeta atribuye a los ástures un origen mítico a partir de un personaje de la guerra de Troya de nombre parecido, hijo de la Aurora, cuyo nombre debe relacionarse con el de dos ciudades de la Tróade llamadas *Astyra*, una en la costa suroccidental

³⁴ El lector encontrará numerosos datos interesantes en la introducción y traducción anotada de Joaquín VILLALBA ÁLVAREZ a *La Guerra Púnica* de Silio Itálico, Madrid, 2005.

y otra en las montañas. En ello sigue el modelo de su admirado Virgilio (*Aen.* 10,180-181), quien también da el nombre de *Astur* o *Astyr* a un etrusco aliado de Eneas, de vestimenta multicolor y que confiaba en sus caballos. Pero aunque el mantuano debió de conocer la fama de los asturcones hispanos, su *Ástur* alude a un río y un lugar en la costa del Lacio llamados *Ástura*, igual que el río que dio nombre a nuestros ástures, el Esla:

[...] sequitur pulcherrimus Astur,
Astur equo fidens et versicoloribus armis.

“[...] sigue el bellísimo *Ástur*,
Ástur confiado en su caballo y en sus armas multicolores”.

La descripción de Silio (3,332-339) del caballo de los ástures, pequeño y de paso suave en la monta o tirando del carro, corresponde al asturcón de su tiempo, que era una palabra inapropiada en poesía, al igual que otras formadas con ese mismo sufijo. Y el hecho de que diga de su auriga que recorría las cumbres del Pirineo confirma que este asturcón también podría haberse criado en Galicia o en los Pirineos franceses:

Venit et, Aurorae lacrimis perfusus, in orbem
diversum patrias fugit cum devius oras,
armiger Eoi non felix Memnonis Astyr.
His parvus sonipes nec Marti natus; at idem
aut inconcusso glomerat vestigia dorso,
aut molli pacata celer rapit esseda collo.
Cydnus agit, iuga Pyrenes venatibus acer
metiri iaculove extendere proelia Mauro.

“Y viene, bañado en lágrimas de Aurora, extraviado cuando huyó de regiones patrias a un mundo apartado, *Ástur*, del oriental Memnón infeliz escudero. Un pequeño sonípede tienen y no nacido para la guerra; mas este sin sacudir el dorso reúne pisadas, o tira veloz de apacibles carros con cuello suave. Cidno los dirige, enérgico al recorrer para cacerías las cimas del Pirineo, o desplegando las batallas con el moro venablo”.

En otro pasaje de la misma obra, Silio describe el caballo ástur Pancates con sendas manchas blancas en la frente y en los pies, capa que presenta como característica de los caballos de esta raza (16,346-353), cuando en realidad está imitando un verso virgiliano sobre la capa del caballo tracio de Príamo³⁵:

Proximus, a primo distans, quantum aequare currus
 occupat ipse, loci tantum, sed proximus ibat
 Astur Panchates: patrium frons alba nitebat
 insigne et patrio pes omnis concolor albo,
 ingentes animi, membra haud procerca decusque
 corporis exiguum; sed tum sibi fecerat alas
 concitus atque ibat campo indignatus habenas:
 Crescere sublimem atque augeri membra putares.
 Cinyphio rector cocco radiabat Hiberus.

“Inmediato, distante del primero tanto espacio cuanto el propio carro ocupa en la llanura, pero inmediato marchaba el ástur Pancates: lucía una frente blanca, la enseña patria, y todos los pies del mismo color del patrio blanco, ánimos inmensos, miembros cortos y escasa elegancia de cuerpo; pero se había hecho alas entonces excitado, y marchaba por el campo reacio a las riendas. Creerías que crecía por los aires y aumentaban los miembros. Con cinifia escarlata brillaba Ibero, su auriga”.

Animado por su auriga, el asturcón termina adelantando el carro del inexperto Cirno, que había provocado el agotamiento del caballo galaico Lampón³⁶ con una salida demasiado impetuosa (16,389-396):

«Tene, Astur, certante feret quisquam aequare palmam
 erepto? Consurge, vola, perlabere campum
 adsuetis velox pennis. Decrescit anhelo
 pectore consumptus Lampon, nec restat hianti,

³⁵ *Aen.* 5,566-567: *vestigia primi / alba pedis frontemque ostentans arduus albam.*

³⁶ Lampón se llamaba una de las yeguas carnívoras del rey tracio Diomedes, y hoy es el nombre de un lugar del municipio de Boiro en la ría de Arousa (La Coruña). El nombre de su auriga Cirno significa ‘de Córcega’, y Peloro es un promontorio de Sicilia, con lo que el poeta tal vez quiera insinuar que el caballo vetón procedía de esta isla famosa por sus caballos.

quem ferat ad metas, iam spiritus». Haec ubi dicta,
tollit se sonipes, ceu tunc e carcere primum
corriperet spatium, et nitentem opponere curvos
aut aequare gradus Cyrnum post terga relinquit.

“¿Cuando tú compites, Ástur, alguno se va a llevar la victoria arrebatándote el llano? Levántate, vuela, cruza rápido el campo con las alas que acostumbras. Se viene abajo agotado Lampón sin aliento en el pecho, y ya no le queda aire que lo lleve a la meta jadeando». Cuando dijo estas cosas se eleva el sonípede, como si entonces tomara el terreno primero desde la salida, y a Cirno que torciéndose procura estorbarle o ponerse a su nivel, lo deja detrás de su espalda”.

Finalmente vence el asturcón Pancates con su aire altivo y suave y sus largas crines al viento (16,438-442):

Interea metis certus iam laudis agebat
sese Panchates et praemia prima petebat
arduus. Effusas lenis per colla, per armos
ventilat aura iubas, dum mollia crura superbi
attollens gressus magno clamore triumphat.

“Entretanto, a las metas seguro ya de la gloria iba Pancates y el premio primero pedía altivo. Por cuellos, por brazos sus sueltas crines airea la leve brisa, mientras alzando las piernas suaves de un paso orgulloso, entre grandes clamores triunfa”.

Aunque las piernas suaves son propias del asturcón, el trote (*tolutim*) “levantando las piernas” (*crura attollens*) no es precisamente lo que caracteriza el andar de este poni paticorto, sino que procede más bien de la descripción virgiliana del andar natural de un potro de raza (*georg.* 3,76): *altius ingreditur et mollia crura reponit* (“avanza más en alto y posa sus piernas suaves”). A su vez, Virgilio lo había referido poco antes del año 30 a. C. a un caballo de extremidades largas y flexibles a partir de un verso que –según el comentario de Servio– había aplicado Ennio (239-169 a. C.) al andar de las grullas, característico de las zancudas

habitadas a buscar su alimento en los pantanos. Las largas crines sí caracterizan al asturcón, y hermocean a cualquier caballo, pero el levantar la cabeza parece más bien una expresión tomada de Virgilio³⁷. El carácter animoso (*ingentes animi*), e incluso la resistencia a las riendas podrían ser otros tópicos virgilianos de caballos poco dóciles³⁸, y tampoco tienen mucho fundamento en el poni los pasos orgullosos, cuya invención –como la del freno– se atribuye a los míticos lapitas del norte de Tesalia³⁹.

Por otra parte, esta victoria fabulosa sobre dos jacas de Galicia de mayor tamaño y sobre el caballo de los vetones no significa que el asturcón fuera en época romana un caballo de carreras. Pues en condiciones normales, sus cortas patas y su paso de andadura no le permitían competir con la velocidad al galope de los corceles. A pesar de que el relato épico en que se inserta admite todo tipo de sucesos extraordinarios, el poeta justifica ante todo su victoria por el agotamiento del caballo galaico debido a una salida demasiado impetuosa, por la caída de otro jinete y por la pérdida del látigo por parte de su tercer y último rival.

Así pues, el pequeño caballo ástur o asturcón no estaba hecho para la guerra, ni para la caza ni tampoco para las carreras, pero sí para una marcha ligera y cómoda o para tirar de un carro a una velocidad media constante durante un largo trayecto, de forma más suave y segura que otros caballos más grandes. Ello permitió el éxito de estos ponis, y el que hubiera incluso profesionales del asturcón o “asturconeros”, uno de ellos de nombre Pánfilo documentado en una inscripción romana: *Pamphilus asturconarius* (CIL VI, 6238), de la misma manera que es citado el burrero, el mulero, el acemilero o el camellero (*asinarius, burdonarius, iumentarii, camelarius*). En el siglo IV d. C., el veterinario Pelagonio (*vet. 27*) todavía llama a los “etruscos amantes de los asturcones” (*Tuscos amatores asturconum*).

Pero poco tiempo después, la fama del asturcón cayó con Roma, y su nombre quedó olvidado durante mil años. Isidoro de Sevilla ni siquiera lo menciona por ese nombre, sino tal vez aludiendo a su característica capa negra o castaña oscura, al tratar del “*mannus* o caballo más pequeño que llaman popularmente morenito” (*orig. 12,1,55*): *Mannus vero equus brevior, quem vulgo brunicum vocant*. Estos caballitos y otros de mayor tamaño y parecida andadura o trote se usaban como medio de transporte pero pertenecían a una raza vulgar de caballos, mientras que

³⁷ *Aen.* 11,496–497: *Emicat adrectisque fremit cervicibus alte / luxurians, luduntque iubae per colla, per armos.*

³⁸ *georg.* 3,207–208: *ingentes tollent animos prensique negabunt / verbera lenta pati et duris parere lupatis; Aen.* 11,599: *insultans sonipes et pressis pugnat habenis.*

³⁹ *georg.* 3,116–117: *docuere sub armis / insultare solo et gressus glomerare superbos.*

los de auténtica raza eran los más veloces que podían emplearse en la guerra y en la equitación (*orig.* 12,1,55).

En la Edad Media, el *Corpus Glossarum Latinarum* (V,169,22) recoge una definición del arcaísmo *Asturco*, aunque mal transcrito *Asturio*, como un *equus ambulator*, ‘caballo andador’, no a partir de su origen sino porque no se usaba para correr al galope como los *cursores* o corceles ‘corredores’, sino para ir al paso. En 1490, Alfonso de Palencia (f. 36r) transcribe mal el término *asturco* como *astructor*, pues lo define como *equus ambulator* y al mismo tiempo como ‘el que construye y trabaja en algo’ (*qui aliquid astringit et molitur*). Antonio de Lebrija sí recupera la forma correcta *asturco* en su *Vocabulario español-latino* de 1495, definiéndolo como ‘caballo morisco’, donde morisco tiene en el habla un valor despectivo y relativo a lo autóctono de España, ya sea un animal, planta u otro producto.

Los antiguos *asturcones* corresponden a los asturcones del Suevo y a los restantes ponis del norte peninsular, especialmente en la medida en que resulten aptos para tirar de un carro de forma estable y segura.

II.A.2. *CALLAECUS*: LA JACA HISPANA

Aunque aparte de Plinio ningún otro autor menciona los *tieltones*, contamos al menos con el testimonio de los poetas Gracio y Silio sobre los caballos *Callaecos*, que debían de pertenecer a la raza de los *tieltones*, igualmente *Callaecos*. Hacia el cambio de Era, en los últimos versos conservados –aunque de forma fragmentaria– de su tratado de caza (*cynege.* 513-517), Gracio describe así el *Callaecus* o ‘galaico’:

Sed iuxta vitium posuit deus. At tibi contra
 Callaecis lustratur <e>quis scruposa Pyr<ene>.
 Non tamen Hispano Martem temptare m<inacem>.
 ausim: <in> mur<i>cibus vix ora tenacia ferr<o>
 concedunt.

“Pero al lado le puso el dios un defecto. Y por contra,
 los galaicos recorren para ti el Pirineo rocoso.
 Con el hispano con todo yo no osaría la lucha <arriesgada>
 probar: apenas ceden al hierro la boca apretada
 en el bocado”.

Aunque el nombre *Callaecus* tiene una connotación geográfica y no alude propiamente al paso, la localización de este caballo en los Pirineos, que también podría aludir por extensión a toda la Cordillera Cantábrica, permite identificarlo con los *tieldones*, las jacas propias del norte de la Península Ibérica, de la misma manera que eran *asturcones* todos los ponis ambladores de la misma raza y de esa misma zona geográfica, y aun los de otras provincias con unas cualidades parecidas. Los *Callaeci* vienen a ser por tanto el equivalente poético de los *tieldones*, forma inapropiada en el hexámetro latino. Pues estos galaicos son descritos como caballos poco dóciles y de cascós duros adaptados a las rocas de los montes del norte de Hispania desde *Gallaecia* hasta los Pirineos.

Tanto los corceles como los ambladores de Hispania eran aptos para andar por las montañas, los primeros gracias a su docilidad y los segundos gracias a sus duros cascós. Pero el término *Hispanus* en el verso de Gracio debe referirse estrictamente a ese mismo caballo *Callaecus* del norte peninsular, ya que en todo el pasaje conservado sobre el caballo de caza (vv. 497-541), junto a una virtud de cada raza, Gracio señala el defecto que la acompañaba. En los versos previos refería Gracio que los cascós habituados a terrenos blandos de los apacibles caballos de los egipcios y de los partos de suaves piernas, se romperían con las rocas de los Alpes y de otros montes de Italia. El galaico sí servía para atravesar las montañas rocosas del Norte de Hispania gracias a sus fuertes cascós, pero no resultaba seguro ante las amenazas propias de la caza, pues eran difíciles de controlar por no obedecer siquiera al freno de la boca. Frente a ellos, las fuentes literarias coinciden en que el caballo hispano de celtiberos y lusitanos sí era dócil e idóneo para atravesar montañas.

Solo se conserva la ‘m’ inicial de la última palabra del verso 315, para la que se han propuesto algunos términos que concertarían con *Hispano*: *ministro*, *maligno* y *magistro*, que Correa explica con sentido irónico. Pero según el orden de palabras resulta más probable que fuera un adjetivo de *Martem*, término que como nueve versos más arriba (...*silvas durumque lacessere Martem*), no se refiere por sinécdoque a la guerra sino a la caza. Por ello considero que la lectura original es *minacem* (literalmente ‘amenazador’), propuesta por Logau en la *editio princeps* aldina de 1534, ya que estos versos imitan claramente dos versos de las *Geórgicas* de Virgilio (3,77-78), que es la obra que

de forma más evidente influye en todo el tratado: *fluvios temptare minaces / audet* (“osa probar los ríos amenazadores”)⁴⁰.

Silio (16,333-335) describe un veloz caballo galaico, gentilicio que heleniza mediante el diptongo ‘ai’ en lugar de ‘ae’, en la referida carrera de carros:

Evolat ante omnes rapidoque per aera curru
 Callaicus Lampon fugit atque ingentia tranat
 exultans spatia et ventos post terga relinquit.

“Sale volando ante todos y escapa con rápido carro
 por los aires Lampón galaico y surca exultante
 grandes espacios y deja a su espalda los vientos”.

También este caballo puede aludir en general al caballo del norte, y no solo de *Gallaecia* o de uno de los pueblos del *conventus* de Braga mencionado por Plinio con este mismo nombre (*nat.* 3,28). Silio destaca la extraordinaria velocidad de este caballo, que parecía volar como una alocada golondrina⁴¹, y que al igual que en otros pasajes de Virgilio alusivos a las carreras de carro (*georg.* 3,103-106 y *Aen.* 5, 144-347), daba saltos y parecía que fuera a volcar hacia delante. Debido a esta salida demasiado impetuosa, Lampón quedó agotado, sin aliento y despidiendo el sudor evaporado por el calor del cuerpo⁴², por lo que fue adelantado por el caballo asturiano Pancates y por el caballo vetón Peloro. Esto se debió sobre todo a la inesperienza del jinete, que forzó el galope tendido en una jaca más apta para ir al paso portante, y que no podía mantener ese ritmo en una carrera larga (16,381-384):

Sensit ut exhaustas, qui proximus ibat, Hiberus
 Callaicas Cyrni vires, nec ut ante salire
 praecipitem currum, et fumantes verbere cogi
 adsiduo violenter equos,...

⁴⁰ Menos verosímil, aunque más próxima semánticamente al *durum* de unos versos antes, resulta la conjetura *molestum* (‘penosa’), que P. J. ENK acaba rechazando en su edición de los *Cynegeticon quae supersunt*, Zutphen, 1918 (Hildesheim, 1976). Pueden verse otros datos en *Minor Latin Poets*, J. Wight DUFF y Arnold M. DUFF (eds.), Londres, 1961, pp. 144-148 y 200, y en la introducción, traducción y notas de José Antonio CORREA RODRÍGUEZ, *Poesía latina pastoril, de caza y pesca*, Madrid, 1984, pp. 43-45, que también incluye el texto de Nemesiano en pp. 194-196.

⁴¹ Pues con la golondrina comparaba Virgilio a Yuturna volando en un carro de caballos en el verso que imita aquí Silio: *equis rapidoque volans obit omnia curru* (*Aen.* 12,478).

⁴² Virgilio dice de los caballos de Turno que iban “humeantes de sudor”: *fumantes sudore* (*Aen.* 12,338).

“En cuanto sintió agotadas Ibero, que iba el siguiente,
 las fuerzas galaicas de Cirno, y que no saltaba como antes
 el carro precipitado, y que los caballos hirviendo
 eran obligados con continuo látigo,...”

Distinto de este caballo y del ástur era, según Silio, el caballo de Tuy (*Tyde*), también en *Callaecia*, que participa en la misma carrera y lleva el nombre de la cadena montañosa que sirve de frontera septentrional a los Iberos de Oriente (16,355-358 y 368-371):

Tertius aequata currebat fronte Peloro
 Caucasus. Ipse asper nec qui cervicis amaret
 applausae blandos sonitus clausumque cruento
 spumeus admorsu gauderet mandere ferrum. [...]
 Ipsum Aetola, vago Diomedi condita, Tyde
 miserat: Exceptum Troiana ab origine equorum
 tradebant, quos Aeneae Simoentos ad undas
 victor Tydides magnis abduxerat ausis.

“Corría el tercero, con la frente al nivel de Peloro,
 Cáucaso. Él mismo arisco, que no quería sonidos
 cariñosos de su cerviz palmeada, y con sangriento mordisco
 gozaba espumoso masticando el hierro escondido. [...]
 La etolia Tide, fundada por el errante Diomedes
 lo había enviado: Contaban que procedía de un origen troyano
 de caballos, los cuales se había llevado con gran osadía
 el Tidida vencedor de Eneas junto al río Simunte”.

Siguiendo el modelo poético virgiliano, Silio se muestra más interesado en las leyendas que asociaban determinados topónimos hispanos con héroes de la mítica guerra de Troya, que en las características de las razas de caballo de la Península. Por ello, aceptando los relatos de Asclepiades de Mirlea⁴³ aludidos por Estrabón (*geogr.* 3,4,3) y por Plinio (*nat.* 4,112) sobre una legendaria fundación de la ciudad de *Tude* por el héroe griego Diomedes, hijo de Tideo, supone que

⁴³ Cf. Luciano PÉREZ VILATELA, “Los νόστοι en Iberia según la escuela de Pérgamo”, *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos* 5 (1995), 321-344, pp. 336-340.

los caballos de esta región habían sido traídos desde Troya al acabar la guerra, aunque el nombre del caballo aluda a una región aún más extrema situada al otro lado del Mar Negro (*Pontus Euxinus*)⁴⁴. Por otra parte, el carácter arisco de este caballo mal domesticado y el que muerda el freno hasta sangrar, también lo aplicaba Gracio al caballo galaico, aunque esto último no fuera exclusivo de las jacas galaicas⁴⁵. A pesar de todas estas ficciones, no cabe descartar que Silio tuviera alguna noticia sobre la condición poco dócil del caballo de esta región del *conventus Bracarensis* criado en semilibertad, y que podríamos considerar como el antecesor del actual garrano, poni de capa castaña de ambos lados de la frontera galaico-portuguesa.

II.B. Empleo del caballo del norte peninsular: amblador

Del poeta Lucilio (476), que vivió en la segunda mitad del siglo II a. C. y estuvo en la guerra de Numancia, se conserva un verso descontextualizado sobre un “caballo no hermoso, amblador, excelente portador”, que podría referirse a un caballo similar al asturcón, pero en ningún caso al caballo de Viriato: *Ipse ecus, non formosus, gradarius, optumus vector*.

En un principio, el distinto uso a que era destinado el caballo no dependía tanto de su procedencia cuanto de la elección según el carácter que mostrara, y de la forma de criarlo y adiestrarlo ya fuera para las acciones bélicas, para las competiciones de carreras o de saltos, o para el transporte. Según refiere Varrón en el siglo I a. C. (*rust.* 2,7,15), cuando un romano escogía los caballos idóneos para el transporte, distinguía los más apropiados para montar de los destinados a tirar de un carro. Pero así como los caballos de guerra debían ser enérgicos, era preferible que los destinados en general al transporte fueran tranquilos, lo que también se conseguía castrándolos:

⁴⁴ Esta etimología venía reforzada por el nombre de las etnias que habitaban la región, *Grovii*, étnico que Silio (3,366) transforma en *Gravii* como derivado de *Graii* (‘griegos’), vecinos de los *Heleni* o *Hellenes* (‘helenos’) en la ría de Vigo. A este mismo Diomedes (y no al rey de Tracia de las yeguas carnívoras) se atribuyeron otras fundaciones en el sur de Italia.

⁴⁵ Hacer que el caballo guste de las palmadas en el cuello es uno de los primeros pasos de su adiestramiento que, entre otros autores, ya describe Virgilio (*georg.* 3,185-186): *blandis gaudere magistri / laudibus et plausae sonitum cervicis amare*. La espuma es indicio de fogosidad en los caballos, y los clavos del bocado también provocan que un buen caballo acabe echando espuma ensangrentada al final de una carrera (*georg.* 3,203): *pumas aget ore cruentas*.

Equi quod alii sunt ad rem militarem idonei, alii ad vecturam, alii ad admisuram, alii ad cursuram, non item sunt spectandi atque habendi. Itaque peritus belli alios eligit atque alit ac docet; aliter quadrigarius ac desultor; neque idem qui vectorios facere vult ad ephippium aut ad raedam, quod qui ad rem militarem, quod ut ibi ad castra habere volunt acres, sic contra in viis habere malunt placidos. Propter quod discrimen maxime institutum ut castrentur equi. Demptis enim testiculis fiunt quietiores, ideo quod semine carent.

“Los caballos, puesto que unos son idóneos para el servicio militar, otros para el transporte, otros para la remonta, otros para las carreras, no deben ser examinados y considerados de la misma manera. Por consiguiente, el experto en la guerra elige unos y los cría e instruye, de otro modo el conductor de cuadrigas y el saltador, y no es el mismo quien quiere hacerlos de transporte para la silla o para el coche, y el destinado al servicio militar, así como allí los quieren enérgicos para el campamento, por el contrario en los caminos prefieren tenerlos tranquilos. Debido a esta diferencia se enseña principalmente que se castren los caballos. Pues quitándoles los testículos se vuelven más tranquilos, puesto que carecen de semen”.

Más tarde, Plinio cuenta que los caballos de los galaicos y ástures corrían de una forma peculiar juntando y separando suavemente las piernas de forma alterna. Pues sus palabras permiten interpretar que la carrera al ritmo de paso era propia de todos los *tieltones* que se criaban en el norte y noroeste de Hispania para menesteres diversos, aunque el nombre de *asturcones* se reservara para los más pequeños y dóciles empleados en contextos urbanos. Así, en su lúcido comentario a este pasaje de Plinio, Francisco Hernández (1515-1587) atribuye el paso de ambladura a los *tieltones*, identificando esta raza con la jaca galaica o galiciana⁴⁶:

Un género de cavallos dize Plinio aquí llamarse de dos nombres, conviene a saber: tieltones y asturcones aunque son menos conocidos por el nombre postero (que yo no leo *forma* sino *fama*)⁴⁷. Estas son a mi juicio las jacas galizianas, porque aliende que no hay en aquella provincia otros de quien más propriamente se pueda o deva entender, es cierto serles más natural el andadura que a ningún

⁴⁶ *Historia natural de Cayo Plinio Segundo trasladada y anotada...*, Madrid, 1998, p. 413. Quiero agradecer esta referencia a mi compañera Sandra Ramos Maldonado, especialista en la obra de Plinio y otros textos científicos greco-latinos.

⁴⁷ Puesto que *tieldo* solo aparece en este pasaje, y *asturco* lo hace en otros diez, esta conjetura de *fama* en lugar de *forma* solo tendría sentido referida si acaso a un contexto temporal o geográfico muy concreto.

otro género de caballos. Porque aunque haya en otras partes hacas, acaneas, palafrenes y hacas pequeñas que llaman mánulos y cuartagos, a quien podría en alguna manera cuadrarle y competirle, pero a mi parecer, a ninguna dellas como a las que tenemos nombradas. Esto es, pues, otro negocio de que también se coligen diferencias de caballos, conviene a saber: el modo de andar o inceso, pues es cierto unos moverse con paseo, otros de andadura que llaman tolutarios, por *tollutim incedunt*; otros, trotan, y por eso son llamados decusores o trotones, y otros galopean que llaman los griegos [*en blanco en el texto*] y otros corren y aun hay entre éstas otras maneras de andar de que hay memoria y nombres, que por parecerme muy menudos no me quiero referir al presente.

El tielcón y asturcón no eran por naturaleza caballos para ir al galope sino al paso portante o de ambladura, una especie de trote suave y ligero que permitía un transporte cómodo y seguro para el jinete o para la carga y pasajero de un carro. A partir del movimiento natural de estas jacas, se enseñó a correr de forma parecida a los caballos de otras regiones, que recibieron el nombre de *tolutarii*. Pero en contra de lo que suele afirmarse desde hace un siglo⁴⁸, ni Plinio ni ningún autor antiguo afirma o niega que movieran simultáneamente la mano y el pie del mismo lado. Pues la ambladura implicaba realmente unos movimientos similares a los del paso pero con una velocidad similar a la del trote.

El movimiento de un caballo al trote o al galope es demasiado rápido para que pueda ser percibido por el ojo del hombre, y solo ha sido descrito y dibujado correctamente a partir del último cuarto del siglo XIX gracias a la fotografía. Solo entonces pudo demostrarse que el caballo al trote tiene efectivamente levantadas las cuatro extremidades durante un breve intervalo, mientras que en el paso hay siempre dos o tres pies en el suelo. El galope es un movimiento asimétrico en cuatro tiempos que produce la falsa impresión de que el caballo extiende hacia delante los dos brazos, al tiempo que se impulsa apoyando hacia atrás las dos patas traseras⁴⁹. Por el contrario, en el trote se percibe un movimiento rítmico y alternativo de brazos y de pies en dos batidas, aunque no es fácil percibir a simple vista qué pie acompaña a cada brazo, ni el grado de simultaneidad de las dos extremidades en cuestión en cada batida. Pues no siempre se realiza exactamente en dos tiempos, sino que la simultaneidad entre una mano y una pierna suele ser solo aproximada.

⁴⁸ Cf. Irene SECO SERRA, "La atribución de ambladura natural al caballo asturcón en las fuentes latinas", en Fernando QUESADA SANZ y Mar ZAMORA MERCHÁN (eds.), *El caballo en la antigua Iberia*, Madrid, 2003, pp. 141-143.

⁴⁹ Paul VIGNERON, *Le cheval dans l'Antiquité Gréco-Romaine (des guerres médiques aux grandes invasions): Contribution à l'histoire des techniques*, Nancy, 1968, vol. I, pp. 12-15 y vol. II, pl. 3-4.

El batir el suelo con pasos rítmicos (*ad numeros*) doblando alternativamente las piernas en círculo (*alterno crurum explicatu*) constituye un paso que se enseñaba a los corceles, según describe Virgilio (*georg.* 3,191-192) y vemos en todo tipo de representaciones antiguas de caballos:

Carpere mox gyrum incipiat, gradibusque sonare
compositis, sinuetque alterna volumina crurum.

“Empiece luego a coger el giro, y a sonar con los pasos
concertados, y doble los volúmenes alternos de piernas”.

El adverbio latino *tolutim*, de *tollere* (‘levantar’), significa etimológicamente ‘levantando’ las piernas. Este adverbio propio de las cabalgaduras ya aparece documentado en la comedia de los asnos de Plauto (254-184 a. C.), cuando el joven enamorado Argiripo se ve obligado a llevar a cuestas a su esclavo Líbano, y este le arrea porque echó a andar muy lentamente (*Asin.* 706):

LIB. : Demam hercle iam de hordeo, tolutim ni badizas.
ARG.: Amabo, Libane, iam sat est.

“LÍB.: Ya te quitaré cebada, ¡pardiez!, si no andas al trote.
ARG.: Por favor, Líbano, ya está bien”.

Los términos *explicare* y *colligere* o *glomerare* aplicados al asturcón pueden referirse a las gambetas o braceo que solían aprender los caballos, ‘extendiendo’ primero los brazos hacia los lados y luego ‘recogiéndolos’ como quien ‘amontona’ distintos objetos dispersos. Este movimiento realzaba el porte orgulloso del caballo, como escribe Virgilio (*georg.* 3,117): *gressus glomerare superbos*.

Los caballos asturianos de hoy día –incluso los que como el asturcón de Sueve se consideran sus más directos descendientes– no mueven simultáneamente los remos de un lado, sino en diagonal como casi todas las razas de caballo. Pero ello no se debe a que hayan perdido esa facultad, ni contradice la explicación de Plinio y de los restantes textos antiguos sobre el suave trote del antiguo asturcón. En verdad, como afirmaba Hernández, el paso portante fue más propio de las jacas gallegas que de los cuartagos o ponis asturianos, lo que confirma que en el texto de Plinio, el andar especial se refiere en general a los *tieliones*. Los *asturcones* eran simplemente una variedad más pequeña de esa misma raza, pero terminaron designando en latín a los ambladores hispanos.

No conozco ningún testimonio antiguo o medieval que mencione el paso de la caballería moviendo a la vez los remos de un mismo lado, ya sea de forma natural o aprendida. Según Alfonso de Palencia, “*gradarius* se dize el cavallo que anda llano sin quebrantar al que en él cavalga: entre los que fablan vulgar se dize portante, o hacanea que va de ambladura”⁵⁰. El término “portante” es un italianismo equivalente a “ambladura”, que es un derivado del provenzalismo “amblar”. Hacia 1611, Sebastián de Covarrubias también escribe de las hacas españolas que “tienen un passo que llaman de portante”. Y define la andadura como “el portante de la bestia que camina concertadamente y llano, y no al trote”⁵¹, y amblador como “andador, cavallo andador, *Latine gradarius sive tolutarius*, que por otro nombre deçimos cavallo que anda de portante”⁵².

Hacia finales del siglo XVI, al menos en Inglaterra ya se enseñaba a los caballos el paso de ambladura moviendo simultáneamente los dos remos de ambos lados⁵³. Y en torno al siglo XVII debió de ser conocido también en España, aunque no parece haber sido popular hasta mucho después. Pues hasta 1837, el *Diccionario de la Academia* todavía define el paso portante como una “marcha o paso apresurado”, y solo a partir de 1843 como un “paso artificial de las cabalgaduras en el cual mueven a un tiempo la mano y el pie del mismo lado”. Y en cuanto al nombre equivalente de paso de ambladura o andadura, hasta 1889 no es definido expresamente como “andar moviendo a un tiempo el pie y la mano de un mismo lado”. En parte ha sido este cambio semántico de los términos “ambladura” y “portante” en el castellano del siglo XIX lo que ha motivado que desde hace un siglo se crea falsamente que el antiguo asturcón movía simultáneamente la mano y pierna del mismo lado, cuando su ambladura o paso de portante se refería al sentido que tenían estos términos en castellano hasta Época Moderna.

Los movimientos naturales más habituales del caballo son el paso, el trote y el galope, aunque cada uno de estos movimientos tiene al menos una variante más corta o reunida, otra más larga o extendida y una tercera más elevada que la normal, además de otros movimientos intermedios entre esos doce y a una velocidad mayor o menor de la habitual.

⁵⁰ *Universal vocabulario en latín y en romance*, Sevilla, 1490, fol. 183v.

⁵¹ *Tesoro de la lengua castellana o española*, Valladolid, 1611 (facs. Madrid, 1984), p. 118.

⁵² *Suplemento al Tesoro de la lengua española castellana*, Georgina DOPICO y Jacques LEZRA (eds.), Madrid, 2001, p. 40.

⁵³ Cf. William GENT BROWNE, *The arte of riding the great horse: also a direct order to make a horse serviceable for the warres, with the bitt: very necessary for these dangerous times: with the practice of riding the maze and ring*, s.l., Thrale, 1628, pp. 48-50.

Según la descripción de Plinio, el asturcón era un caballo que cuando aceleraba la marcha, en lugar de galopar mantenía el movimiento del paso andante pero más rápido. Por tanto, el mantener los movimientos propios del “paso en la carrera” (*in cursu gradus*) de una forma “suave” (*mollis*) y “poco corriente” (*non vulgaris*), es lo que caracterizaba el trote de los asturcones⁵⁴. Por eso se le llamaba *gradarius*, ‘andante’ o ‘de paso’, porque cuando iba rápido mantenía el mismo ritmo ‘de paso’ frente a los *cursores* (‘corredores’), corceles que al acelerar cambiaban de ritmo.

Por tanto, a partir de los asturcones se establecerá una diferencia entre el trote natural de los caballos y la ambladura o andadura en que las patas se mueven al ritmo de paso y a la velocidad del trote, con pasos cortos que no quebrantan al jinete, pero sin que ello implique que muevan simultáneamente los remos del mismo lado. Lo importante es que la andadura rápida resulta más cómoda para el jinete que el trote, aunque cansa mucho más al caballo que un trote natural a similar velocidad.

Silio (3,337) califica el cuello del asturcón tirando de un carro con el epíteto *mollis* (‘suave’), en una expresión que Virgilio refería a otros caballos bien amaestrados⁵⁵. Además escribe (3,336 y 16,440) que corría altivo (*arduus*) y sin sacudir el dorso (*inconcusso dorso*), lo que tal vez se debía a que mantenía el cuello estirado hacia atrás, como en el llamado paso colado, que se encuentra entre el paso y la ambladura, mientras el caballo mantiene la cabeza muy alta ahuecando el dorso que permanece inmóvil⁵⁶. En cualquier caso, su movimiento estable proporcionaba un transporte muy cómodo, ya fuera montándolo o haciendo que tirara de un carro con suavidad y con menos riesgo de vuelco o de caída del jinete. Esto último era muy valorado en la vida cotidiana, especialmente en una época en la que la silla y los arreos eran muy rudimentarios, y en un pueblo como el romano no acostumbrado a cabalgar en buenos corceles.

La comodidad y seguridad del paso rápido de los asturcones no se basaba por tanto en un supuesto movimiento simultáneo de los remos de un mismo lado, sino en la suavidad de sus pasos cortos y en la estabilidad del tronco, así como en la flexibilidad del cuello tirando de un carro. Otros caballos no tenían que aprender a ir al trote, sino a “coger la carrera al trote” (*tolutim carpere incursum*), es decir, a

⁵⁴ El equivalente humano sería la prueba atlética de la marcha, en que los pies se mueven lo más rápidamente posible pero al ritmo del paso, teniendo siempre uno o dos pies apoyados en el suelo, mientras que en el trote y en la carrera hay un intervalo de suspensión y nunca se apoyan simultáneamente los dos pies en el suelo.

⁵⁵ En Virgilio (*georg.* 3,204) tira de un carro belga: *Belgica vel molli melius feret esseda collo*.

⁵⁶ Cf. Monique y Hans D. DOSSENBACH, *El caballo rey*, Barcelona, 1987 (trad. de *König Pferd*, Berna, 1983), pp. 76-79.

emprender la carrera manteniendo el paso propio del trote a una velocidad mayor y con unos pasos cortos. Esos caballos trotones, que tenían mayor tamaño, fuerza y elegancia que los asturcones, debían llevar un trote acelerado a una velocidad próxima a la de otros caballos al galope. Es de suponer por tanto que se trataba de una marcha más ajetreada y más rápida que la de los asturcones o ambladores. Pues mientras que estos llevaban un ritmo de trote a una velocidad próxima al galope, el asturcón iba a la velocidad del trote con un ritmo de paso.

En su tratado de veterinaria, Vegetio (*mulom.* 1,56,37) explica detalladamente cómo los partos enseñaban a sus caballos un paso cómodo para el jinete similar al de los asturcones:

[...] a Parthis, quibus consuetudo est equorum gressus ad delicias dominorum hac arte mollire: non enim circulis atque ponderibus praegravant crura, ut tolitim ambulare condiscant, sed ipsos equos, quos vulgo (trepidarios militari vocabulo) tottonarios vocant, ita edomant ad levitatem et quaedam blandimenta vecturae, ut asturconibus similes videantur. In sicco itaque aequalique solo quinquaginta passus in longum, et quinque in latum plenis cophinis digeritur per ordines creta ad similitudinem stadii, quod aulacibus asperius sit, tum difficultatem coronam velocitatis optantibus ingerit; in quo spatio cum equus frequentissime exerceri coeperit, in illos aulaces necessario et priores et posteriores ungulas impingit, et aliquando vel cadit, vel sic offendit, ut cadere videatur; post quod admonitus iniuria, tollit altius crura, et inflexione geniculorum atque gambarum molliter vehit. Praeterea minutos gressus imitatur, ut inter aulaces ungulas ponat. Nam si extendere voluerit, offendit in cumulum. Minutim autem equus ambulans commodius vehit, et pulchrius videtur incedere.

“[...] por los partos, que tienen la costumbre de suavizar con la siguiente técnica los pasos de los caballos para el deleite de los dueños: pues no les sobrecargan las piernas con anillas y pesos para que aprendan a andar levantándolas, sino que doman de tal modo a los propios caballos que llaman vulgarmente totones (escapadores en término militar) para la ligereza y algunos placeres del transporte, que parecen similares a los asturcones. Así pues, en un suelo seco y nivelado de cincuenta pasos de largo y cinco de ancho, se divide por filas la arcilla de cestos llenos a semejanza de un estadio que esté más áspero por los surcos, y entonces añade dificultad a los que desean la corona de la velocidad; cuando el caballo empiece a hacer ejercicios con mucha frecuencia en esta superficie, necesariamente choca contra los surcos tanto los cascos delanteros como los traseros, y a veces se cae o tropieza de modo que parece que se va a caer;

después de esto, advertido por el daño, levanta las piernas más en alto, y marcha suavemente por la flexión de las rodillas y de los corvejones. Además, imita los pasos cortitos, para poner los cascos entre los surcos. Pues si quisiera alargarlos, tropieza en un montón. De hecho, el caballo que anda a pasos cortitos marcha más cómodamente, y parece que avanza más hermosamente”.

Así pues, la principal característica del paso de los asturcones que imitaban estos caballos era el paso corto y rápido, evitando alargar las extremidades. Generalmente llamaban a estos caballos *trepidarios*, no porque temblaran, sino porque con ese movimiento acelerado de pasos cortos parecía como si huyeran despavoridos. El nombre de *tottonarius* es claramente onomatopéyico, al igual que el de *trotones*.

El mismo Vegetio escribe en otro pasaje (*mulom.* 3,6,7) que la forma natural de andar de los caballos persas es intermedia entre la de los *colatorios* (‘reunidores’) –en otro códice *totularios* (‘trotones’)– y la de los que la gente llama *tottonarios* (‘totoneros’). Por ello en el texto anterior, frente a la interpretación habitual, he editado entre paréntesis *trepidarios militari vocabulo*, considerando que *tottonarius* era el nombre vulgar y *trepidarius* el militar. Aunque cabrían otras explicaciones, podría entenderse que la suavidad del paso cortito y frecuente de los caballos persas es lo que los hacía parecidos a los ‘reunidores’ (*colatorios*), y el levantar las piernas sería lo propio de los ‘trotones’ (*tottonarios*):

Solius ambulaturae quadam gratia discernuntur a caeteris. Gradus est minutus et creber, et qui sedentem delectet et erigat, nec arte doceatur, sed naturae veluti iure praestetur. Inter colatorios enim et eos, quos tottonarios vulgus appellat, ambulatura eorum media est; et cum neutris sint similes, habere aliquid creduntur ab utrisque commune.

“Se distinguen de los demás solo por cierta gracia de la ambladura. El paso es acortado y frecuente, y del que gusta y levanta al jinete, y que no se aprende con técnica, sino que se proporciona como por derecho natural. Pues su andadura está entre los *colatorios* y los que la gente llama *tottonarios*, y no siendo semejantes a ninguno de los dos, se cree que tienen algo en común con los dos”.

En la caballería romana del siglo I, el tieldón debió de ser por tanto el nombre del caballo amblador del norte de Hispania empleado para el transporte, por oposición al rápido corcel de las batallas, las carreras y la caza. Pero sobre todo en Roma y en Etruria fueron más conocidos los pequeños asturcones hasta el siglo V. En otros casos, este caballo cántabro-pirenaico fue conocido como *Callaicus*, o designado mediante otras formaciones latinas referidas a su forma de andar, como *gradarius* y *ambulator*. En un documento del siglo IX se mencionan “dos caballos, uno corredor, el otro andador” (*duo equi, unus currens, alter ambulans*), para designar un corcel y un amblador, que también es llamado *ambulatorius*, una tercera formación a partir de *ambulare* (‘andar’), en un documento del siglo XI⁵⁷.

III. *EQUUS HISPANUS (CURSOR)*

III.A. El caballo hispano

De la denominación de caballo en sentido estricto quedan excluidos tanto los *equiferi* como los *tieldones* y *asturcones*. Pues estos últimos constituían una raza claramente diferenciada, de la misma manera que en la Edad Moderna se distinguen los caballos españoles de las jacas y cuartagos. Mientras que los *tieldones* y *asturcones* tenían un cuerpo más robusto en relación a sus extremidades y corrían de forma más suave y gradual en lugar de al galope, los corceles tenían unas extremidades más largas y eran más dóciles y veloces.

Su diversa localización permite conjeturar que los primeros pudieron llegar originariamente a través de los Pirineos, y que los segundos procedieran en última instancia de Asia, al menos en parte a través del Norte de África. La llegada de estos caballos en distintos periodos históricos pudo determinar que no solo en época romana, sino desde mucho antes, existieran algunas diferencias en la capa, en el tamaño y en otros rasgos físicos entre las jacas y ponis del norte, entre los corceles de otras regiones, e incluso entre los caballos salvajes.

Por otra parte, el caballo ibero o hispano puede definirse a partir de sus coincidencias y diferencias respecto al de otros pueblos antiguos. Así, hacia el año 283 d. C., después de tratar del caballo griego y antes de hacer lo propio

⁵⁷ Cf. DU CANGE, *Glossarium mediae et infimae Latinitatis*, cit. en n. 11, t. II, p. 285.

con el moro, Nemesiano (*cyneq.* 251-258) completa los tres lugares principales de procedencia de buenos caballos de caza ofreciéndonos desde Cartago u otro lugar del norte de África una descripción del caballo hispano. Además de relinchar y de oponer resistencia al freno, sus principales cualidades, válidas también para la guerra y para las carreras, son la gran resistencia corriendo en el llano, un tamaño similar al griego, las narices anchas, los ojos vivos, las orejas y patas activas, y su carácter inquieto:

Quin etiam gens ampla iacet trans ardua Calpes
culmina, cornipedum late fecunda proborum.
Namque valent longos pratis intendere cursus,
nec minor est illis Graio quam in corpore forma,
nec non terribiles spirabile flumen anhelii
provolvunt flatus et lumina vivida torquent
hinnitusque cient tremuli frenisque repugnant,
nec segnes mulcent aures, nec crure quiescunt.

“Y aún más, una amplia nación se extiende más allá de las altas cumbres de Calpe, que abunda a lo ancho en cornípedes buenos. Valen en efecto para echar por los prados largas carreras, y no tienen en el cuerpo una forma más pequeña que el griego, y sueltan jadeando resoplidos terribles, un caudal respirable, y tuercen los ojos vivaces, y vibrando dan relinchos y luchan contra los frenos, y no bajan flojos las orejas, ni dan descanso a la pata”.

Según este autor, el caballo moro o berberisco de mauritanos y amaziges, que él conocía mejor que a ningún otro, se caracterizaba por ser más dócil y sufrido pero de cabeza más fea, vientre deforme, espaldas caídas y cuello inquieto, por conducirse con una vara en lugar de freno, y solía acabar venciendo en carreras largas gracias a su extraordinaria resistencia. Por su parte, el caballo griego se distinguía por una amplia superficie en su dorso liso, el costado exagerado, el vientre pequeño, la frente levantada, una cabeza hermosa, mucha cerviz, espaldas fuertes, orejas y piernas inquietas, ojos vivos y enorme brío. Así pues, el caballo hispano reunía algunas de las virtudes del caballo griego pero no tenía la cabeza tan hermosa, aunque sin llegar a ser fea como la del caballo moro; el vientre era mayor que el griego pero no tan feo

como el del moro; las espaldas menos fuertes que el griego y no tan caídas como el moro; la cerviz debía de ser menos ancha que en el griego, y el cuello menos inquieto que el moro; tenía el dorso menos ancho y liso, y los costados mejor proporcionados que el griego; y era menos resistente, sufrido y dócil que el moro.

La agitación de los miembros y de las orejas del caballo hispano puede proceder de Virgilio (*georg.* 3,84): *micat auribus et tremat artus*, y en el verso siguiente pueden estar inspirados los resoplidos (*volvitur sub naribus ignem*). Y otras virtudes del caballo hispano aparecen entre los lugares comunes de las descripciones de un buen caballo en Paladio (*mul.* 4,13,2-7) e Isidoro de Sevilla (*orig.* 12,1,45-47).

No todas las características que refieren los textos necesariamente deben tomarse como ciertas. Así, la corta vida que Vegetio (*mulom.* 3,7,1) atribuye en general a los caballos hispanos –como a los númeridas– podría estar basada en buena medida en la supuesta vida breve de los caballos lusitanos y vetones engendrados por el viento de los que trataremos más adelante:

Aetas longaeva Persis, Huniscis, Epirotis ac Siculis, brevior Hispanis ac Numidis.

“Tienen una edad avanzada los persas, hunos, epirotas y sicilianos, más corta los hispanos y númeridas”.

III.A.1. LOS CABALLOS DE LOS PUEBLOS DE HISPANIA

Son numerosos los textos y otras fuentes de información sobre los caballos de las distintas regiones y pueblos de Hispania. Pero los únicos testimonios significativos que merecen un tratamiento particular se refieren a los caballos de cántabros y montañeses, de ilergetes y de celtiberos en la provincia Tarraconense; de lusitanos y de vetones en la Lusitania, y de la Bética en general. Sin embargo, se trata de textos que aluden a los caballos al tratar propiamente sobre los pueblos o regiones, por lo que no implican que se trate de razas propias de caballo.

De acuerdo con los textos, todos estos caballos comparten una serie de características entre sí, y las que únicamente aparecen referidas a alguno de ellos posiblemente se dieran también entre los demás, de los que no consta que tuvieran otras distintas. Sin embargo, en el Bajo Imperio se percibían diferencias incluso

entre los caballos de distintas cuadras hispanas de un mismo municipio o *conventus*, que debían de ser más acusadas y antiguas entre los procedentes de cada una de las tres provincias hispanas.

III.A.1.a) Los caballos de los cántabros

Los textos antiguos no nos informan sobre la presencia entre los galaicos y los ástures de otros caballos distintos a los tieltones y asturcones, o sobre los caballos con que contaban otros pueblos del norte peninsular. La mayor parte de los caballos de los pueblos de la Cordillera Cantábrica, a los que quiero aludir en este epígrafe con el término de cántabros, debieron de ser *tieltones* y *asturcones* similares a los de *Gallaecia* y *Asturia*. Pero al menos en los comentarios de César sobre la *Guerra Civil* (1,38,3), sabemos que los romanos piden a los cántabros jinetes para la guerra, al igual que a los lusitanos, celtiberos y otros pueblos de la costa atlántica, sin que ello implique que todos sus caballos tuvieran que ser corceles:

His rebus constitutis equites auxiliaque toti Lusitaniae a Petreio Celtiberiae Cantabris barbarisque omnibus qui ad Oceanum pertinent ab Afranio imperantur.

“Con esta determinación, Petreyo reclama jinetes y tropas auxiliares a toda la Lusitania, Afranio a la Celtiberia, a los cántabros y a todos los bárbaros que llegan hasta el Océano”.

En cualquier caso, los autrigones y otros guerreros de tierras cántabras también pudieron contar con corceles similares a los de los vacceos y otros pueblos celtiberos. La misma situación sería aplicable a los guerreros galaicos y ástures, quienes también debían de contar con caballos ligeros. E igualmente compleja y cambiante debió de ser la historia del caballo en otras regiones hispanas, sin que contemos con referencias textuales al respecto.

Aunque el pasaje admite múltiples interpretaciones respecto a los pueblos, los caballos y la región de que se trata, Estrabón (*geogr.* 3,3,7) refiere los sacrificios de caballos que ofrecían al dios de la guerra los montañeses (ὄρειοι), tal vez aludiendo sobre todo a los pueblos de la Cordillera Cantábrica⁵⁸:

Τῶν Ἄρει τράγον θύουσι καὶ τοὺς αἰχμαλώτους καὶ ἵππους.

⁵⁸ También los lusitanos sacrificaban hombres y caballos (LIVIAN. *Perioch.* 49,59): *Lusitanos... equo atque homine suo ritu immolatis*.

“A Marte sacrifican el macho cabrío, los prisioneros de guerra y caballos”.

Arriano de Nicomedia supone a mediados del siglo III d. C. (*Tact.* 40,1-6) que los romanos adoptaron de los cántabros una táctica de ataque con las alas de caballería en la que avanzaba primero el flanco izquierdo, y después del avance del derecho, volvía a hacerlo el izquierdo formando un círculo (Κανταβρικὸν κύκλον). Pero la única razón de la suposición de Arriano es el nombre que recibe, Κανταβρική ἐπέλασις (‘carga cantábrica’), que igualmente podría deberse a que fue empleada por las alas de caballería de los romanos durante las Guerras Cántabras (29-19 a. C.).

Aún menos relevante sobre las características de los caballos de esta región resulta la noticia sobre un pueblo cántabro que tomaba la sangre de sus caballos, mencionado por Horacio (*carm.* 3,4,34): “el cóncano satisfecho con la sangre de caballo” (*et laetum equino sanguine Concanum*). Aunque este tipo de coincidencias y de leyendas sobre el origen de los pueblos hispanos no permite deducir que los caballos pertenecieran a razas similares a las de Asia⁵⁹, Silio Itálico (3,360-361), siguiendo los tópicos literarios de la época, atribuye este hábito a que procedían de un pueblo nómada llegado a las costas del mar Caspio que hacía lo mismo, y del que Heródoto (1,216) nos dice que también hacían sacrificios de caballos, como los montañeses y los lusitanos en Hispania:

Nec qui Massageten monstrans feritate parentem
cornipedis fusa satiaris, Concane, vena.

“Y tú, cóncano, que en salvajismo muestras a tu ancestro masageta,
te sacias de la vena derramada del cornípede”.

III.A.1.b) Los caballos de los ilergetes

Son escasos los testimonios escritos sobre los caballos de Levante, de los que solo es posible colegir algunas de sus características a partir de las representaciones en monedas, exvotos, etc., y de los restos conservados de équidos de época prerromana y romana⁶⁰. Como los celtiberos y lusitanos, también los jinetes ilergetes, enclavados en la provincia de Lérida y otras zonas limítrofes, son citados

⁵⁹ Cf. Ann HYLAND, *Equus: The Horse in the Roman World*, Londres, 1990, p. 109.

⁶⁰ Cf. Corina LIESAU VON LETTOW-VORBECK, “Arqueozoología del caballo en la antigua Iberia”, en M. BARRIL VICENTE – F. QUESADA SANZ (coords.), *El caballo en el mundo prerromano*, Madrid, 2006, pp. 95-114, esp. p. 98.

en varios pasajes de la Historia de Livio (*cf.* 29,2), desde los relatos de la II Guerra Púnica a finales del siglo III a. C. (21,22,3):

Ad haec peditum auxilia additi equites Libyphoenices, mixtum Punicum Afris genus, quadringenti <quinquaginta>, et Numidae Maurique accolae Oceani ad mille octingenti, et parva Ilergetum manus ex Hispania, trecenti equites, et, ne quod terrestris deesset auxilii genus, elephanti viginti unus.

“A estas tropas auxiliares de infantería se añaden cuatrocientos <cincuenta> jinetes libiofenices, raza híbrida de púnicos con africanos, y hasta mil ochocientos númidas y moros que habitan junto al Océano, y una pequeña tropa de ilergetes de Hispania, trescientos jinetes, y para que no faltase ningún tipo de tropa auxiliar terrestre, veintiún elefantes”.

El que jinetes ilergetes aparezcan junto a los númidas y moros entre los aliados púnicos luchando contra los romanos, permite suponer que pudieron tener corceles semejantes a los de sus vecinos celtiberos. Pues los ponis del Pirineo que debían de criarse sobre todo en la parte más septentrional y montañosa de su territorio eran más aptos para el trabajo en el campo y la marcha que para el combate.

III.A.1.c) Los caballos de los celtiberos y el caballo de Osma

Los celtiberos fueron uno de los pueblos hispanos más belicosos y habituados a usar los caballos en la guerra, sirviéndose de una proporción de jinetes mayor que los invasores romanos. Además de veloces, eran ágiles y –según Estrabón (*geogr.* 3,163)– muy hábiles para atravesar montañas. Estas características los hacían especialmente aptos para luchar a caballo, para la guerra de guerrillas con rápidos ataques y huidas a los montes, así como para moverse en los flancos del ejército apoyando a la infantería.

En los relatos de las Guerras Púnicas son numerosas las referencias a los jinetes celtiberos, quienes usan los caballos para desplazarse y para entablar el combate, y luego siguen luchando a pie. Hacia el 36-30 a. C., Diodoro (5,33) refería esta doble forma de combatir:

Δοκοῦσιν δ' οὔτοι κατὰ τοὺς πολέμους οὐ μόνον ἵππεῖς ἀγαθοῦς, ἀλλὰ καὶ πεζοὺς παρέχεσθαι διαφόρους ταῖς ἀλκαῖς καὶ ταῖς καρτερίαις.

[...] διμάχαι δ' ὄντες, ἐπειδὴν ἀπὸ τῶν ἵππων ἀγωνισάμενοι νικήσωσι, καταπηδῶντες [...] θαυμαστὰς ποιοῦνται μάχας.

“Parece que estos presentan en las guerras no solo buenos jinetes, sino también infantes aventajados por su fuerza y su constancia. [...] Y al ser combatientes dobles, después de haber vencido luchando desde los caballos, saltando a tierra [...] desarrollan combates admirables”.

El invierno de 218-217 a. C., los jinetes celtiberos y lusitanos cabalgaban por lugares montañosos inaccesibles a los jinetes númeridas, ya fuera por la condición de los caballos o por el mejor control que ejercían sobre ellos los jinetes gracias al uso del freno (Liv. 21,57,5):

Ceterum ne hiberna quidem Romanis quieta erant vagantibus passim Numidis equitibus et, ut quaeque iis impeditiora erant, Celtiberis Lusitanisque.

“Además, los romanos ni siquiera tenían tranquilo el campamento de invierno, al estar merodeando por doquier los jinetes númeridas y, por los lugares más impracticables para estos, los celtiberos y lusitanos”.

Otro testimonio de Livio (28,2,4) nos informa que el general cartaginés Magón Barca colocó hacia el 207 a. C. a los jinetes celtiberos en primera línea de combate, lo que constituía un claro indicio de su fuerza. Por tanto, al menos algunos celtiberos también utilizaron sus caballos para luchar en primera línea de batalla en campo abierto:

Erant in Celtiberorum exercitu quattuor milia scutati et ducenti equites; hanc iustam legionem –et id ferme roboris erat– in prima acie locat; ceteros, levem armaturam, in subsidiis posuit.

“Había en el ejército de los celtiberos cuatro mil con escudo y doscientos jinetes. Coloca esta legión regular en primera línea –lo que generalmente es propio de fortaleza–, a los demás, tropa ligera, los puso en las tropas de reserva”.

Como en la II Guerra Púnica, también en Numancia, según relato procedente de Polibio (*frag.* 95), los celtiberos solían combatir primeramente a caballo y luego seguían haciéndolo a pie tras dejar a sus caballos atados al suelo. Pero estas y otras noticias no implican que pueda hablarse de una raza

de caballo celtibero, que debía de ser similar al corcel de otras regiones de Hispania.

La única noticia particular sobre los caballos de los celtiberos la encontramos hacia el cambio de Era en un texto de Estrabón (*geogr.* 3,4,15), quien recoge una serie de noticias que un siglo antes había transmitido Posidonio⁶¹:

Ἴδιον δ' εἶρηκεν ἐν Ἰβηρία ὁ Ποσειδώνιος [...] τὸ τοὺς ἵππους τῶν Κελτιβήρων ὑποφάρους ὄντας, ἐπειδὴν εἰς τὴν ἕξω μεταχθῶσιν Ἰβηρίαν, μεταβάλλειν τὴν χροάν. εἰκέναι δὲ τοῖς Παρθικοῖς· καὶ γὰρ ταχεῖς εἶναι καὶ εὐδρόμους μᾶλλον τῶν ἄλλων.

“Posidonio dijo que es propio de Iberia [...] el que los caballos de los Celtiberos que son ligeramente tordos, cambian la capa después de ser trasladados a la Iberia exterior. Que se parecen a los partos pues son veloces y buenos corredores más que los demás”.

Lo que he traducido como “ligeramente tordo” –literalmente ‘subtordo’ por su parecido al plumaje moteado del tordo o zorzal– se refiere a una de las muchas tonalidades de capa torda⁶². Pero lo cierto es que el caballo tordo –que llamó la atención de los griegos– suele nacer con una mayor proporción de pelos oscuros que blancos, y se va aclarando con la edad hasta volverse completamente blanco, sin que ello se deba al cambio de lugar como creyó el geógrafo griego⁶³. En todo caso, es posible que la capa torda fuera entonces más frecuente entre los caballos de Celtiberia que en la Bética y Levante, si bien hoy día es propia en general del caballo de pura raza española, pero solo del poni gallego dentro de la raza cántabro-pirenaica de capa más oscura (negra o castaña)⁶⁴.

Silio Itálico (3,384-390) nos describe la peculiar forma de combatir de los celtiberos de Úxama (Osma)⁶⁵, de quienes trata a continuación de los vetones:

⁶¹ Cf. Adolfo SCHULTEN en sus notas a Estrabón, *Geografía de Iberia*, FHA VI, Barcelona, 1952, pp. 254-256.

⁶² Doce variedades de tordo en la capa del caballo enumera Giovanni FALSINA, *Todo sobre el caballo*, Vecchi, 1998, pp. 90-91. El preverbio griego también podría aludir a que las características manchas circulares de la capa son especialmente numerosas en el vientre del animal.

⁶³ Cf. José HERMSEN, *La Enciclopedia de los Caballos*, Madrid, 2000, p. 64.

⁶⁴ Cf. A. GARCÍA MARTÍNEZ, “Estudio genético del color de la capa dentro de la caracterización racial equina”, *Archivos de Zootecnia* 47 (1998), 247-253, p. 251.

⁶⁵ Este lugar debe de corresponder a *Uxama Argaela* de los arévacos –localizada en la provincia de Soria cerca de El Burgo de Osma– mejor que a *Uxama Barca* de los autrigones identificada con la Osma alavesa, entre Amurrio y Miranda de Ebro, mucho más al norte.

At non Sarmaticos attollens Uxama muros
 tam levibus persultat equis; hinc venit in arma
 haud aevi fragilis sonipes crudoque vigore
 asper frena pati aut iussis parere magistri.
 Rhyndacus his ductor, telum sparus; ore ferarum
 et rictu horrificant galeas; venatibus aevum
 transigitur, vel more patrum vis raptaque pascunt.

“Por su parte Osma levantando murallas sarmáticas brinca
 en caballos no tan ligeros; de aquí viene al combate
 un sonípede de vida nada frágil y con fuerza bravía,
 hosco para soportar los frenos o para obedecer los mandos del maestro.
 Ríndaco es su caudillo, su proyectil el venablo, fabrican
 aterradores cascos con boca y fauces de fieras; la vida en las cazas
 se pasa, o al modo de sus antepasados comen de ataques y asaltos”.

Al contrario que los restantes caballos de los celtiberos, los de Úxama no serían unos corceles tan ligeros, ni tan dóciles y de vida tan corta como los caballos de los vetones. Su empleo en la batalla tendría que ser por tanto distinto, y a ello aluden en mi opinión las “murallas sarmáticas”, que no serían literalmente los muros de la ciudad, como generalmente se ha interpretado, sino la formación de combate característica de la caballería pesada de los sármatas. Este pueblo nómada había llegado desde el Cáucaso⁶⁶ a las actuales tierras de Ucrania y Polonia, en el límite oriental del Imperio Romano que marcaba el Danubio, y no conocía más murallas que las que en sentido figurado formaba su caballería acorazada (*cataphractati* o *cataphractarii*) para romper las líneas enemigas en la batalla.

Siguiendo una antigua teoría que hacía proceder a los habitantes de nuestra Hiberia de la Hiberia asiática, el poeta vincula *Uxama* (pronunciado Uc-sama) con *Sarmatia* basándose probablemente en la coincidencia fonética. El nombre de *Uxama* también podría recordar a los *Oxiones*, un pueblo sármata según Tácito (*Germ.* 46,6), a los *Uxii* de Armenia, y el río *Oxus* al este del mar Caspio, de la misma manera que Ríndaco, el jefe de los guerreros de Úxama, lleva el nombre de un río de Asia Menor.

Hemos visto en este capítulo que cuatro mil escuderos y doscientos jinetes del ejército de los celtiberos fueron colocados en primera fila de combate debido a su

⁶⁶ Este es el nombre que Silio daba al caballo de Tuy, aunque lo suponía originario de la región de Troya, en el extremo opuesto del Mar Negro.

fortaleza (Liv. 28,2,4). Y las monedas atribuidas a Úxama presentan ciertamente en el reverso un jinete cargando con la lanza en ristre, si bien esta imagen no difiere notablemente de las monedas de otros pueblos celtiberos, vetones y de otras regiones hispanas, ni está claro su verdadero significado⁶⁷. Creo por tanto que el caballo de Úxama es ante todo una fantasía del poeta para dar verosimilitud a un supuesto origen oriental de este pueblo, e introducir un tipo de combatientes especialmente temidos por sus lectores romanos. Y aunque los celtiberos también usaran el caballo en el combate directo, el pasaje carece de valor para suponer la existencia de una raza especial de caballo o de forma de combatir en Úxama, tanto en las Guerras Púnicas como en época imperial.

III.A.1.d) Los caballos de los lusitanos

Los lusitanos habitaban el extremo occidental de Hispania entre el Duero y el Tajo, si bien al crearse la provincia romana de Lusitania el 27 a. C. durante las Guerras Cántabras, esta incluyó unos años *Gallaecia* y *Asturia*, y terminó abarcando el territorio de los vetones hacia el este, y prolongándose hacia el sur hasta los límites actuales de Portugal en el Golfo de Cádiz.

Los textos históricos se refieren con frecuencia a los jinetes lusitanos, cuyos caballos eran abundantes, ágiles y veloces. En la batalla de Tríbola el año 147 a. C., Viriato se valió de una táctica de acoso y huida similar a la de los moros, aunque sin la habilidad de estos para disparar a los perseguidores. Pues según relata Apiano de Alejandría (*Ib.* 62), los jinetes romanos de Vetilio no podían competir con los caballos mucho más veloces de los jinetes lusitanos, quienes les hicieron la guerra durante ocho años:

‘Ο δ’ ὠκυτάτοις ἵπποις αὐτὸν ἐνοχλῶν, καὶ ὑποφεύγων καὶ πάλιν ἰσ-
τάμενος καὶ ἐπιών, ἐκείνην τε τὴν ἡμέραν ἐν τῷ αὐτῷ πεδίῳ καὶ τὴν
ἐπιούσαν ὅλην διέτριψε περιθέων. ὡς δ’ εἵκασεν ἀσφαλῶς ἔχειν τῆς φυγῆς
τοὺς ἑτέρους, τότε νυκτὸς ὀρμήσας δι’ ὁδῶν ἀτριβῶν κουφοτάτοις ἵπποις
ἀπέδραμεν ἐς Τριβόλαν, Ῥωμαίων αὐτὸν διώκειν ὁμοίως οὐ δυναμένων
διὰ τε βάρους ὀπλων καὶ ἀπειρίαν ὁδῶν καὶ ἵππων ἀνομοιότητα.

⁶⁷ Cf. Alicia ARÉVALO GONZÁLEZ, “La moneda hispánica del jinete ibérico: estado de la cuestión”, en *El caballo en la antigua Iberia*, cit. en n. 48, pp. 63-74.

“Y este [Viriato], incomodándolo con caballos más veloces, escapándose y quedándose parado de nuevo y atacando, gastó tanto aquel día como el siguiente completo corriendo alrededor en la propia llanura. Y en cuanto creyó que los otros tenían la huida asegurada, entonces de noche partiendo por caminos no trillados en caballos muy ligeros se alejó corriendo hasta Tríbola, no pudiendo los romanos perseguirlo de la misma manera debido al peso de las armas y de la inexperiencia en los caminos y de la inferioridad de los caballos”.

Aunque según un relato de Livio (35,1,9), en otra ocasión los caballos lusitanos no fueron tan veloces como para escapar de la persecución de los romanos que los perseguían:

Tandem gradum acrius intulere Romani cessitque Lusitanus, deinde prorsus terga dedit; et cum institissent fugientibus victores, ad duodecim milia hostium sunt caesa, capti quingenti quadraginta, omnes ferme equites.

“Finalmente los romanos echaron un paso más vivo y el lusitano cedió, luego dio completamente la espalda, y como los vencedores apremiaban a los que huían, fueron muertos hasta doce mil enemigos, capturados quinientos cuarenta, casi todos jinetes”.

Por muy abundantes y veloces que fueran los caballos de los lusitanos, lo que justifica sobre todo el mito sobre las yeguas fecundadas por el viento en Lusitania fue su situación en el extremo occidental del mundo entonces conocido⁶⁸. Pero esta fábula literaria antigua no procede de una leyenda autóctona, sino en última instancia de unos versos de Homero (*Il.* 16,148-151), que hacia el siglo VIII a. C. la refieren a los caballos inmortales de Aquiles⁶⁹ uncidos al carro de su amigo Patroclo:

Τῶ δὲ καὶ Ἀὐτομέδων ὕπαγε ζυγὸν ὠκέας ἵππους,
Ξάνθον καὶ Βαλίον, τῷ ἅμα πνοιῆσι πετέσθην,
τοὺς ἔτεκε Ζεφύρῳ ἀνέμῳ ἼΑρπυια Ποδάργη,
βοσκομένη λειμῶνι παρὰ ῥόον ἼΩκεανοῖο.

“Automedonte le unció bajo el yugo los caballos ligeros,
Janto y Balio, que volaban a la par que los vientos,

⁶⁸ Trata el tema José Carlos BERMEJO BARRERA, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana*, Madrid, 1982, pp. 87-100.

⁶⁹ El dios del mar Posidón (Neptuno para los latinos) los había regalado a Peleo, padre de Aquiles, con motivo de su boda con la nereida Tetis, y volvió a quedárselos tras la muerte de Aquiles.

a los que había parido del viento Céfiro la Harpía Podarge, paciendo en un prado junto a la corriente del Océano”.

Esta y otras leyendas heroicas similares (*Il.*, 20,219-229) se fundaban en la velocidad común a los caballos y al viento, en el carácter violentamente sexual que los antiguos aplicaban a los vientos como machos y a las yeguas como hembras, y en la fuerza reproductora que los antiguos atribuían al viento del Oeste⁷⁰.

En el siglo IV a. C., Aristóteles (*h. a.* 6,18) refiere que la yegua es el animal que tiene un apetito sexual más fuerte, hasta el punto de quedar preñada por el viento, por lo que en la isla de Creta no la separaban de un semental, ya que una vez preñada por el viento no admitía el caballo⁷¹. Así lo cree también Virgilio⁷², quien toma igualmente del relato aristotélico⁷³ que, una vez preñadas por el viento, las yeguas corren hacia el norte o hacia el sur hasta agotarse o encontrar el mar, soltando una sustancia llamada hipómanes, de propiedades mágicas (*georg.* 3,276-282). Pero el mantuano parece situar esta fecundación en Asia Menor —en las altas peñas de un monte Ida próximo a Troya o en otra región al oriente de la Tróade— y sigue el citado pasaje de Homero al atribuirla al viento Céfiro que llega por el Egeo (*georg.* 3,269-275):

Illas ducit amor trans Gargara transque sonantem
 Ascanium; superant montis et flumina tranant.
 Continuoque avidis ubi subdita flamma medullis
 (vere magis, quia vere calor redit ossibus), illae
 ore omnes versae in Zephyrum stant rupibus altis
 exceptantque levis auras, et saepe sine ullis
 coniugiis vento gravidae (mirabile dictu) [...]

⁷⁰ Cf. Daniel LÓPEZ-CANETE QUILES, “Ἔρωτος μὴ ἐπιπνεύσαντος (Horacio, *carm.* 1,25)”, *Habis* 31 (2000), 137-155; Elvira GANGUTIA, “La *potnia* equina”, *Emerita* LXX.1 (2000), 9-44, pp. 12-24 y 38.

⁷¹ En realidad, el rechazo al semental no se debería a una supuesta fecundación sino al cambio de fase en el periodo de ovulación. Cf. Sharon L. CROWELL-DAVIS, “Sexual behavior of mares”, *Hormones and Behavior* 52 (2007), 12-17.

⁷² *georg.* 3,266: *scilicet ante omnis furor est insignis equarum* (“En verdad antes que todas es señalado el frenesi de las yeguas”).

⁷³ Aristóteles (*h.a.* 6,21-22) explica que la proverbial fogosidad de las yeguas dio lugar al verbo ἵππομανεῖν (“encenderse como una yegua”) aplicado al comportamiento sexual humano, comparación que recogen los versos latinos de Horacio (*carm.* 1,25,13-15) y de Ovidio (*ars* 2,487-488); y también llama hipómanes a una carnosidad (*caruncula*) con que nace el potro, de la que refieren sus mágicos efectos Virgilio (*Aen.* 4,515-516), Plinio (*nat.* 8,42) y Eliano (*h. a.* 14,18).

“El amor al otro lado del Gárgaro y del Ascanio sonoro
 las guía, suben los montes y cruzan a nado los ríos.
 Y en cuanto a sus tuétanos codiciosos llega la llama
 (más en primavera, porque vuelve el calor a los huesos)
 todas ellas con la boca vueltas al Céfiro están en altos peñascos
 y recogen las brisas ligeras, y a menudo sin coito
 alguno preñadas por el viento (maravilla decirlo) [...]”

También los científicos romanos Varrón, Plinio el Viejo y Columela dieron crédito a la narración de las yeguas preñadas por el viento, pero la sitúan unánimemente en el extremo occidental de Hispania, conforme a los versos homéricos que localizaban el parto de la harpía en un prado junto al Océano. Varrón (*rust.* 2,1,19) la ubica en un monte *Tagro* del que nada más se sabe, y que se ha querido identificar con la sierra de Sintra, aunque Escalígero con mejor criterio propuso corregirlo en *sacro* a partir del correspondiente texto de Columela. Además, el orden de palabras y las restantes citas antiguas permiten creer que también *quaedam* pudo ser una mala lectura a partir de *quodam*, con lo que Varrón no habría hablado de “algunas yeguas en el monte Tagro”:

In fetura res incredibilis est in Hispania, sed est vera, quod in Lusitania ad Oceanum in ea regione ubi est oppidum Olisippo, monte sacro quodam e vento concipiunt certo tempore equae, ut hic gallinae quoque solent, quarum ova hypenemia appellant. Sed ex his equis qui nati pulli, non plus triennium vivunt.

“En la reproducción hay en Hispania una cosa increíble pero es verdadera, que en Lusitania junto al Océano en la comarca donde está la ciudad de Lisboa, en un monte sagrado conciben de cierto viento en una época determinada del año las yeguas, como aquí suelen también las gallinas, cuyos huevos llaman subventanos. Pero los potros que nacen de estas yeguas, no viven más de tres años”.

Varrón aduce un fenómeno parecido para justificar su veracidad, comparando la corta vida que se atribuye a estos potros con los huevos hueros que ponen las gallinas sin ser pisadas por el gallo. A su vez, el nombre griego de estos huevos (en latín *subventanea*), literalmente huevos ‘de viento’ con la acepción originaria de ‘vacíos’, se atribuyó más tarde a que su fecundación también se debía más en concreto al viento Céfiro, pues Plinio los llama ‘huevos del céfiro’, *ova zephyria* (*nat.* 10,166). Como Varrón, también Plinio cree en la veracidad de este relato,

que justifica por la fuerza engendradora del Céfiro –llamado Favonio por los latinos–, de la que vuelve a tratar más adelante a propósito de las plantas que también fecunda (*nat.* 16,39,93-94), y localiza el hecho cerca de Lisboa y del río Tajo (*nat.* 8,67,166):

Constat in Lusitania circa Olisiponem oppidum et Tagum amnem equas Favonio flanti obversas animalem concipere spiritum, idque partum fieri et gigni perniciosissimum ita, sed triennium vitae non excedere.

“Está comprobado que en Lusitania, cerca de la ciudad de Lisboa y del río Tajo, las yeguas al volverse contra el poniente cuando sopla⁷⁴ conciben un espíritu animal, y que esto da lugar a un parto y que es engendrado velocísimo de ese modo, pero que no pasa de un trienio de vida”.

Ese “espíritu animal” responde a un concepto de la medicina antigua (πνεῦμα ψυχικόν) recogido de Herófilo por Galeno en el siglo II d. C. y que siguió vigente hasta Época Moderna⁷⁵. A diferencia del “espíritu vital”, se engendraría en el cerebro, y más precisamente en la glándula pineal, desde donde se extendería por los nervios, las venas y arterias y los músculos, provocando reacciones físicas a los sentimientos de miedo, ira o alegría, y originando la vida en interacción con la sangre y favorecido por los ardores corporales. Plinio debía de entender por tanto que se trataba de algo parecido a un embarazo psicológico, que también pueden experimentar otras hembras de mamíferos domésticos como perras y gatas. La particularidad de las yeguas lusitanas era que supuestamente llegaban a parir un potro que heredaba la velocidad de su “padre”, aunque no llegara a la edad adulta.

Refiriendo los versos virgilianos citados (*georg.* 3,269-275), el gaditano Columela escribía en Roma a mediados del siglo I d. C. un tratado de agricultura en el que da por sabida la concepción semiespontánea de las yeguas en un monte sagrado de Hispania que se extiende hacia Occidente hasta el Océano (6,27,7). Aunque no es seguro que el monte sagrado de Lusitania donde intervenía el espíritu del Céfiro estuviera claramente localizado en la Antigüedad, este *mons sacer* se identificó con el célebre *Promunturium Sacrum* (Cabo de San Vicente)

⁷⁴ Si mantuviéramos la lectura tradicional *flante* en lugar del esperado *flanti*, habría que traducir “al volverse en contra soplando el Poniente”.

⁷⁵ Cf. M^a Teresa SANTAMARÍA HERNÁNDEZ, “El léxico técnico latino de la fisiología en los textos del humanismo médico valenciano: la tradición de *spiritus*”, *Myrtia* 14 (1999), 119-142.

hasta hace un siglo, y hoy con el Cabo da Roca situado al poniente de Lisboa, donde está documentado el culto al Sol y a la Luna (*CIL* II, 258 y 259):

Cum sit notissimum etiam in sacro monte Hispaniae, qui procurrit in occidentem iuxta Oceanum, frequenter equas sine coitu ventrem pertulisse fetumque educasse, qui tamen est inutilis, quod triennio, prius quam adolescat, morte absumitur.

“Siendo muy sabido que también en un monte sagrado de Hispania, que se extiende hacia poniente junto al Océano, con frecuencia las yeguas quedan preñadas sin coito y crían un potro, que sin embargo no es útil, porque se muere a los tres años antes de crecer”.

Frente a las explicaciones crédulas de estos autores, en el *Epítome de las Historias Filípicas* de Pompeyo Trogo (44,3,1), Justino recoge a mediados del siglo II d. C. una interpretación racional del mito, que simbolizaría simplemente la extraordinaria rapidez y abundancia de caballos en *Lusitania* y *Gallaecia*:

In Lusitania iuxta fluvium Tagum vento equas fetus concipere multi auctores prodidere. Quae fabulae ex equarum fecunditate et gregum multitudine natae sunt, qui tanti in Gallaecia ac Lusitania et tam pernices visuntur, ut non inmerito vento ipso concepti videantur.

“Muchos autores publicaron que en Lusitania junto al río Tajo las yeguas conciben sus crías del viento. Estas fábulas han nacido de la fecundidad de las yeguas y de la multitud de rebaños, que se ven tan grandes en Galicia y Lusitania y tan veloces, que con razón parecen concebidos por el propio viento”.

A continuación explica el origen de los galaicos a partir de los griegos de la guerra de Troya. Además de la abundancia de caballos, la referencia a Galicia a propósito de los caballos lusitanos obedecería simplemente a su vecindad, y a que había pertenecido originariamente a esa provincia como bien sabía Estrabón (*geogr.* 3,4,20).

El romano Claudio Eliano, que escribe en griego a principios del siglo III d. C., no menciona la leyenda lusitana cuando atribuye los pasajes referidos de Aristóteles y de Homero al gusto de las yeguas por aspirar el viento del Norte y del Sur (*h.a.* 4,6). Sin embargo, a mediados del siglo IV d. C. sí la recoge Solino (23,7):

In proximis Olisiponis equae lasciviunt mira fecunditate: nam aspiratae Favonii vento concipiunt et sitientes viros aurarum spiritu maritantur.

“En las proximidades de Lisboa las yeguas retozan con una fecundidad maravillosa: pues conciben del viento de Favonio al aspirarlo y al estar sedientas de sus machos se aparean con el soplo de las brisas”.

Y después de tratar sobre los caballos de los capadocios y otras curiosidades sobre caballos, añade Solino (45,18) la noticia sobre la corta vida de los potros engendrados por el viento⁷⁶:

Edunt equae et ventis conceptos: sed hi numquam ultra triennium aevum trahunt.

“Las yeguas paren también [potros] concebidos por los vientos: pero estos nunca prolongan su edad más allá del trienio”.

Hacia el año 400 d. C., también el gramático Servio comenta los versos de Virgilio con la referida noticia de Varrón (*georg.* 3,269-275):

Hoc etiam Varro dicit, in Hispania Ulteriore verno tempore equas, nimio ardore commotas, contra frigidiores ventos ora patefacere ad sedandum calorem, et eas exinde concipere edereque pullos, licet veloces, diu tamen minime duraturos: nam brevis admodum vitae sunt.

“Varrón también dice esto, que en la Hispania Ulterior en primavera las yeguas, excitadas por un ardor excesivo, abren la boca contra los vientos más frescos para calmar el calor, y que después de esto estas conciben y dan unos potros que, aunque veloces, no obstante no van a durar mucho tiempo: pues son de vida muy breve”.

Entre el 413 y el 426 d. C., defendiéndose de los filósofos racionalistas que consideraban falsos los relatos sobrenaturales del cristianismo pero sin citar la concepción de Jesús por obra del Espíritu Santo, San Agustín (*civit.* 21,5) recuerda a los paganos el fenómeno sobrenatural de la concepción de los caballos

⁷⁶ Francisco J. FERNÁNDEZ NIETO incluye algunas notas de interés sobre la fecundación de las yeguas por el viento al pie de su traducción de esta *Colección de hechos memorables o El erudito*, Madrid, 2001, pp. 344 y 511.

por obra del viento. Sin embargo, probablemente basándose solo en el segundo pasaje citado de la obra de Solino, lo sitúa en la región de la que procedían los caballos de carrera más veloces en el circo⁷⁷:

In Cappadocia etiam vento equas concipere eosdemque foetus non amplius triennio vivere.

“En Capadocia también las yeguas conciben del viento y sus crías no viven más de tres años”.

Alonso Fernández de Madrigal (h. 1410-1455), *El Tostado*, justifica la veracidad del relato virgiliano de la fábula por el fuerte ardor de las yeguas, que es mayor que en otros animales⁷⁸:

En todas las animalias en que se faze generación por ayuntamiento puso la naturaleza ardor fuerte que mueva ásperamente a los actos de engendrar, por que las animalias no se puedan apartar de ellos e así no perezca la especie o naturaleza; empero no es igual este ardor en todas las animalias, mas en unas mayor que en otras, según la diversa condición de sus naturalezas. Y así puso Virgilio, libro tercero de las Geórgicas [266-284], ser mayor este ardor furioso en las yeguas que en todas las animalias, e por esso concluyó ende que ellas solas podían concebir de viento.

Lucio Marineo Sículo, al comienzo del texto original de su *Corónica de las cosas memorables de España*⁷⁹, escribe que el nombre de sus cebras procede de una síncopa de céf(i)ras, a partir del nombre del viento Céfiro:

Varro quoque refert in Hispania nonnullas equas vento concipere. Quas a Zephiro vento, qui flare solet ab occidente, Zebras Hispani vocant. Quae quidem silvestres campestrisque sunt et indomitae.

⁷⁷ Cf. Ramón TEJA, “El deporte en la Capadocia romana”, *Zephyrus* 25 (1974), 479-495, pp. 482-491.

⁷⁸ *Sobre los dioses de los gentiles*, Pilar SAQUERO SUÁREZ-SOMONTE y Tomás GONZÁLEZ ROLÁN (eds.), Madrid, 1995, p. 281.

⁷⁹ *Opus de rebus Hispaniae memorabilibus*, Alcalá de Henares, Miguel de Eguía, 1533, fols. I-II. En el folio siguiente añade que “Hispania cría caballos excelentes, pero la Bética más numerosos, Lusitania más veloces y Asturia más fuertes, a los cuales los antiguos llamaban asturcones”: *Equos quam optimos alit Hispania, sed Bethica plures, Lusitania velociores, Asturia fortiores, quos veteres asturcones appellabant*.

“Varrón también cuenta que en Hispania algunas yeguas conciben por el viento. Los españoles las llaman Cebras a partir del viento Céfiro, que suele soplar desde occidente. Estas son ciertamente silvestres y campestres e indomables”.

Aunque esta etimología está hoy descartada, las manadas de cebras o *equíferas* de la región —y no solo las de caballos domésticos que refería Justino— tal vez contribuyeran en la Antigüedad a corroborar la leyenda literaria de las yeguas preñadas por el viento. Pues al contar con un solo macho adulto, quien viera las yeguas preñadas en ausencia del macho, fácilmente tendría por cierto el relato. Y como ya he comentado al final del capítulo I.A, el caballo Sorraia, que presenta claras señales de primitivismo, procede precisamente de una región próxima al río Tajo y a la ciudad de Lisboa.

Juan Pérez de Moya⁸⁰ (1513-1596) se basa en El Tostado⁸¹ al buscar un fundamento que corrobore la veracidad de esta fábula:

El Tostado dice que la causa de concebir las yeguas del viento es por la poca diferencia que hay entre la simiente activa de los caballos, al principio, o simiente material pasiva de las yeguas, y por faltar poco, ellas, por sí mismas, pueden concebir y parir, como vemos en los árboles y plantas, que por estar en ellos virtud que en ella no haya diferencia de masculina y femenina, engendran su semejante; y aunque la virtud de las yeguas no es así como la de los árboles, fáltale poco, y esto suple el aire o viento, por cuanto el viento viene fresco, y con su frialdad aprieta el calor que halla en el cuerpo de la yegua en el lugar generativo, y el calor apretado hácese mayor y más fuerte, como vemos cuando sobre el fuego de la fragua echan agua, que se hace mayor y arde con más furia, y este calor puede muchas veces formar y figurar aquella simiente de la yegua; y la simiente masculina siempre es más caliente que la femenina, y este calor que falta a la yegua suple el aire; mas pocas veces acontece esto en pocas yeguas, porque las yeguas no se acercan por igual a la condición masculina, ni el ardor en tiempo del deseo carnal es igual en todas las yeguas. Otrosí, no acaece venir así el viento templado siempre, porque con la calor masculina iguale. Los caballos así nacidos son ligerísimos; esto es por la condición del viento, que suplió el lugar de la masculina simiente; y porque estos no tienen todo lo que los otros caballos tienen por naturaleza, como no haya allí obrado algo el padre, del cual trae el cuerpo del hijo virtud, no son de tanta vida como los otros ni aun tan fuertes.

⁸⁰ *Filosofía secreta de la gentilidad*, Carlos CLAVERÍA (ed.), Madrid, 1995, pp. 338-339.

⁸¹ Aunque tratando sobre la concepción humana y de la Virgen María, El Tostado también se refiere al papel de la simiente caliente masculina y fría femenina en *Las cinco figuratas paradoxas*, Carmen PARRILLA (ed.), Madrid y Alcalá de Henares, 1998, pp. 104-127 (cap. 31-53 de la 1ª paradoja).

Sin embargo, Rodrigo Caro (1573-1647) no cree hacia 1628⁸² que fueran ciertas estas leyendas sobre las manadas de yeguas apareadas con el viento Céfiro:

Vidimus paulo ante ab Strabone bonam aeris constitutionem, temperiem hanc qua in Baetica fruimur, efficere: Favonii enim aura sive ut Graeci vocant Zephyri perflatur, quo non solum arva fecundantur, sed et equarum greges, ipsius leni spiritu flante maritantur et hinnulos pernecitate vento similes generant. Haec forte fabulae sint, quamquam a gravissimis antiquorum scriptis prodita. At de Zephyri arce vetat nos decipi Avienus in *Orae maritimae* iambis. Infit:

Tartessius
ager his adhaeret, adluitque caespitem
Tartessius amnis; inde tenditur iugum
Zephyro sacratum: denique arcis summitas
<Zephyris vocata, celsa sed fastigia>
iugo eriguntur. Vertici multusque timor,
conscendit auras, et super syderis quasi
caligo semper nubilum condit caput.

Id forte in causa fuit, ut Hispaniam Zephyro subiectam, tanquam in illa late regnaret, cecinerit Seneca Tragicus in *Hercule Oeteo*:

Neque Zephyro
subdita tellus stupet aurato
flumine clarum radiare Tagum.

Ab Homero mutuantur, qui ortum Zephyri ab occiduis Hispaniae insinuat:

Sed Zephyri semper spirantes leniter auras
Oceanus mittens florentia corpora reddit.

“Hemos visto poco antes a partir de Estrabón que la buena constitución del aire produce la temperatura de la que disfrutamos en Andalucía: pues sopla de una punta a otra la brisa de Favonio o de Céfiro como le llaman los griegos, con el cual no solo se fecundan los campos, sino que al soplar su suave espíritu también se aparean las manadas de yeguas, y engendran muleros semejantes al viento en

⁸² *Veterum deorum manes sive reliquiae*, 1628, Bodleian Library at Oxford, Ms. D'Orville 47, fol. 69v. Cf. Joaquín PASCUAL BAREA, “*Veterum Hispaniae deorum Manes sive reliquiae*: noticias del tratado de Rodrigo Caro sobre la religión antigua en Hispania”, en A. M^a ALDAMA – M. F. DEL BARRIO – A. ESPIGARES (eds.), *Nova et vetera: Nuevos horizontes de la Filología Latina*, Madrid, 2002, pp. 1049-1064.

velocidad. Estas cosas quizás sean fábulas, aunque transmitidas por los escritos más serios de los antiguos. En cuanto al castillo del Céfiro, no deja que nos engañemos Avieno en los yambos de la *Ora marítima* [225-232]. Comienza:

El territorio
de Tartesos linda con estos, y baña el césped
el río Tartesos; desde ahí se extiende el monte
consagrado al Céfiro, finalmente la cima del castillo
<llamada del Céfiro, pero las altas cúspides>
se erigen en el monte. Y al vértice mucho temor,
escala los aires, y encima como una neblina⁸³
de estrella siempre oculta la cabeza nublada.

Esto quizás fue una de las causas de que Séneca El Trágico en *Hércules Eteo* [624-626] cantara a Hispania sujeta al Céfiro, como si reinara a lo ancho de ella:

Ni la tierra
al Céfiro sujeta admira el Tajo
que brilla claro con curso dorado.

Están tomados de Homero [*Od.* 4,567-568], quien sugiere el nacimiento del Céfiro de las partes occidentales de Hispania:

Pero el Océano hace los cuerpos floridos enviando
las brisas del Céfiro que soplan siempre suaves”.

Así pues, a partir de esos versos de Avieno sobre este lugar situado más allá de la desembocadura del Guadalquivir, Caro imaginó en la costa onubense la fortaleza del Céfiro que hoy se localiza en el Algarve entre Faro y Tavira (Cerro de San Miguel o Monte Figo)⁸⁴. Y ello justificó que los poetas del Siglo de Oro también atribuyeran a este viento la fecundación de las yeguas andaluzas⁸⁵.

⁸³ De acuerdo con una conjetura más reciente *Verticis multusque tumor* y la lectura *sydera* de otro códice, la traducción de los versos penúltimo y antepenúltimo sería: “Y la mucha hinchazón del vértice escala los aires, y casi sobre las estrellas una neblina”.

⁸⁴ Alcanza los 410 m. de altura a 8 kilómetros de la costa, y tuvo un santuario marino desde época púnica.

⁸⁵ El *Primer Cálamo de Juan Caramuel, tomo II: Rítmica*, Isabel PARAÍSO (ed.); Avelina CARRERA, José Antonio IZQUIERDO y Carmen LOZANO (trads.), Valladolid, 2007, p. 77, recoge un soneto de Luis de Góngora que menciona “los caballos Fabonios Andaluces”, dos dísticos latinos de Martín de la Farina haciendo extensiva al caballo hispano la paternidad del Céfiro, y un soneto del propio autor que refiere “dos vientos andaluces” aludiendo a caballos, metáfora ya trillada en castellano cuando en 1623 escribió “mucho céfiro andaluz” en un poema satírico Francisco de Quevedo, *Obra Poética*, t. II, José Manuel BLECUA (ed.), Madrid, 1970, p. 202, n° 673.

III.A.1.e) Los caballos de los vetones

Los vetones se extendían entre el Duero y el Tajo al occidente de España por las actuales provincias de Salamanca, Ávila y buena parte de Cáceres, Toledo, Zamora y otras zonas limítrofes. Pero en época imperial se encontraban muy asimilados a los lusitanos, y su territorio estaba adscrito principalmente a la provincia romana de Lusitania. Desde época prerromana y durante las guerras de Viriato, el caballo había representado un papel tan importante entre los guerreros vetones como entre los lusitanos. De hecho, Silio (3,378-383) sitúa en territorio de los legendarios vetones la fecundación de las yeguas lusitanas por el Céfito que otros autores localizaban cerca de Lisboa⁸⁶:

At Vettonum alas Balarus probat aequare aperto.
Hic adeo cum ver placidum flatusque tepescit,
concubitus servans tacitos, grex perstat equarum
et Venerem occultam genitali concipit aura.
Sed non multa dies generi, properatque senectus,
septimaque his stabulis longissima ducitur aestas.

“Y Bálaro la caballería de los vetones en campo abierto examina.
Aquí en cuanto el verano agradable y el viento se temple,
aguardando callados apareamientos, permanece la manada de yeguas
y con la brisa fecundadora un sexo oculto recibe.
Pero la estirpe no tiene muchos días, y la vejez se apresura,
y como máximo siete veranos duran estos establos”.

En este caso, los potros superan los tres años de edad y pueden llegar hasta los siete, por lo que alcanzan la madurez y hasta la edad adulta, aunque tampoco resulten útiles muchos años. Bálaro examina la caballería de los vetones en campo abierto, donde Virgilio sitúa combatiendo los caballos tracios que dejaban atrás a los vientos Notos y Céfito (*Aen.* 12,333-335). Aunque esta comparación permitiría suponer que los caballos vetones eran corceles similares a los lusitanos, en el episodio de la carrera de carros el caballo vetón compite con dos caballos galayos y uno ástur, por lo que el poeta parece imaginarlo similar a las jacas del norte. Pues el tamaño y morfología particular de estos caballos les da un aire primitivo,

⁸⁶ El verso 381 remite a la *genitabilis aura Favoni* (“la brisa del fecundo Céfito”) de Lucrecio (1,11).

sobre todo con el pelaje de invierno⁸⁷, y por tanto los hacía más apropiados para atribuirles un legendario origen divino en este relato heroico.

Después de provocar el vuelco del carro del caballo de Tuy, Peloro terminó adelantando a otro caballo galaico, y habría superado al ástur al que ya había alcanzado, si su jinete Duero (*Durius*) no hubiera perdido el látigo mientras lo animaba a honrar a su padre el Céfiro (16,416-439), mostrando así a los que proceden de bestias “cuánto aventaja el nacimiento de una simiente divina” (16,429): *quantum divini praecelet seminis ortus*. Pues este supuesto origen mítico era también una de las razones que mantenían esta fábula en vigor referida a la Lusitania.

Sin que conozcamos sus fuentes de información sobre los caballos de Hispania, en este fabuloso relato épico escrito en el siglo I d. C. nos describe Silio un caballo vetón uniendo aparentemente cualidades de corceles y rasgos de ponis. Señala su docilidad para obedecer al freno, que lo distingue del fabuloso caballo de Osma y del caballo de Asturias. También lo caracterizaba su ancha cerviz y largas crines, que eran más propias de los ponis del norte (16,359-365):

At docilis freni et melior parere Pelorus
non umquam effusum sinuabat devius axem,
sed laevo interior stringebat tramite metam.
Insignis multa cervice et plurimus idem
ludentis per colla iubae. Mirabile dictu,
nullus erat pater: ad Zephyri nova flamina campis
Vettonum eductum genetrix effuderat Harpe.

“Pero dócil al freno y más obediente, Peloro nunca desviándose el carro volcado torcía, sino que por el camino izquierdo tocaba la meta por dentro. Señalado por su ancha cerviz y también abundante de melena que jugaba por los cuellos. Maravilla decirlo, no tenía padre: hacia los soplos nuevos del Céfiro en campos de los vetones su madre Harpe lo había echado criado”.

Como los caballos de Aquiles, este vetón era hijo del viento Céfiro y, si no de una harpía, de una yegua cuyo nombre aplica Plinio a un ave marina de presa

⁸⁷ Cf. I. PASCUAL MORO y J. I. INTXAUSTI DEL CASAL, “Estudio zoométrico en la raza poni vasco-pottoka”, *Archivos de Zootecnia* 47 (1998), 537-546, pp. 544-546.

mencionada junto a la gaviota y a una especie de quebrantahuesos (*nat.* 10,204). Por tanto, el testimonio de Silio no permite por sí solo sostener un tipo de caballo propio de los vetones.

III.A.1.f) Los caballos de la Bética

A pesar de la existencia de numerosos testimonios arqueológicos relativos al caballo en el reino de Tartesos, en Turdetania y en la Bética romana⁸⁸, carecemos de textos que describan sus particularidades, y las escasas alusiones son demasiado genéricas y tardías para suponer que presentaran rasgos peculiares. Según Tito Livio (23,26,11), en una batalla que tuvo lugar el año 216 a. C. entre los tartesios y las tropas de Asdrúbal no muy lejos de Antequera, el jinete hispano superaba al númida, y el soldado hispano con su escudo (*caetra*) al arquero moro más en fuerza que en velocidad:

In hoc alterno pavore certamina aliquot sunt contracta; nec Numida Hispano eques par fuit nec iaculator Maurus caetrato, velocitate pari, robore animi virumque aliquantum praestanti.

“En este terror alternativo se entablaron algunos combates, y ni el jinete númida estuvo al nivel del hispano, ni el lanzador moro al nivel del cetrado, de parecida velocidad, pero bastante más aventajado en la fortaleza de ánimo y de fuerzas”.

Pero en la región también es muy frecuente la presencia de mercenarios lusitanos y celtiberos, tanto durante la II Guerra Púnica hasta la batalla de Ílipa, como en las guerras posteriores. En 46 a. C. cuenta Julio César (*Afr.* 39) que participaron en África unos cinco mil jinetes hispanos procedentes tanto de la provincia Citerior como de la Ulterior (*equitumque utriusque provinciae circiter V milia*), que también comprendía los caballos de los lusitanos. En cualquier caso, los corceles de la Bética no debían de ser muy distintos de los de las regiones limítrofes de las otras dos provincias de Hispania, aunque cabe suponer una mayor presencia de caballos norteafricanos desde época cartaginesa.

Al menos desde época imperial hubo zonas productoras de buenos corceles en el Bajo Guadalquivir y en sus marismas. Pues a finales del siglo IV d. C.,

⁸⁸ Cf. Diego RUIZ MATA, “El caballo en tiempos pre-romanos: representación y función”, *Al-Andalus y el caballo*, Granada, 1995, pp. 31-49, esp. p. 37-45.

Claudiano⁸⁹ sitúa en las riberas del Tajo y del Guadalquivir los mejores caballos hispanos para las carreras de cuadrigas, de los que tan solo refiere su orgulloso relincho:

Inlustret circum sonipes, quicumque superbo
perstreptit hinnitu Baetin, qui splendida potat
stagna Tagi madidoque iubas aspergitur auro.

“Que dé lustre al circo cualquier sonípede que hace
resonar al Betis con su soberbio relincho, el que bebe en lagunas
relumbrantes del Tajo y salpica sus crines el oro mojado”.

Probablemente los mejores corceles hispanos procedían entonces de la Bética y la Lusitania, pero Claudiano más bien alude de forma poética a los caballos de Hispania en general mediante dos hidrónimos bien conocidos y asociados a la cría de caballos durante el Bajo Imperio en dos provincias hispanas. En cualquier caso, nada permite suponer que los caballos lusitanos y béticos fueran vistos como dos razas distintas, o que presentaran entre sí unas diferencias más acusadas que las que distinguen hoy día a los caballos lusitanos y a los de pura raza española. Entre otros factores, el que se criaran y emplearan en terrenos blandos de las marismas, en las campiñas o en las montañas de la provincia, podría determinar diferencias en el tamaño, en los cascos y en otros rasgos de los caballos de la Bética de las que no hay constancia alguna en los textos antiguos.

En una lista de caballos de carrera victoriosos, entre los numerosos caballos africanos (*Afri*) aparece uno de nombre *Baeticus* (*CIL* VI, 10053), que podría referirse a un caballo oriundo de la Bética criado en tierras de la actual Túnez no lejos de Cartago. Pues Vegecio (*mulom.* 3,6,4) afirma que eran especialmente veloces los caballos africanos de sangre hispana.

III.A.2. EL CABALLO IBERO EN TEXTOS GRIEGOS Y LATINOS

En griego el término Ἰβηρ equivale al latín *Hispanus*, e Ἰβηρία a *Hispania*, es decir, a la Península Ibérica, como explican entre otros Plinio (*nat.* 3,21,3) y Estrabón (*geogr.* 3,4,19). Estrabón añade que algunos autores más antiguos solo llamaban Iberia a la región costera situada entre los Pirineos y el Ebro (Ἰβηρ), en

⁸⁹ *Panegy. dict. Manlio Theodoro cons.* 285-287 (cf. *Carm. min.* 30, 2; 47, 3-6).

la que se encontraba la colonia griega de *Emporion* (Ampurias)⁹⁰, y nos ofrece dos características generales de los caballos de los iberos o hispanos: la docilidad y la aptitud para atravesar montañas (*geogr.* 3,4,15):

Πελασταὶ δ' ἅπαντες, ὡς εἰπεῖν, ὑπῆρξαν οἱ Ἰβηρες καὶ κοῦφοι κατὰ τὸν ὄπλισμόν διὰ τὰς ληστείας, οἷους ἔφαμεν τοὺς Λυσιτανούς, ἀκοντίῳ καὶ σφενδόνη καὶ μαχαίρα χρώμενοι· ταῖς δὲ πεζαῖς δυνάμεσι παρεμέμικτο καὶ ἵππεῖα, δεδιδαγμένων ἵππων ὀρειβατεῖν καὶ κατοκλάζεσθαι ῥαδίως ἀπὸ προστάγματος, ὅτε τούτου δέοι.

“Todos los hispanos, por así decir, combaten con escudo y ligeros de armamento debido al bandidaje, igual que dijimos de los lusitanos, usando venablo, honda y puñal. Con las fuerzas de a pie había estado mezclada también la caballería, estando los caballos enseñados a atravesar montañas y arrodillarse fácilmente a una orden, cuando esto es necesario”.

En un tratado de caza de principios del siglo III d. C., la cualidad que Opiano de Apamea (*cyneg.* 1,278-288) destaca en el caballo de caza ibero es la velocidad corriendo en llano⁹¹. También recoge la comparación entre los caballos hispanos y los partos que Estrabón atribuía a Posidonio, y otros típicos símiles poéticos con animales veloces ya empleados por otros poetas desde Homero y Píndaro:

Ἄλλ' ἄρα καὶ Πάρθοισι μέγα προφέρουσιν Ἰβηρες,
ὠκυτέροισι πόδεσσι κροαίνοντες πεδίοισι.
Κεῖνοισιν τάχα μοῦνος ἐναντίον ἰσοφαρίζοι
αἰετὸς αἰθερίοισιν ἐπιθύνων γυάλοισιν,
ἢ κίρκος ταναῆσι τινασσόμενος περύγεσσι,
ἢ δελφὶς πολιῶσιν ὀλισθαίνων ῥοθίοισι.
Τόσσον Ἰβηρες ἔασι θοοὶ πόδας ἠνεμόεντας·
ἀλλ' ὀλίγοι βαιοὶ τε μένος καὶ ἀνάκιδες ἦτορ,
καὶ δρόμον ἐν παύροισιν ἐλεγχόμενοι σταδίοισιν·

⁹⁰ Otros historiadores griegos llamaron Iberia a la zona sudeste de la Península desde el Estrecho hasta los Pirineos, por oposición sobre todo a la Celtiberia de la Meseta central. E incluso es posible que el término se hubiera aplicado primero en la Península al río Tinto y a los pueblos de la costa vecina hasta el Guadiana.

⁹¹ Trata de las circunstancias históricas y literarias de esta obra Tomás SILVA SÁNCHEZ, *Sobre el texto de los Cynegética de Opiano de Apamea*, Cádiz, 2002, pp. 104-118, a quien agradezco sus explicaciones al respecto y la revisión de los textos griegos de este trabajo.

εἶδεα δ' ἀγλαόμορφα κλυτὸν δέμας ἀμφιέσαντο,
ὄπλῃν δ' οὐ κρατερήν, πηλοτρόφον, εὐρυπέδιλον.

“Pero en verdad a los partos superan incluso los iberos con mucho,
que con pies más rápidos en las llanuras galopan.
A aquellos quizás solo el águila iguala
dirigiéndose lanzada por las bóvedas aéreas,
o el halcón sus grandes alas batiendo,
o el delfín deslizándose por las olas grisáceas.
Tan veloces son los iberos de pies ligeros cual viento,
pero apocados y flojos de espíritu, y de corazón temerosos,
y vencidos en una carrera en muy pocos estadios.
El aspecto de espléndida forma se reviste de insigne tamaño,
pero tienen el casco poco sólido, criado en el barro, de ancho calzado”.

Al igual que otros autores, Opiano considera que los caballos iberos son veloces, grandes y de bella estampa, aunque son superados al cabo de unos pocos estadios (en torno a mil metros), sobre todo por los caballos moros de color tordo de los que habla a continuación. También en relación con las virtudes de los caballos griegos y moros, los tiene por débiles de ánimo (v. 285), mientras que otro texto griego de un veterinario (III.A.3) los considera muy valientes (ἀνδρείοτατοι), y hasta un escolio al texto de Opiano dice que son animosos (εὐψυχοι). Al contrario que la jaca galaica descrita por Gracio dos siglos antes, el caballo hispano empleado ahora en la caza no tiene un casco tan sólido, aunque sí más ancho, pues se ha criado en terrenos embarrados.

Mientras los textos griegos raramente transcriben los términos latinos *Hispania* o *Hispanus*, y esto solo a partir de época romana traduciendo un tecnicismo, el latín sí emplea los helenismos *Hiber* o *Hiberus* e *Hiberia* como sinónimos poéticos de *Hispanus* e *Hispania*⁹². Este valor poético está presente en la referida inscripción de León en que Tulio anunciaba que iba a cazar caballos salvajes y otros venados a lomos de un caballo ibero (*equo Hiber*o), pues se trata de un texto escrito en hexámetros de inspiración virgiliana. En otro de los lados de la piedra, una inscripción en dímetros yámbicos (*CIL* II, 2660d) posterior a la cacería

⁹² De *Hispania* debe de proceder por analogía la aspiración de *Hiber(us)* e *Hiberia* en lugar de la transcripción esperada *Iber(us)* e *Iberia*. En la pronunciación vulgar del nombre del Ebro, frente al resultado esperado *Ebero, pudo haberse mantenido excepcionalmente la acentuación tónica de la primera sílaba del nominativo *Hiber*. Pero escribo ibero y celtibero de acuerdo con las reglas de acentuación de los términos cultos.

localiza este coto en el páramo leonés, tal vez en la comarca de este nombre situada al suroeste de la actual provincia de León:

Cervom altifrontum cornua
dicat Dianae Tullius
quos vicit in parami aequore
vectus feroci sonipede.

“Los cuernos de ciervos de alta frente
dedica Tulio a Diana,
que ha vencido en el llano del páramo
cabalgando un soberbio sonípede”.

Este epígrafe se refiere al caballo en el que finalmente cazó los ciervos con el sinónimo poético *sonipes* (sonípede o ‘pie-sonoro’) y el epíteto *ferox*, que no equivale a ‘feroz’ o ‘indómito’ sino a ‘orgullosa’, como el caballo de caza que montaba la reina Dido en el verso virgiliano del que procede el sintagma (*Aen.* 4,135). Se trata por tanto de un caballo hispano, de temperamento fogoso y arrogante, apropiado para cazar en el llano. La comparación implícita con el caballo norteafricano recuerda los caballos hispanos y de celtiberos, lusitanos y otros pueblos que combatieron junto a las tropas númeras y moras contra los romanos al lado del ejército cartaginés y también contra estos. Pues el caballo hispano era más parecido al caballo berberisco que al tielcón o asturcón del norte peninsular, tanto por su aspecto físico como por sus aptitudes⁹³. Fue precisamente su velocidad en el llano y su resistencia lo que, después de que brillara en las alas auxiliares del ejército y en la cacería, convirtió al caballo hispano –como al berberisco– en un excelente caballo de carreras en época imperial. Por otra parte, la jaca o tielcón tenía buenos cascos para las montañas rocosas, pero no para practicar en el páramo leonés las distintas modalidades de caza deportiva de Tulio, por lo que no debía de tratarse del tielcón que sabemos que se criaba en tierras leonesas, sino del caballo hispano empleado en la guerra, cuyo casco califica Opiano de ancho por haberse criado en el barro.

También en prosa latina, el cónsul y orador Quinto Aurelio Símaco escribe a su amigo hispano Eufrasio o Eupraxio el 400 d. C. que, aunque sus caballos

⁹³ Cf. A. SCHULTEN, *Geografía y etnografía*, cit. en n. 2, pp. 496-498.

superan en nobleza a los mejores de los iberos, quiere que le escoja unos distintos de otra cuadra para satisfacer con la variedad el gusto de los espectadores romanos (*epist.* 4,63)⁹⁴:

Fas sit dicere: equorum curulium copia non egemus, sed incitat nos praeturae mora ad desiderium muneris largioris. Si igitur dulcis est (ut assolet) mandati mei exsecutio, quattuor ex grege Laudicianorum quadrigas, quas tua defloret electio, ad me opto deduci, cum primum mare navigatio verna patefecerit. Ego pretium quod signaverint litterae tuae in rem missis renumerabo. Quamquam hoc spondere non debui, quia fides amicitiae syngrapham non requirit. Credo mireris cur non potius de gregibus tuis postulem, qui potissimos Hiberorum nobilitate praevertunt. Fastidium uniformis spectaculi patitur civitas, cuius satieta mihi varietate vincenda est. Tuae modo diligentiae sit adhibere iudicium, et ex alienis stabulis aequare laudem tuorum. Nam cum res amici agitur, hos quoque proprios debes putare quos elegeris.

“Permítaseme decir: no carecemos de abundantes caballos de carrera, pero el retraso de la pretura nos incita al deseo de un regalo más espléndido. Por consiguiente, si es agradable (como suele) el cumplimiento de mi encargo, deseo que me envíen cuatro cuadrigas del rebaño de los laodiceanos, las que entresaque tu elección, en cuanto la navegación primaveral haya abierto el mar. Yo pagaré el precio que haya señalado tu carta a los enviados para el asunto. Aunque no he debido prometer esto, porque la confianza de la amistad no precisa de pagaré. Creo que te preguntarás por qué no los solicito mejor de tus rebaños, que aventajan en nobleza a los mejores de los iberos. La ciudadanía siente repugnancia del espectáculo uniforme, y tengo que vencer su hartazgo con la variedad. Sea solo cosa de tu diligencia aplicar el juicio, y a partir de cuadras ajenas igualar la fama de los tuyos. Pues cuando se trata del asunto de un amigo, debes considerar también como propios los que hayas elegido”.

En esta carta, el término *nobilitate* permite entender que el relativo *qui* y el adjetivo *Hiberorum* se refieren de forma implícita a los caballos y no a los rebaños (*gregibus*). Sin embargo, el que Símaco llame *Hiberos* a estos caballos se debe ante todo a que solo aplica el término *Hispanus* a personas. Pues en los demás casos en que escribe sobre caballos de Hispania, no los llama *Hiberos*

⁹⁴ Cf. Josep VILELLA MASANA, “Las cartas del epistolario de Q. Aurelio Simaco enviadas a Hispania”, *Cassiodorus* 2 (1996), 51-72 (<http://www.ub.es/grat/grat07.htm>).

ni *Hispanos*, sino mediante los sintagmas preposicionales *ex Hispania* y *de Hispania*, y otras perífrasis como *quibus pollet Hispania*. Por tanto, *Hiberus* no es más que un sinónimo de *Hispanus* aplicado a caballos en lugar de personas, y que equivale a los giros preposicionales *de/ex Hispania*. Para Símaco, los caballos iberos eran caballos de Hispania, donde su abundancia permitía escoger los más apropiados para las carreras, pero no menciona ningún rasgo que permitiera distinguirlos de los de otras provincias, aunque sí es consciente de que los caballos iberos no eran uniformes, pues el público asistente al circo podía diferenciar los de cuadras distintas.

III.A.3. EL CABALLO HISPANO E IBERO EN EL *CORPUS HIPPIATRICORUM GRAECORUM*

Desde los trabajos de Schulten sobre el caballo en la Hispania Antigua, en la mayor parte de los estudios sobre el tema se contraponen dos razas de caballo en la Península Ibérica —el hispano y el ibero— a partir de dos testimonios del *Corpus Hippiatricorum Graecorum*⁹⁵. Pero estos dos textos, que requerirían un estudio más detenido debido a las interpolaciones y variantes textuales de una compleja transmisión, proceden realmente de dos obras de épocas diversas, y recogidas en el siglo X d. C. en el Imperio Bizantino en esta colección de escritos griegos relativos al cuidado de los caballos. El valor, interés y fiabilidad de estas notas de veterinarios griegos es por tanto muy limitado.

Los llama hispanos el pasaje de una obra de este *Corpus* (I,373,2), procedente de un manuscrito de Berlín del siglo X d. C. (*Hipp. Berol.* 115,1)⁹⁶:

Ἰσπάνιοι δὲ μεγάλοι, [τῆ ἕξει τοῦ σώματος εὐρυθμοί, ὄρθιοι, εὐκέφαλοι.] <τῆ ῥάχει διπλοῖ> ἔντομοι, οὐκ εὐίσχιοι, ἰσχυροὶ ἐν ταῖς ὁδοιπορίαις καὶ μὴ ἰσχναινόμενοι τῷ σώματι, <ἀνδρειότατοι> [ἄδρομοι δὲ καὶ ἄκεντροι ἐν τῇ ἵππασίᾳ. εἰσὶν δὲ καὶ εὐήθεις ἀπὸ τῆς γενέσεως ἄχρι τοῦ καταρτισμοῦ, τὸν λοιπὸν δὲ χρόνον ποιηροὶ καὶ δῆκται].

“Los hispanos son grandes, [bien proporcionados en la constitución del cuerpo, erguidos, de buena cabeza,] <hendidos en la espina dorsal>, no de buenas ancas, robustos en los viajes y no enflaquecidos de cuerpo, <muy valientes>,”

⁹⁵ Cf. M. BENDALA GALÁN y F. QUESADA SANZ, “El caballo en la Bética romana”, *Al-Andalus y el caballo*, cit. en n. 88, pp. 51-65, esp. pp. 56-58.

⁹⁶ Aunque la vocal inicial aparece borrada, el código presenta la grafía originaria *Hispani* en lugar de *Spani* con la aféresis propia de época visigoda, por lo que el texto latino original pudo haber sido escrito antes del siglo VI d. C.

[no corredores y sin espuelas en la equitación. Son de buen carácter desde el nacimiento hasta la doma, pero el tiempo restante malos y mordedores]”.

Así pues, solo parecen características propias de los caballos de Hispania el ser grandes, robustos y muy valientes, y tener la espina dorsal dividida y malas ancas, probablemente por no tener la grupa redonda sino caída como los berberiscos.

Sobre los caballos iberos trata un segundo texto del *Corpus* (II,123,3) que fue escrito hacia finales del siglo V o principios del siglo VI d. C. por el bizantino Timoteo de Gaza, aunque solo se conserva una copia de una paráfrasis tardía, con varias interpolaciones:

Ἰβηρες <δὲ> μικροὶ <ὡς ἄτροφοι> καὶ θηρατικοί, πιστεύονται δ' οὗτοι ἀπ' ἀγρίων ἵππων γεγυμέναι, [διὸ καὶ βραχεῖς τὸ σῶμα,] λεῖτοι, [μικρῶς ἄτροφοι, θηρατικοί], ὄξεις πρὸς δρόμον, βαδίσαι δὲ ἀφυσίς.

“Los iberos son pequeños <como desnutridos> y cazadores; y se cree que estos provienen de caballos salvajes, [y por tanto, pequeños de cuerpo,] suaves, [un poco desnutridos, cazadores], rápidos en la carrera, pero sin aptitudes para andar”.

Esta raza de caballos pequeños y delgados, que valen para cazar y correr pero no para andar, no corresponde a ninguno de los caballos de Hispania descritos en las fuentes más fidedignas de época romana y de época visigoda. Pues las pequeñas jacas del norte eran más bien rechonchas que desnutridas, y precisamente eran idóneas para andar pero no para correr o para cazar. Y los restantes caballos hispanos no eran pequeños, ni consta que parecieran mal alimentados o que procedieran de caballos salvajes. Frente a los caballos hispanos grandes y rollizos los iberos son presentados como pequeños y canijos, cuando en los textos griegos desde época imperial, los términos hispano e ibero aluden a la misma realidad geográfica. Y solo si se encontraran contrapuestos en una misma obra cabría interpretarlos como tecnicismos para referirse a dos razas distintas.

Teniendo en cuenta la época y el autor, el primero que nos ha dejado una descripción del caballo árabe, pienso que esta noticia podría referirse en realidad a los caballos iberos de Asia, en la región central situada entre el Mar Negro (*Pontus Euxinus*) y el Mar Caspio (*Hyrcanum*), actual Georgia. Estos iberos limitaban al norte con la cordillera del Cáucaso y los sármatas de Rusia, al sur con los armenios, al oeste con la Cólquide y al este con la Albania caucásica. Fueron conocidos por los griegos antes que los más remotos habitantes de nuestra península, y en tiempos

del bizantino Timoteo fueron vecinos cuando no integrantes del propio Imperio Bizantino. Pues tanto en griego como en latín –y a veces en un mismo autor como Horacio y Plinio–, Ἰβηρία o *Hiberia* y el gentilicio Ἰβηρ o *Hiber* e *Hiberus* pueden referirse tanto a Hispania como a este pueblo asiático⁹⁷. Y la mayor parte de los autores antiguos atribuyeron esta coincidencia o confusión a que los habitantes de Hispania procedían del Cáucaso. Por tanto, la definición de Timoteo de Gaza podría corresponder a los pequeños y veloces caballos que estos iberos de Oriente criaban en estado semisalvaje en las tierras pantanosas al suroeste de Georgia, y que montaban de hecho en sus ataques armados de lanza, como refiere Valerio Flaco (*Arg.* 6,120):

Discolor hastatas effudit Hiberia turmas.

“La Iberia abigarrada suelta sus escuadrones con lanzas”.

De este caballo deriva probablemente el actual caballo caspiano, raza con rasgos primitivos, de poco más de un metro de altura pero con proporciones de caballo y no de poni, de constitución delgada y aspecto frágil, y muy veloz⁹⁸.

Otra obra menos citada de este mismo *Corpus* (I,5,11-13) menciona “la raza de los de Iberia”, τὸ γένος τῶν ἀπὸ τῆς Ἰβηρίας, que sí parece referirse a los *equos ex Hispania* que menciona Símaco (*epist.* 5,83) en 399 a. C.

III.B. Empleos del caballo hispano (corredor)

Si el romano tenía en tiempos de Varrón un simple rocín para cualquier uso, en época imperial utilizará caballos especializados para cada actividad: caza, guerra, carreras, viajes, transporte urbano, tiro de carruajes, etc. El empleo del caballo no dependía ya tanto de la habilidad del hombre para adaptarlo a diversos menesteres cuanto de las cualidades innatas, la selección y el adiestramiento del caballo.

Además de las jacas para tirar de un carro y para los viajes, en Hispania había rocines (*caballi*) usados en labores agrícolas y otros empleos vulgares; algunos caballos se reservaban como sementales de yeguas o para cubrir burras, y otros para el lucimiento. Pero los corceles de Hispania se emplearon sobre todo en la

⁹⁷ Esta es también una de las regiones en que se supone que pudo haber surgido la cría y domesticación del caballo por el hombre.

⁹⁸ Cf. Elwyn HARTLEY EDWARDS, *El gran libro del caballo*, Madrid, 1992, p. 136.

guerra, la cacería y las carreras, que son los temas de algunos de los textos que mejor nos describen el caballo hispano o ibero.

III.B.1. *EQUUS BELLATOR*: EL CABALLO DE GUERRA

Son numerosas las referencias a la abundancia de caballos hispanos en contextos bélicos, sobre todo en los relatos históricos de las Guerras Púnicas del siglo III, las guerras celtibero-lusitanas del siglo II, y las guerras civiles y cantábricas del siglo I. Sin embargo, estas fuentes mencionan sobre todo los jinetes, y son escasas las noticias sobre los caballos o que permitan deducir sus aptitudes o características específicas. Son prueba de su extraordinaria abundancia en la Península los rápidos reclutamientos de jinetes y la participación de miles de ellos en cada uno de los bandos enfrentados. Debido a su reputación y a su valor como mercancía, también constituyen un preciado botín de guerra y se emplean como regalo o como pago de distinto tipo.

Según un relato de Jenofonte (*Hell.* 7,1,20-21), en la primera mitad del siglo IV a. C. Dionisio de Siracusa trajo más de veinte trirremes con fuerzas de socorro, en las que también venían “celtas, iberos y como cincuenta jinetes” (Κελτούς τε καὶ Ἴβηρας καὶ ἰππέας ὡς πεντήκοντα). Los jinetes contribuyeron en gran medida a la derrota de los atenienses y corintios frente a los espartanos gracias a su habilidad como jinetes y lanzadores de jabalina, y a la rapidez de sus caballos, con los que escapaban rápidamente, e infligían mucho daño a los enemigos dispersos:

Οἱ δὲ παρὰ τοῦ Διονυσίου ἰππεῖς, ὅσοι περ ἦσαν, οὗτοι διεσκεδασμένοι ἄλλος ἄλλη παραθέοντες ἠκόντιζόν τε προσελαύνοντες, καὶ ἐπεὶ ὤρων ἐπ’ αὐτούς, ἀνεχώρουν, καὶ πάλιν ἀναστρέφοντες ἠκόντιζον. καὶ ταῦτα ἅμα ποιοῦντες κατέβαινον ἀπὸ τῶν ἵππων καὶ ἀνεπαύοντο. εἰ δὲ καταβεβηκόσιν ἐπελαύνοιέν τινες, εὐπετῶς ἀναπηδῶντες ἀνεχώρουν. εἰ δ’ αὖ τινες διώξειαν αὐτούς πολὺ ἀπὸ τοῦ στρατεύματος, τούτους, ὅποτε ἀποχωροῖεν, ἐπικείμενοι καὶ ἀκοντίζοντες δεινὰ εἰργάζοντο, καὶ πᾶν τὸ στρατεῦμα ἠνάγκαζον ἑαυτῶν ἕνεκα καὶ προῖεναι καὶ ἀναχωρεῖν. [...]

“Y los jinetes de Dionisio, siendo el número que era, dispersándose ellos cada uno por un sitio, arrojaban jabalinas atacando a caballo a los que alcanzaban corriendo, y cuando se lanzaban sobre ellos se retiraban, y arrojaban jabalinas volviéndose hacia atrás, y haciendo estas cosas a la vez descendían de los caballos y descansaban. Y si algunos iban a caballo contra ellos cuando habían descabalgado, montando tranquilamente se alejaban. Pero si algunos salían del

ejército persiguiéndolos mucho, a estos, después de que se habían alejado, acosándolos y arrojándoles jabalinas les hacían cosas terribles, y obligaban a todo el ejército a lanzarse y a retirarse por culpa de ellos [...]”

Es muy posible que los celtas e iberos fueran galos e hispanos, e incluso se ha propuesto que también los jinetes lo fueran⁹⁹. Sin embargo, pienso que estos jinetes procedían probablemente de Siracusa o de otros lugares de Sicilia. Pues luchando contra ellos aprendieron los griegos esta táctica de acoso en el siglo IV a. C., como el siglo siguiente los romanos de los moros¹⁰⁰, más experimentados que los hispanos en este tipo de ataques. Más adelante (*Hell.* 7,1,31) cuenta el autor que en la huida cayeron de los enemigos “muchos por jinetes y muchos por los celtas” (πολλοὶ μὲν ὑπὸ ἱππέων, πολλοὶ δὲ ὑπὸ τῶν Κελτῶν). Y aunque en este caso no mencione explícitamente a los iberos, parece claro que si los celtas no eran jinetes, tampoco lo eran los iberos.

Durante la II Guerra Púnica a finales del siglo III a. C. sí están sobradamente documentados los jinetes hispanos en general, o los de etnias concretas como los lusitanos. Luchan frecuentemente en el bando púnico contra los romanos y junto a los númidas y moros, quienes montaban unos caballos parecidos pero no usaban riendas ni frenos. El 193 a. C. también vemos luchar juntos contra los romanos a celtiberos, vetones y vaceos. Hay documentadas varias formas de utilizar los caballos en combate, como las ya referidas a propósito sobre todo de lusitanos y celtiberos (III.A.1.c y d).

Los *equites Hispani* (‘jinetes hispanos’), referidos en griego mediante el adjetivo correspondiente Ἴβηρες, también fueron utilizados por César hacia mediados del siglo I a. C. en la Guerra de las Galias (*Gall.* 5,26,3: *Hispanis equitibus emissis*)¹⁰¹, en Hispania (*Hisp.* 15)¹⁰² y en África (*Afr.*, 39,1)¹⁰³. Pues los romanos no contaban en su poderoso ejército con una caballería comparable a la de la mayoría de los

⁹⁹ Cf. Irene SECO SERRA, “Fuentes literarias antiguas sobre el caballo en Hispania”, *El caballo en la antigua Iberia*, cit. en n. 48, pp. 125-140, esp. p. 133. El trabajo incluye el inventario de un centenar de citas, y un análisis global de grupos temáticos y de la cronología.

¹⁰⁰ Cf. Jean Pierre DIGARD, *Une histoire du cheval: art, techniques, société*, Arles, 2003, p. 70.

¹⁰¹ *Gall.* 7,55,3: *magnum numerum equorum huius belli causa in Italia atque Hispania coemptum.*

¹⁰² *civ.* 3,22,3: *Ubi cum quosdam eius municipii sollicitaret equitibusque Caesaris Gallis atque Hispanis qui eo praesidii causa missi erant pecuniam polliceretur ab his est interfectus*; *civ.* 2,40,1: *Iuba certior factus a Saburra de nocturno proelio II milia Hispanorum et Gallorum equitum quos suae custodiae causa circum se habere consuerat et peditem eam partem cui maxime confidebat Saburrae summittit ipse cum reliquis copiis elephantisque LX lentius subsequitur.*

¹⁰³ Cf. otros textos en J. M. BLÁZQUEZ, “La economía ganadera de la España antigua a la luz de las fuentes literarias griegas y romanas”, *Emerita* 25 (1957), 159-184, esp. pp. 162-179.

pueblos con los que se enfrentaban. Pero estas y otras fuentes históricas¹⁰⁴ nos dicen más sobre las particularidades de los jinetes hispanos que sobre sus caballos, de los que en general podemos deducir que eran ligeros y veloces, ágiles en las montañas y aptos para cabalgar, lo que también consta en particular de los caballos de celtiberos, lusitanos y otros pueblos que combatieron a caballo.

Las características funcionales de los caballos de guerra hispanos vienen a coincidir con las de los caballos norteafricanos, donde también se daban distintas variedades dentro de un tipo general¹⁰⁵. Desde la II Guerra Púnica, el trasvase de caballos de un lado a otro del Mediterráneo acentuó estas semejanzas. Los Barca trasladaron miles de jinetes y caballos desde el norte de África a Hispania, al tiempo que llevaron otros de vuelta. Así, a mediados del siglo I a. C., refiriéndose con *Africa* a la actual Tunicia o Túnez, Cornelio Nepote (c.100-24 a. C.) al comienzo de su biografía de Amílcar Barca (*vir.* 4,1-2) relata que, dos siglos antes:

At Hamilcar, posteaquam mare transiit in Hispaniamque venit, magnas res secunda gessit fortuna: maximas bellicosissimasque gentes subegit, equis, armis, uiris, pecunia totam locupletavit Africam. Hic cum in Italiam bellum inferre meditaretur, nono anno postquam in Hispaniam venerat, in proelio pugnans adversus Vettones occisus est.

“Amílcar por su parte, después que atravesó el mar y llegó a Hispania, llevó a cabo grandes gestas con favorable fortuna: sometió a los pueblos más grandes y guerreros, enriqueció toda África con caballos, armas, varones y dinero. Cuando este meditaba llevar la guerra a Italia, en el año noveno desde que había llegado a Hispania, fue muerto en una batalla luchando contra los vetones”.

Siguiendo modelos épicos tradicionales¹⁰⁶ más bien que la imagen del caballo hispano en el siglo I d. C., Silio Itálico (1,220-224) pinta el caballo hispano de guerra entre las tropas de Aníbal erguido y relinchando fogoso como los mejores caballos griegos de las carreras de carros en Olimpia:

¹⁰⁴ Cf. las ediciones y comentarios de Adolfo SCHULTEN a *Las guerras de 154-72 a. de J. C.*; FHA IV, Barcelona, 1937, p. 5, con otras referencias a la caballería hispana en pp. 44, 104, 126 y 184; *Las guerras de 72-19 a. de J. C.*; FHA V, Barcelona, 1940, pp. 29-30, 66, 132, 175 y 180.

¹⁰⁵ Cf. Paul VIGNERON, *Le cheval dans l'Antiquité Gréco-Romaine*, cit. en n. 49, vol. I, pp. 235-314, esp. pp. 251, 264, 270-272.

¹⁰⁶ Así pinta Ovidio (*met.* 2,154-155) a los caballos del carro del Sol: *hinnitibus auras / flammiferis implent* (“hinchén las brisas con sus relinchos llameantes”).

Altera complebant Hispanae castra cohortes,
 auxilia Europae genitoris parta tropaeis.
 Martius hinc campos sonipes hinnitibus implet,
 hinc iuga cornipedes erecti bellica raptant:
 non Eleus eat campo ferventior axis.

“Las cohortes hispanas otro campamento llenaban,
 tropas auxiliares de Europa procedentes de los trofeos de su padre.
 Aquí un sonípede marcial hinche de relinchos los campos,
 aquí los cornípedes erguidos arrastran los carros de guerra:
 más hirviente el eje de la Élida no puede ir por el campo”.

También en época romana cuenta Livio (27,38,11) cómo los jinetes hispanos y númeridas eran transportados en naves a los lugares del Imperio donde eran requeridos, lo que también pudo contribuir a la mezcla de razas:

Magni roboris auxilia ex Hispania quoque a P. Scipione M. Livio missa quidam ad id bellum auctores sunt, octo milia Hispanorum Gallorumque, ad duo milia de legione militum, equitum mille octingentos, mixtos Numidas Hispanosque; M. Lucretium has copias navibus advexisse.

“Hay algunos autores que afirman que para esta guerra también fueron enviadas a M. Livio por P. Escipión tropas auxiliares de gran fuerza desde Hispania, ocho mil hispanos y galos, hasta dos mil soldados de la legión, mil ochocientos jinetes juntando los númeridas y los hispanos; y que M. Lucrecio transportó estas tropas en naves”.

Desde tiempos de César, los romanos incorporaron a su ejército alas auxiliares de caballería de pueblos hispanos y mauritanos, y desde época de Augusto los caballos hispanos siguieron siendo utilizados de un modo parecido, sobre todo por los soldados que formaban parte de las cohortes que contaban con un destacamento de caballería (*cohortes equitatae*). De ellas, al menos nueve llevan el nombre genérico de hispanos (*Hispanorum*), cuatro de lusitanos (*Lusitanorum*), tres de ástures (*Asturum*), dos de lucenses (*Lucensium*), una de galaicos (*Gallaecorum*), una de celtiberos (*Celtiberorum*) y otra de vascos (*Vasconum*). También las *alae quinquagenariae*, tropas auxiliares de caballería del ejército imperial, contaban en muchos casos con nombres alusivos a los hispanos en general o a ciertos pueblos del norte peninsular como *Lucenses*, *Bracaraugustani*, *Astures*

(que acabarían constituyendo los tres *conventus* de la provincia de *Gallaecia*), *Vettones*, *Arevaci*, etc.¹⁰⁷ Además de la procedencia geográfica de los soldados, los nombres aluden a pueblos célebres desde hacía siglos por sus guerreros o por sus caballos. Sin embargo, estos etnónimos se refieren simplemente a los hombres que originariamente conformaron estas tropas montadas, y no implican que tuvieran caballos con unas características propias o que procedieran del territorio de los lusitanos, ástures, galaicos, lucenses, vascos, vetones, arévacos, etc.

A mediados del siglo II, Justino hace extensiva a toda Hispania la riqueza en “rápidos rebaños de caballos” (*equorum pernices greges*), y escribe de sus habitantes que “muchos tienen caballos militares y armas más apreciadas que su propia sangre”: *plurimis militares equi, et arma sanguine ipsorum cariora* (44,1-2).

A pesar de las aptitudes y prestaciones bélicas del caballo de Hispania, en tiempos de Vegecio había al menos siete regiones del imperio que suministraban mejores caballos para la guerra, y cinco que los ofrecían mejores para cabalgar (*mulom.* 3,6,2-4)¹⁰⁸. Pues sobre todo desde el siglo III d. C., los romanos acabaron optando por emplear el caballo en el combate preferentemente en la carga inicial, para aplastar o romper las líneas enemigas con un choque frontal de la caballería pesada, en detrimento de la táctica más usada por los pueblos con una caballería ligera, como hispanos y mauritanos, de sucesivos ataques de corta duración o bien con movimientos rápidos de las alas. Prevalcieron por ello los caballos corpulentos y pesados de otras regiones, frente a los caballos ligeros de Hispania. Estos corceles solo siguieron siendo útiles en los flancos y en las técnicas de acoso y retirada cuando era necesario atacar o huir con rapidez, ya que la procedencia y funciones de los caballos eran diversas. E incluso el pequeño asturcón debía de servir como vehículo de transporte al ejército en marcha, pues los esqueletos de caballos aparecidos en campamentos romanos suelen ser de un tamaño muy reducido que podría corresponder a esta raza¹⁰⁹.

¹⁰⁷ Cf. José María BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, “Migraciones en la Hispania romana de época imperial”, *Anuario de Historia Económica y Social* 3 (1970), 7-25 (<http://descargas.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/02404620111572940722202/017033.pdf?incr=1>).

¹⁰⁸ Estos lugares y algunas notas sobre su localización pueden verse en la traducción de José María ROBLES GÓMEZ de Vegecio, *Medicina veterinaria*, Madrid, 1999, pp. 301-302.

¹⁰⁹ Cf. R. W. DAVIES, “The Supply of Animals to the Roman Army and the Remount System”, *Latomus* 28 (1969), 429-459, pp. 455-456.

III.B.2 *EQUUS VENATOR*: EL CABALLO DE CAZA

Junto a la guerra, la caza debió de ser una de las funciones principales en las que se ocupó el caballo hispano en los primeros siglos de la presencia romana en Hispania. Silio Itálico en el relato épico de las Guerras Púnicas (3,335-337) describe a Cidno¹¹⁰, el auriga del carro de caballos asturcones, cazando en las cumbres de los Pirineos (II.A.1). Pero arroja dardos moros, lo que no se hacía desde una jaca del norte sino desde un corcel hispano o moro.

De hecho, en tiempos de Augusto, Gracio (*cyneg.* 513-517) cita en su tratado de caza el caballo galaico, cuyos cascos duros eran aptos para los terrenos rocosos de los Pirineos, si bien su resistencia al freno no hacía aconsejable el empleo de este caballo arisco en las cacerías (II.A.2). Pues explica Gracio que no todas las razas de caballo son apropiadas para la caza, donde se requieren unas cualidades distintas a la velocidad de los caballos de carreras griegos demasiado fogosos, a la serenidad de los egipcios pero de cascos demasiado blandos, o a los duros cascos de los galaicos demasiado indómitos. El caballo galaico era por tanto un vehículo (*vector*) óptimo para ir por las montañas, pero no para llevar a cabo directamente la caza deportiva de época imperial, y por tanto no servía como caballo de caza.

De esta caza deportiva a caballo y de sus peligros tratan los escritores hispanos Séneca y Marcial sin referirse a las cualidades específicas de los caballos hispanos. El militar africano Tulio se servía hacia el 162-166 d. C. de un fogoso caballo ibero para cazar, no en las montañas sino en el páramo leonés (I.B y III.A.2), siguiendo los hábitos que había puesto de moda el emperador Adriano (76-138 d. C.)¹¹¹. Pues la velocidad, agilidad, docilidad y fortaleza de piernas del caballo hispano lo hacían especialmente apto para esos ejercicios propios de los caballos de guerra.

A finales del siglo III d. C., Nemesiano compara el caballo hispano con el griego y el moro en su tratado de caza, que es un corcel similar al que se había empleado en la guerra y que ahora triunfaba en las carreras (III.A).

¹¹⁰ Cidno es el nombre del río de Tarsos en Asia Menor, que desemboca en el extremo nordeste del Mediterráneo.

¹¹¹ Cf. J. K. ANDERSON, *Hunting in the Ancient World*, Berkeley – Los Ángeles, 1985, pp. 98-106.

III.B.3. *EQUUS CURULIS*: EL CABALLO DE CARRERAS

Estrabón (*geogr.* 3,3,7) nos cuenta que los lusitanos de las montañas practicaban sus propias competiciones ecuestres:

Τελοῦσι δὲ καὶ ἀγῶνας γυμνικούς καὶ ὀπλιτικούς καὶ ἵππικούς.

“Y realizan competiciones con el cuerpo, con armas y con caballos”.

En el siglo I d. C., Silio imaginaba a galaicos, ástures y vetones durante la II Guerra Púnica compitiendo en la carrera de carros de los juegos fúnebres convocados por Escipión hacia el 205 a. C. en honor de su padre y de su tío, como había hecho Eneas en honor de su padre en el modelo poético virgiliano (*Aen.* 5,42-845). Pues a pesar de las escasas aptitudes de las jacas y ponis para las carreras, y del papel insignificante de esos pueblos del cuadrante noroeste peninsular en la II Guerra Púnica, el lector esperaba su presencia en un relato bélico en Hispania debido a la participación en las guerras civiles del siglo I a. C. del “ástur diligente y los ligeros vetones” (*LUCAN.* 4,8-9) y a otros ecos literarios.

Estas carreras fueron traídas a Hispania por los romanos, y a Roma llegaron a través de los etruscos, quienes las conocieron de los griegos. Aunque ya eran muy populares en Roma a mediados del siglo II a. C., la participación de los caballos hispanos en los circos no alcanzará cierta relevancia hasta finales del siglo I d. C., un siglo después de la definitiva conquista y pacificación de Hispania en tiempos de Augusto. A partir de entonces comenzaron a construirse circos en algunas ciudades hispanas, de los que se conservan restos en Mérida, Tarragona, Calahorra, Toledo, Sagunto e indicios epigráficos en otros lugares, sobre todo en la Bética¹¹². Al mismo tiempo, en los circos de Roma competían con éxito los mejores caballos de la Península, y el auriga lusitano Gayo Apuleyo Diocles (104-146 d. C.) obtuvo 1.462 victorias en las 4.257 carreras que disputó durante 24 años.

La mayor parte de las noticias sobre la excelencia de los caballos hispanos en el circo fueron escritas en torno al siglo IV d. C., época en la que este y otros espectáculos fueron decayendo paulatinamente en las provincias, y solo

¹¹² Cf. Alfonso DEL CASTILLO CARACUEL, “Las competiciones ecuestres en la Hispania romana”, *Al-Andalus y el caballo*, cit. en n. 88, pp. 67-79, esp. pp. 75-76.

se mantuvieron en Roma hasta mediados del siglo VI, y en Bizancio hasta la Edad Media¹¹³.

Aunque en Hispania también debían de criarse caballos para otros menesteres, aparte de los caballos salvajes (*equiferi*), los únicos caballos que tienen un nombre específico distinto de *equi* son los *tieliones* y *asturcones*, por lo que los demás corceles no debían de presentar entre sí diferencias tan notables¹¹⁴. Los que reunían determinadas cualidades eran sometidos a diversas pruebas a fin de seleccionarlos para el ejército o para las carreras, evaluando entre otros aspectos como su nobleza o ascendientes, su forma, fuerza, docilidad, elegancia y velocidad, y teniendo en cuenta el juicio de criadores expertos¹¹⁵.

Amiano Marcelino (*rer. gest.* 20,8,13) escribe a finales del siglo IV d. C. que el año 360 d. C., tras aceptar su proclamación de Augusto por parte de sus soldados, el César Juliano envió una carta desde París a Constantinopla al emperador Constancio II contándole cómo él “proporcionará caballos hispanos de carreras de carro” (*equos praebebo currules Hispanos*).

Según una ley del primero de enero de 371 (*Cod. Th.* 15,10,1), el emperador tenía entonces el monopolio sobre los caballos de Capadocia en Asia Menor, al menos los de determinadas cuadras¹¹⁶, mientras que los de Hispania podían ser comprados por los empresarios circenses para las carreras de Roma y de otras ciudades:

Equos vero Hispani sanguinis vendendi solitam factionariis copiam non negamus.

“Pero no prohibimos la facultad acostumbrada de vender los caballos de sangre hispana a los representantes”.

En esa misma época, el veterinario y militar Vegecio (*mulom.* 3,6,4) opina que los mejores caballos para las carreras de carro eran los capadocios, seguidos muy

¹¹³ Bajo otras modalidades, pero conservando algunas de las características de las antiguas carreras del circo de época imperial, ciertas carreras de caballos siguieron celebrándose durante muchos siglos tanto en Roma como en Florencia, Brescia, y hasta hoy en Siena los días 2 de julio y 16 de agosto.

¹¹⁴ Cf. Alfonso DEL CASTILLO CARACUEL, “Las competiciones ecuestres en la Hispania romana”, *Al-Andalus y el caballo*, cit. en n. 88, pp. 51-65, esp. pp. 67-79.

¹¹⁵ Cf. Paul VIGNERON, *Le cheval dans l'Antiquité*, cit. en n. 49, vol. I, pp. 33-35; R. W. DAVIES, “The Supply of Animals”, cit. en n. 109, pp. 437-453.

¹¹⁶ Según otra ley del 13 de abril del 372 (*Cod. Th.* 6, 4, 19), el monopolio estatal se extendía a los caballos frigios, también en Asia Menor.

de cerca por los hispanos, los sicilianos y los de raza hispana criados en la región de Túnez (*Africa*):

Curribus Cappadocum gloriosa nobilitas, Hispanorum par vel proxima in circo creditur palma. Nec inferiores prope Sicilia exhibet circo, quamvis Africa Hispani sanguinis velocissimos praestare consueverit.

“Para los carros es conocida la reputación de los capadocios, el palmarés de los hispanos en el circo se considera igual o cercano. Y Sicilia casi no los presenta inferiores para el circo, aunque África suela proporcionar los más veloces de sangre hispana”.

Esto último atestigua el tráfico de corceles hispanos a un territorio apropiado por sus condiciones naturales, tradición ecuestre y cercanía a los principales circos de Italia, y no que los caballos moros fueran de sangre o procedencia hispana como también se ha interpretado¹¹⁷.

El mismo Vegetio advertía que eran frecuentes las estafas respecto a la procedencia de los caballos (*mulom.* 3,6,1), por lo que los procedentes de una región determinada no debían de presentar unas diferencias tan acusadas como para distinguirlos fácilmente:

In permutandis vel distrahendis equis maximam fraudem patriae solet afferre mendacium. Volentes enim carius vendere generosissimos fingunt.

“En el intercambio y la venta de caballos, el fraude más grande suele provocarlo el falseamiento de la patria. Pues los que quieren venderlos más caro fingen que son de muy buena raza”.

Por ello en 399 d. C., para hacer gala de su generosidad durante la cuestura de su hijo Memio que aspiraba a pretor, el cónsul Símaco envió a sus agentes a Hispania y recurrió a todos sus contactos para que le trajeran a Roma varias cuadrigas de caballos de carrera, y a su vez recomienda a Eufrasio o Eupraxio los agentes de las autoridades de Antioquía que deseaban adquirir caballos hispanos de sus rebaños, al igual que los magistrados de otras ciudades

¹¹⁷ Sobre el caballo moro he tratado a propósito de *El caballo del escudo de Morón: origen, leyendas y otras explicaciones*, Morón de la Frontera, 2005, pp. 45-66.

importantes (*epist.* 4, 62)¹¹⁸. A Perpetuo le explica los dos criterios principales (*epist.* 9,12):

Quaesio ut ex omnibus gregibus, quibus pollet Hispania, lectissimos genere et velocitate praestantes diligenter edecimes.

“Ruego que de todas las manadas en que es fuerte Hispania, entresaques con diligencia los más escogidos por su linaje y los que sobresalgan en velocidad”.

Pero eran necesarias más pruebas, pues en otra ocasión ocurrió que ninguno de los cuatro caballos hispanos que había recibido por mar de Eufrasio tenían buenas aptitudes para las carreras (*epist.* 4,58), “porque comprobé que ninguno de estos era alegre en el carro o suave en la montura” (*quia nullum eorum iugo alacrem, vel dorso mitem probavi*). Y vuelve a pedirle caballos que fueran “nobles a la vista y en la carrera” (*visu et cursu nobiles*) para inaugurar la pretura de su hijo. Pues no en cualquier sitio había donde escoger, mientras que allí resultaba fácil, “al ser Hispania rica en ganado caballar y proporcionar un gran número para examinarlos” (*cum sit dives equini pecoris Hispania et magnus gregum numerus copiam praestet examini*).

A este mismo amigo hispano, probablemente senador, le encarga (*epist.* 4,60) “que lo que cría Hispania de raza para la competición de carros, lo procures de tu casa o lo escojas de las manadas de otros”: *ut quidquid ad curule certamen generosum gignit Hispania, vel domo praebeas, vel de aliorum gregibus excerpas*.

También constituyen un ligero indicio de la fama en las carreras del circo de los caballos hispanos en general, y de algunas provincias, regiones y ciudades en particular, los nombres de algunos caballos documentados en mosaicos de época imperial (*CIL* II, 10053, 10056), como *Hiberus*, *Baeticus* y *Celtiber*; entre otros¹¹⁹.

Aunque Isidoro no conoció las carreras de caballos en el circo, denostadas por la Iglesia desde hacía siglos, en la alabanza de Hispania con que inicia su *Historia de los godos*, recuerda la fama y abundancia de los caballos de carrera de Hispania, que superan a los de las carreras de Olimpia, a partir de unos pasajes virgilianos (*georg.* 2,145-148 y 3,19) y de la etimología de Hipocrene:

Tibi cedet Alpheus equis, Clitumnus armentis, quamquam volucres per spatia quadrigas Olympicas sacer palmis Alpheus exerceat, et ingentes Clitumnus

¹¹⁸ Cf. Javier ARCE, “Los caballos de Simmaco”, *Faventia* 4 (1982), 35-44.

¹¹⁹ Cf. Marta DARDER LISSÓN, *De nominibus equorum circensium: pars occidentis*, Barcelona, 1996.

juvencos Capitolinis olim immolaverit victimis. Tu nec Etruriae saltus uberior pabulorum requiris, nec lucos Molorchi palmarum plena miraris, nec equorum cursu tuorum Eleis curribus invidebis. [...] Tibi fons equi genitor.

“A ti se rendirá el Alfeo en cuanto a caballos, el Clitumno en cuanto a reses, aunque el sagrado Alfeo lleve sus cuadrigas voladoras por las pistas con las victorias Olímpicas, y el Clitumno haya inmolado en otro tiempo enormes novillos para los sacrificios del Capitolio. Tú más abundante de pastos, ni precisas los sotos de Etruria, ni repleta de victorias te admiras de los bosques de Molorco, ni con la carrera de tus caballos envidias los carros de la Élide. [...] Tú tienes la productora fuente del caballo”.

Por entonces, los corceles volvían a ser apreciados sobre todo como caballos de guerra, y seguían siendo ejercitados en la caza, al tiempo que mantenían un alto valor económico las jacas ambladoras y de transporte y otros caballos domésticos.

CONCLUSIONES

Según los textos griegos y latinos de época romana, Hispania contaba con tres razas principales de caballos: cebros, jacas y corceles. Los caballos salvajes (*equiferi*) eran cazados como otros venados, y los domésticos se dividían en dos razas claramente diferenciadas por el nombre y por una cualidad propia que los hacía especialmente aptos para unos empleos determinados: una raza era la de los ambladores para ir a un ritmo de paso (*ambulatores*) de forma cómoda y segura por calles, caminos y montes, sobre todo tirando de un carro (*raedarii*), que recibían el nombre de *tieltones* (jacas) o de *asturcones* (ponis) cuando eran más pequeños; la otra raza era la de corceles o caballos (*equi*) ligeros (*leves*), veloces (*celereres*), corredores (*cursorii*) y apropiados para la guerra (*bellatores*), la caza (*venatores*) y las carreras de carro (*curules*). El relato de Silio sobre una supuesta caballería pesada en Úxama (Osma), que formaba un muro en primera línea de combate, constituye un elemento de ficción que no permite sostener que en Hispania hubiera una raza de caballos pesados.

La distribución geográfica aproximada en regiones y provincias de las tres razas equinas de la Península es la siguiente: los *equiferi* o cebros, de acuerdo con los testimonios antiguos y medievales y la toponimia, pastaron por bosques de Galicia, de Portugal, de buena parte de ambas Castillas, y de las provincias

de Cáceres, Teruel, Jaén, Alicante y Murcia, sin que tengamos noticias de su presencia en el nordeste y el suroeste: desde la cuenca del Ebro a los Pirineos y a la costa cantábrica hasta Asturias, en la antigua Bética y en el sur de Portugal. El amblador era criado originariamente en los Pirineos y desde el mar Cantábrico hasta el Duero. Y empleaban el corcel los guerreros y las elites de toda la Península, aunque está más documentado entre los belicosos lusitanos y celtiberos, y en la Bética sobre todo desde época imperial.

Estos textos antiguos poco pueden aportar a la posible relación de estas tres razas con los caballos representados en pinturas y objetos desde el Paleolítico hasta la Edad de Hierro. Tampoco proporcionan datos relevantes sobre el origen último de los *equiferi*, que en todo caso eran considerados una especie distinta de los caballos domésticos, y caballos salvajes auténticos que nunca habían estado domesticados. Los ponis que sitúan en los Pirineos y entre los galaicos y ástures debían de proceder de zonas frías y húmedas del norte y centro de Europa, extendiéndose por la Cordillera Cantábrica hasta Galicia y llegando al Duero. Por el contrario, los corceles es más probable que procedan en última instancia de las estepas de Asia a través del norte de África, de donde están documentadas nuevas incursiones a partir del siglo III d. C.

Los *equiferi* o cebros medievales eran muy veloces y de un tamaño menor que los corceles, presentaban una raya oscura a lo largo del dorso, y una de sus capas habituales era gris ratón con cebraduras en las patas y ocasionalmente en las espaldas, cuello y otras partes del cuerpo. Hasta su práctica extinción en Época Moderna, fueron cazados sobre todo como alimento, por las propiedades medicinales de su carne y de su sangre, y por su piel, y los testimonios arqueológicos revelan que además se emplearon sus huesos, médulas y pelos de la cola y de las crines. Los caballos salvajes también sirvieron de espectáculo junto a otras fieras y animales exóticos en el Coliseo de Roma durante las fiestas del I Milenario de la ciudad. Los testimonios discrepan sobre la posibilidad de domesticarlos, que debía de resultar mucho más difícil y limitada que en otros caballos, sobre todo si no eran potros muy jóvenes. Pero cuando se lograba, resultaban especialmente resistentes en las tareas más duras.

Las jacas de las tierras montañosas situadas al norte del Duero y en los Pirineos constituían una sola raza diferenciada con el nombre específico de *tieldones*, de los que los más pequeños recibían el nombre de *asturcones*, mientras que en poesía son llamados respectivamente *Callaici* y *Astures*. Al contrario que los corceles, eran de carácter apacible pero arisco, tamaño pequeño, forma rechoncha,

aspecto poco elegante, extremidades cortas y fuertes, largas crines, capa oscura (generalmente negra o castaña), y según el relato menos fiable de Silio también solían presentar una mancha blanca en la frente y en las patas. A pesar de su resistencia y de tener unos cascos finos y duros muy aptos para terrenos pedregosos de montaña, no eran lo bastante dóciles para servir en la guerra, la caza, las carreras o la equitación. Se caracterizaban por su forma de correr suavemente con unos pasos cortos y rápidos sin sacudir el dorso, lo que resultaba muy comfortable para el jinete y ofrecía una gran estabilidad y seguridad cuando tiraban de un carro o un coche, tanto en el transporte urbano como en los caminos y en tareas agrícolas. Pero su ambladura no consistía en que movieran simultáneamente el brazo y pierna de un mismo lado, como suele afirmarse, sino en mantener el ritmo del paso a mayor velocidad.

Los restantes caballos (*equi*) de Hispania no tienen un nombre específico, y tenían más rasgos en común con los corceles griegos, moros y partos que con las jacas hispanas del norte. A pesar de las diferencias que presentaban los de distintas cuadras hispanas entre sí, eran vistos como pertenecientes a una sola raza, y se prestaba más atención a los méritos y virtudes de cada caballo y de sus ascendientes que a la región de procedencia. Pues los adjetivos o complementos del nombre *equus* relativos a un pueblo o zona de Hispania solo indican su lugar de origen. Y en algunos casos se trata de ficciones poéticas sin aparente fundamento en la realidad, como las particularidades que Silio Itálico atribuye a los caballos de Osma y de los vetones a partir de orígenes míticos y fabulosos. El hecho de que el caballo hispano no tuviera un aspecto uniforme se explica por los distintos cruces con caballos salvajes, con jacas cántabro-pirenaicas y con otros caballos llegados a través de los Pirineos o desde el norte de África y otros lugares del Mediterráneo, así como por la distinta selección, entrenamiento y evolución en cada medio a lo largo de los siglos.

Las fuentes antiguas califican a los corceles hispanos en general, y a los de algunos pueblos en particular, como ágiles, veloces en los prados y seguros en las montañas. No soportaban fácilmente el freno, pero aprendían a arrodillarse y otras acciones con una docilidad solo superada por el caballo moro. Todo ello los hacía aptos para cabalgar, para cazar, para determinadas tácticas bélicas, y más tarde para las carreras en el circo. Tenían un buen tamaño, las formas proporcionadas y un aspecto erguido y hermoso. Eran fogosos, orgullosos, relinchadores y vibrantes, de ojos vivos, y de piernas y orejas activas. El caballo ibero aparece en sendos textos griegos como muy valiente según un veterinario que también

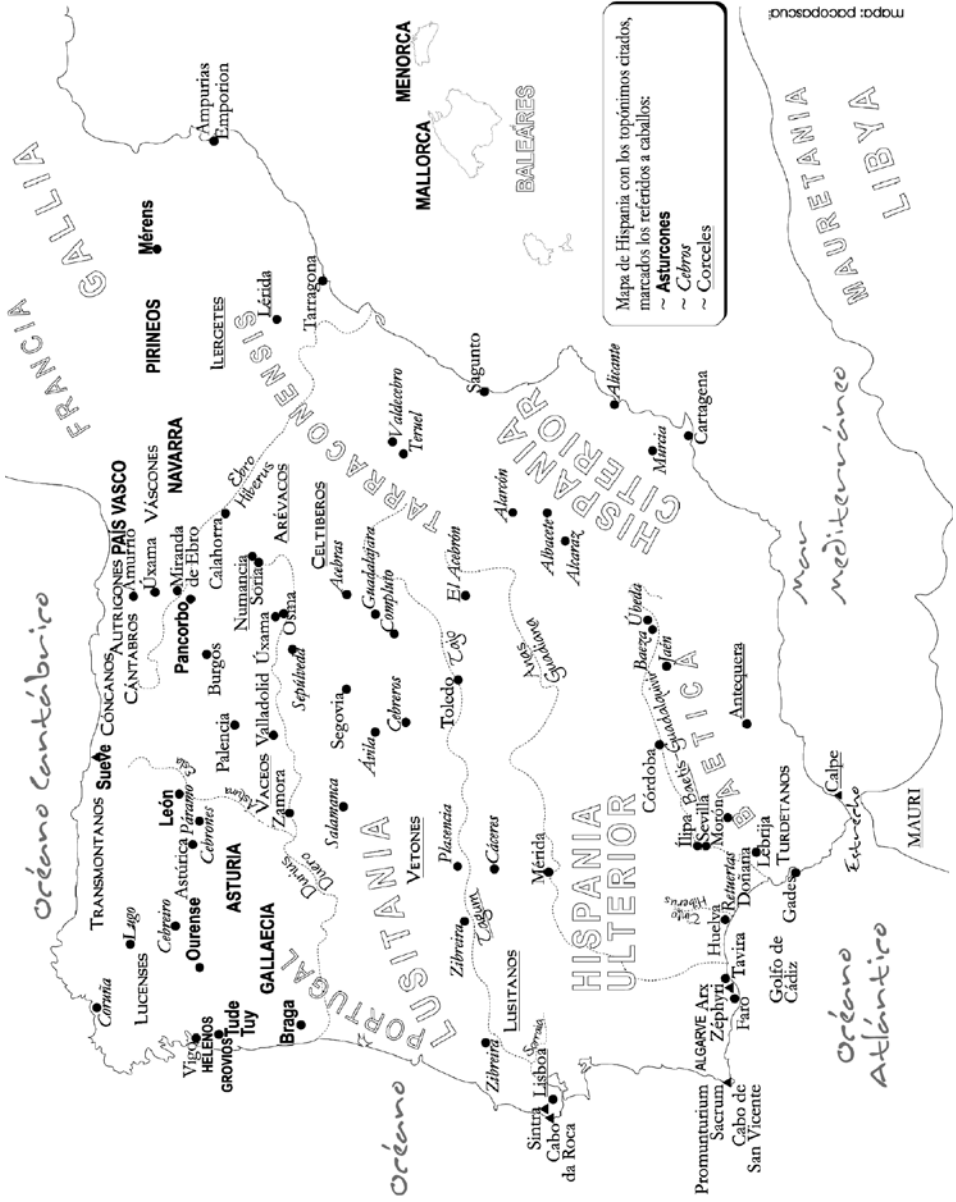
refiere su espalda hendida y su grupa fea, y como apocado y flojo de espíritu y débil de corazón según Opiano. Este autor también escribe que sus cascotes eran anchos pero poco sólidos por haberse criado en terrenos pantanosos, y coincide con Nemesiano en que en las carreras largas no era tan resistente como el caballo moro, griego y capadocio.

El caballo hispano podía compartir en general algunas de las cualidades referidas a los caballos de algunos pueblos concretos, incluso la presencia de la capa torda que Posidonio consideraba propia de los corceles celtiberos. Pero la descripción que hace Silio del caballo vetón de cerviz ancha y largas crines ni siquiera es seguro que corresponda al caballo de esa región. En todo caso, el caballo hispano no tenía la cerviz tan ancha ni la cabeza tan hermosa como el griego, aunque era más fea la cabeza y el cuerpo del caballo moro. Los textos antiguos nos informan de cómo los corceles hispanos pasaron de ser apreciados como caballos de guerra (*bellatores*) hasta el siglo I a. C. y más tarde de caza (*venatores*), a estar considerados entre los mejores del Imperio para las carreras de carros (*curules*). Pero su éxito en las carreras también se debió en buena medida al proceso de cría, selección y cruce en época romana.

Los caballos salvajes (*equiferi*) corresponden a los cebros de la Edad Media, que quedaron prácticamente exterminados en torno al siglo XVI. Si acaso es posible que procedan en alguna medida de ellos el caballo de las Retueras de Doñana y el Sorraia de Portugal. Los cebros se cruzaron con mayor o menor frecuencia con caballos domésticos desde la Antigüedad. También han sido cruzados con razas peninsulares y extranjeras muchos caballos ambladores (*tieldones* y *asturcones*), que no obstante perviven en la jaca gallega, el garrano portugués, el asturcón del Suevo, la jaca navarra, el losino de Burgos, el poni vasco, el poni ariègeois de Mérens en la vertiente francesa de los Pirineos, y los caballos de Mallorca y Menorca. El corcel hispano o *equus Hispanus*, aunque muy influenciado sobre todo por el árabe y por el berberisco, también pervive en el lusitano y en menor proporción en el español de pura raza, más pequeño y elegante que el lusitano.

Además de estas conclusiones generales sobre las características, empleos y variedades de las tres razas principales de caballos en Hispania, el análisis de estos textos también me ha permitido proponer la conjetura *monte sacro quodam* en lugar de *monte Tagro quaedam* en un texto de Varrón (*rust.* 2,1,19), *flanti* en lugar de *flante* en otro de Plinio (*nat.* 8,67,166), reivindicar la lectura *minacem* de la *editio princeps* del tratado de caza de Gracio (*cyneg.* 515), puntuar e interpretar de

otro modo el pasaje de Vegecio sobre los caballos *tottonarii* o *trepidarii* (*mulom.* 1,56,37), o explicar el sentido metafórico de los “muros sarmáticos” de Úxama en los *Punica* de Silio Itálico (3,384). En este poema épico justifico la importancia del género literario y los ecos de otros poetas a la hora de obtener conclusiones sobre la descripción de los caballos de los vetones, galaicos y ástures, y de las ciudades de Úxama (Osma) y Tude (Tuy). Los textos del *Corpus Hippiatricorum Graecorum* carecen de la importancia que se les ha dado, y no permiten sostener que en Hispania hubiera una raza de caballos iberos distinta de los caballos hispanos. Tampoco es aplicable a los jinetes hispanos un relato de Jenofonte (*Hell.* 7,1,20-21) sobre la Guerra del Peloponeso en la primera mitad del siglo IV a. C. El análisis histórico y literario de la fábula de las yeguas fecundadas por el viento desde Homero hasta el Renacimiento, y de las distintas explicaciones que ha recibido permite precisar su origen y significado. Y la atención a la cronología de las fuentes resulta esencial a la hora de valorar los cambios experimentados en los distintos usos de los caballos de Hispania a lo largo de la Antigüedad.



mapa: pascualbarea